



*Clarissa*

Y  
LAS MUJERES SIN IMPORTANCIA

ALICIA CAMERON

# **Clarissa y las mujeres sin importancia**

**Alicia Cameron**

Traducido por Denise de Nikle

“Clarissa y las mujeres sin importancia”

Escrito por Alicia Cameron

Copyright © 2017 Alicia Cameron

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Denise de Nikle

Diseño de portada © 2017 [www.southsideimages.co.uk](http://www.southsideimages.co.uk)

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Clarissa y las mujeres sin importancia.](#)

[Alicia Cameron](#)

[Capítulo 1 | Clarissa convence](#)

[Capítulo 2 | Las damas proyectan](#)

[Capítulo 3 | El hermano contrariado](#)

[Capítulo 4 | Noticias divulgadas](#)

[Capítulo 5 | Las damas en casa](#)

[Capítulo 6 | Asentándose](#)

[Capítulo 7 | Conociendo gente](#)

[Capítulo 8 | Corazones y arrendatarios](#)

[Capítulo 9 | Viejos amigos](#)

[Capítulo 10 | Planes y confiancias](#)

[Capítulo 11 | Haciendo visitas](#)

[Capítulo 12 | La llegada de Juliana](#)

[Capítulo 13 | Las intenciones del Sr. Thorne](#)

[Capítulo 14 | Oriana en problemas](#)

[Capítulo 15 | Cena entre amigos](#)

[Capítulo 16 | La llegada de Cornelia](#)

[Capítulo 17 | El baile](#)

[Capítulo 18 | La conspiración](#)

[Capítulo 19 | El resultado](#)

[Capítulo 20 | El desenlace](#)

[~Fin~](#)

**Clarissa y las mujeres sin importancia.**

**Alicia Cameron**

*Dedico esta novela a Holly, Germaine y Anastasia, y a todos aquellos que imaginé que encontrarían el tiempo para leerla, a mi padre Jack, mis hermanos Ray y Paul, y especialmente a mi hermana Pat. Me parece oírlos reír a todos.*

## *Tabla de Contenidos*

*Capítulo 1*

*Capítulo 2*

*Capítulo 3*

*Capítulo 4*

*Capítulo 5*

*Capítulo 6*

*Capítulo 7*

*Capítulo 8*

*Capítulo 9*

*Capítulo 10*

*Capítulo 11*

*Capítulo 12*

*Capítulo 13*

*Capítulo 14*

*Capítulo 15*

*Capítulo 16*

*Capítulo 17*

*Capítulo 18*

*Capítulo 19*

*Capítulo 20*

## Capítulo 1

### Clarissa convence

Desde su ventajosa posición en el sillón de la biblioteca, contemplando la incipiente calvicie del cura, la Srta. Clarissa Thorne consideró que ya había soportado suficiente.

‘Por favor levántese, Sr. Peterkin. Me levantaría yo misma si no estuviera usted aplastando mi falda,’ le dijo con tono ácido. Clarissa era una joven suficientemente crecida, de apenas unas dieciocho primaveras, pero tenía una expresión decidida, con un mentón firme, en un rostro rodeado de acentuados bucles, atados descuidadamente con una cinta más bien andrajosa. Llevaba un vestido simple de muselina negra, que manifestaba su estado de luto. Hubiera sido pasablemente bella, de no haber sido porque sus grandes ojos grises reflejaban un aire de gran seguridad, bastante inapropiado en una dama.

El Reverendo Peterkin se puso de pie inmediatamente, y estaba listo para darle un sermón sobre el tono en que una joven debía dirigirse a un miembro del clero, cuando percibió que eso no lo ayudaría a defender su caso.

‘Ciertamente, Srta. Thorne, sucede que es mi sincero deseo lanzarme a sus pies, ser su consuelo, confortarla en este áspero mundo que me ha motivado a...’ pero ella ya había tirado de la vieja cadena para hacer sonar la campana, y tenía su mano extendida, en un inconfundible modo de despedida.

‘Estoy muy agradecida para con sus caritativos sentimientos señor, pero ha recibido ya su respuesta y debe irse ahora.’

Al tomar su mano automáticamente, el Sr. Peterkin sintió que estaba perdiendo el control de la situación. Tomó aire y dijo, ‘Pero, Srta. Thorne, no puede haber usted considerado su situación, sus padres, ambos han fallecido, usted necesita un hombre que la guíe...’

Ella retiró su mano y miró detrás de él, a su principal sirviente.

‘Ah, Sullivan, aquí está el Sr. Peterkin despidiéndose de nosotros. Por

favor acompañelo a la puerta,’ dijo ella con la más absoluta simpatía.

‘Claro señorita.’ Dijo el imperturbable Sullivan, sosteniendo la puerta mientras el cura salía de la sala algo perturbado. Al bajar las escaleras, el Sr. Peterkin miraba fijamente y con desagrado la espalda de Sullivan. Cómo pudo la Escuela para Señoritas de la Sra. Thorne haber admitido un sirviente con tantos aires de superioridad como Sullivan era un misterio para muchos en el condado, pero no para este clérigo. Cuando la hija del Vizconde Ashcroft se casó con un simple ‘Sr. Thorne’, un escritor filósofo con un pequeño hijo que criar, el primer lacayo de la casa Ashcroft la había acompañado a su nuevo hogar, trayendo consigo tanta elegancia en sus modales como para aterrorizar a la mayoría de los locales, pero a la vez inspirar seguridad a los padres de las jóvenes que habrían de ser educadas allí.

‘Le pido disculpas señor, por esta circunstancia de haberse encontrado a solas en la presencia de la Srta. Thorne. ¿Podría decirme cuál de los sirvientes ha sido el responsable de tal error?’ Cada vez que Sullivan hacía alusión a los otros sirvientes, daba la impresión de que aún presidía sobre una multitud, en lugar de sólo la cocinera, la sirvienta del salón y el mozo, que eran todo lo que la casa podía costear una vez finalizado el trimestre.

El Sr. Peterkin, que intentaba hacer entrar su cabeza en su sombrero con prisa, tuvo la delicadeza de sonrojarse. ‘Bueno... eso fue... es que entré por mi cuenta por la puerta del jardín... ya que deseaba proponer... ofrecer un piadoso bálsamo en este tiempo de luto para a Srta. Thorne.’

‘Evidentemente, señor’ Las cejas de Sullivan se elevaron levemente al oír esto del Sr. Peterkin, quien sabiéndose superior en sociedad al mayordomo pensó - *¿por qué debería explicarle mi comportamiento?* – ‘Tal vez la próxima vez me permita anunciarlo, señor, y entonces podrá encontrar a la señorita debidamente acompañada por una de las otras damas.’

‘Bueno, sí. Pero si está tratando de inferir que... No es su lugar Sullivan, el... Los asuntos de un clérigo son muy... Que tenga buen día.’

‘Buen día para usted, babosa comadreja envuelta en collarín de clérigo,’ dijo Sullivan luego de cerrar la puerta tras él, ‘y que lo lleve el viento. Y si no es *mi* lugar proteger a mi jovencita de hombres como usted, no sé de quién será.’

Mientras tanto, Clarissa se había dirigido a la sala contigua, donde tres damas se encontraban variadamente ocupadas en empacar el contenido del salón.

‘Ya está,’ dijo imperiosamente al entrar. Sus ojos chispeaban, sus mejillas estaban completamente ruborizadas, y llamaba bastante la atención a pesar de su aburrido vestido.

Una dama de unos cuarenta y cinco años, luciendo un vestido cilíndrico de batista color oscuro, alzó la vista desde atrás de una pila de libros y dijo, ‘Mi querida Clarissa, ¿qué pudo haberte consternado así?’

‘Acabo de tener que soportar el impertinente ofrecimiento de matrimonio del Sr. Peterkin, así es que ahora ustedes *tendrán* que soportarme a mí,’ enunció Clarissa. Quitó una caja de una de las sillas tapizadas en pana roja y se sentó en ella mientras con exclamaciones de asombro, sus acompañantes dejaban sus tareas para acercarse a ella. Dos se sentaron en un sofá y la otra en el escabel junto a su silla, friccionando su mano para calmar su evidente agitación.

Las damas en el sofá no podían contrastar más. Cierto, ambas llevaban vestidos en sobrios tonos grises, con cuello cerrado y sin ningún detalle que los suavizara, como ser encaje o los tristes moños de cintas con los que la tercera dama había escogido aliviar la severidad de su atuendo. Pero en todo caso la Srta. Appleby, que estaba sentada a los pies de Clarissa, tenía una personalidad romántica, y aún tenía la llama encendida por el caballero que algún día pediría su mano. Nadie dudaba que este caballero estuviera ampliamente retrasado. Las otras dos damas la hubieran reprendido por tener esa esperanza. Esa era la única similitud entre las dos.

La Srta. Oriana Petersham era sin duda una belleza de primera clase, y aunque siempre llevaba su cabello dorado arreglado de manera simple, ajustado y enlazado con horquillas cerca de la nuca, no podía evitar que algunos bucles se escaparan del peinado para enmarcar su rostro en forma de corazón, ni las oscuras pestañas que se arqueaban alrededor de sus grandes ojos verdes, o la perfección de su nariz y sus labios. No le aprovechaba tampoco vestir ese sobrio y simple vestido, que sólo servía como contraste para su magnífico cuerpo y su bello rostro. Ese rostro, por el momento reflejaba una expresión de profunda preocupación, ya que demasiadas veces la hermosa Oriana Petersham había sido objeto de la atención no requerida de los hombres, haciéndola sentir la más absoluta empatía y compasión por la situación de Clarissa.

A su lado estaba sentada una dama, probablemente unos veinte años mayor que ella, teniendo treinta y cinco, la figura de esta última era tan calma como ágil era la de su compañera, su tez era tan rojiza como delicada era la

de Oriana, su cabello era tan lacio y oscuro, como enulado y claro era el de su amiga. Sus cejas estaban peligrosamente cerca de unirse la una a la otra sobre sus ojos color café, pero su rostro era tan imperturbable que era difícil determinar cómo estaba tomando este estallido de parte de Clarissa. El rostro de la Srta. Augusta Micklethwaite no reflejaba pensamiento alguno.

La Srta. Appleby, cuyos rizos grises y marrones (que se debían en gran parte al uso de tubos calientes) danzaban ligeramente sobre su rostro mientras ella acariciaba agitadamente la mano de Clarissa, ‘Oh cómo puede ser... ¡el Sr. Peterkin - tan romántico! Haber albergado sentimientos por ti todo este tiempo... Jamás lo hubiera imaginado... En efecto, siempre pensé que no le agradabas Clarissa, porque, recuerdas cómo te regañó por aquél botón que colocaste en la colecta para los pobres... Pero eso fue hace mucho tiempo ya...’ Entonces dejó de hablar repentinamente y Clarissa retiró su mano.

‘*Sentimientos*. No puedes hablar en serio,’ dijo Clarissa. Su enojo dejó paso a una risita al recordar lo servil que había sido el Sr. Peterkin.

La Srta. Micklethwaite dijo con su acento del norte, ‘Ha oído sobre la herencia, está claro. Eres una tonta Louisa.’

La Srta. Appleby estaba demasiado acostumbrada a esta manera informal de conversar como parece ofenderse por esta declaración. ‘Oh no haría eso, estoy segura... ¿Pero cómo podría?’ ella dejó de hablar y sus llorosos ojos brillaban de agitación. Lo que una vez había sido una leve belleza era ahora un rostro flacucho pero fuerte, y una figura reticente ganada del duro servicio prestado en varias casas como esclava-institutriz hasta estos últimos cinco años de bendición, en que había enseñado en la Academia que su amiga de la infancia había abierto. *Aquí he sido consentida*, pensaba a menudo, *he sido tratada con verdadero respeto por la madre de mi querida Clarissa* - ahora tristemente fallecida.

‘Imagino que algo de esto tendrá que ver con Jane...’ Oriana vio que la Srta. Appleby aún se veía confundida, entonces explicó. ‘Nuestra cocinera, Jane, es prima segunda de Lottie, la sirvienta de salón de la parroquia.’

‘Los sirvientes lo saben todo,’ exclamó la Srta. Appleby.

‘El Sr. Peterkin dijo que deseaba desposarme para confortar a una huérfana desolada,’ dijo Clarissa con tono trágico.

Los ojos de Oriana danzaban, ‘Y hasta ahora no había hecho nada para mostrar su empatía. Siempre he creído que es un hombre sin modales.’

‘Pues a mí no me hace gracia. Y cuando le pregunté si estaba en posición de mantener una esposa...’

‘Anda, Clarissa dime que no hiciste eso,’ exclamó la Srta. Appleby sorprendida.

‘Pues, sí lo hice. Le dije que no me avergonzaba hacer ese tipo de pregunta, ya que no tenía padres para preguntarlo en mi lugar,’ dijo Clarissa impertinentemente, pero con sus ojos danzando con tanta gracia como los de Oriana, ‘y él tartamudeó y dijo que por el momento no tenía los medios, pero que si yo resultaba beneficiada con alguna pequeña pensión de mi madre, él creía que yo necesitaría un hombre con su experiencia para manejarla por mí. Se delató por completo. Podemos estar seguras, me ofreció matrimonio porque se ha enterado de la muerte de mi primo y de que heredaré la Casa Ashcroft.’

‘Estoy segura de que estás en lo correcto,’ dijo Oriana con los ojos brillantes. ‘¡Qué hombre tan ridículo! Buscar beneficiarse de una unión con una persona a la que no ha mostrado más que exasperación en estos últimos tres años.’

‘Pero seguramente tiene razón, mi querida Oriana. Clarissa *sí* que necesita alguien que la guíe en este difícil momento. El hombre fuerte de un caballero, su naturaleza decisiva...’

‘¡Bah!’ exclamó impacientemente la Srta. Micklethwaite, ‘Él no puede decidir siquiera entre tarta de pollo o cangrejo para cenar. No puede pretender haber ofrecido mucho apoyo a Clarissa en estos meses desde que falleció su querida madre. Fue el Sr. Norbert quien se ha comportado como debe comportarse un sacerdote, aunque todas cayéramos en un estado de hastío y depresión cada vez que su visita duraba más de veinte minutos. Si ella necesita quien la guíe, sin duda su hermano puede hacerlo, aunque sea tan picaflor e inquieto, como todos los otros jóvenes que pueda una conocer en todo un año calendario.’

‘Augusta,’ dijo la Srta. Appleby en un tono débil pero conciliador, ‘no debes decir esas cosas del Sr. Thorne. Estoy segura de que es un hombre de altos principios y fuertes opiniones...’

‘Mi queridísima Appleby, no es diferente de lo que mi madre solía decir, y es que por más que lo intentara nunca logró encariñarse con su hijastro. Hasta mi padre sentía que mi hermano había adoptado ese aire de imponente virtud sólo como reacción a los pensamientos liberales que compartían él y mi madre. Él nunca hubiera soportado ser visto como alguien diferente, o *excéntrico*, como eran vistos mis padres. Mi padre culpaba a Harrow.’ Mientras Clarissa hablaba, sus grandes ojos mostraban un afectuoso brillo al

pensar en sus padres, fallecidos ambos en menos de un año, unidos en el Cielo tal como habían sido en esta vida. Ella entonces suspiró y miró una a una a sus amigas. ‘Pero están en lo cierto. John me visitará el lunes, me lo ha informado en su carta. También me informa que, se ha tomado la libertad de visitar Ashcroft y la ha encontrado en un estado muy lamentable. Me avisa que ha preparado a sus abogados para vender la propiedad, ya que no habrá objeciones ahora que la sucesión se ha interrumpido y la herencia concluido, él está seguro de que ese será mi deseo. En cuanto al resto, me invita a ir a quedarme con él, donde está seguro, *seguro*, óiganlo bien, de que serviré de ayuda para Cornelia con los niños.’ Durante la mayor parte de su discurso, Clarissa había estado estrangulando un pañuelo de encaje mientras caminaba con vehemencia por la sala. ‘Me han educado para tener una mente independiente. ¿Pueden imaginarse lo que sería mi vida en un hogar como ese? Moriría.’

‘A menudo he pensado que tu madre no sabía lo que hacía al darte tanta rienda suelta para pensar y actuar. Aquí tu educación tiene un buen lugar, pero allí afuera, en el mundo, la gente mira con recelo a las damas que se plantan en contra de las opiniones de los hombres, o que buscar participar en debates políticos. Muchas veces hablé de esto con ella, pero ella no esperaba dejarte desprotegida tan pronto,’ esto fue lo que dijo la Srta. Micklethwaite, mientras quitaba de sus implacables ojos lo que hubiera podido ser una lágrima.

‘Sí, pero yo tengo un plan. No estaré aquí para escuchar los consejos de John - porque estaré en Ashcroft. Y ustedes vendrán conmigo.’

‘Pero no puedes,’ chilló la Srta. Appleby.

‘Clarissa, no debes haberlo pensado bien,’ dijo la Srta. Petersham.

‘Querida Appleby, sólo escucha. Claro que no puedo ir sin damas respetables que me acompañen, pero con ustedes tres funcionará a la perfección. John no podrá siquiera objetar que no es respetable.’

‘Más bien objetaría que nos estamos colgando de tus faldas,’ dijo la Srta. Micklethwaite rotundamente.

‘Sí, y estaría en lo correcto. Lleva a la Srta. Appleby, claro, pero no hay necesidad de llevarnos a todas. Yo no podría ser tu prisionera a tan alto costo,’ declaró la hermosa Srta. Petersham, con ese rubor en su rostro haciéndola lucir aún más adorable de lo normal.

‘¿Deseas ir a vivir con tu hermano, que tratará de venderte en un matrimonio con el mejor postor otra vez?’ le preguntó Clarissa.

‘Sólo estaré allí hasta encontrar una nueva posición,’ declaró Oriana. ‘Además, él no puede obligarme.’

‘Pero puede hacerte la vida tan insoportable como John la haría para mí. Sabes que encontrar otra posición es improbable. Encontrar estas condiciones te sentó bien, pero eres demasiado hermosa como para ser aceptada en la mayoría de las casas.’

Oriana agachó la cabeza y se mordió los labios. Clarissa se sentó nuevamente, se inclinó hacia adelante y tomó las manos enlazadas de Oriana en las suyas.

‘¿No preferirías serme útil a mí?’ dijo suplicante, ‘Mira, cuando mamá murió y supimos que tendríamos que cerrar la academia al final del año, todas pensamos que tendríamos que irnos, romper con nuestra cálida vida aquí. Y entonces, cuando falleció mi primo, tan inesperadamente, pensé que puedo utilizar mi herencia para ayudarnos a todas.’ Ella se volteó impulsivamente, ‘Appleby, querida, realmente no deseas ir a vivir con tu hermano Farnham y todos esos espantosos niños, ¿o sí? Sabes que te tratarán como a una sirvienta sin paga en esa casa. Recuerdo lo exhausta que estabas el verano pasado cuando regresaste de allí.’ La Srta. Appleby hizo sonidos ahogados a manera de protesta. ‘Realmente te necesito de acompañante, alguien a quien poder hablarle de mi madre y mi padre y que me comprenda tanto como ustedes lo hacen. ¿No me abandonarías, verdad?’

La Srta. Appleby quitó de entre las manos de Clarissa el pañuelo estrujado y derramó sus lágrimas en él. ‘Oh mi querida Clarissa - tan buena... si tan sólo pudiera estar segura de que no seré una carga para ti...’

Clarissa volvió sus ardientes ojos y su decidido rostro hacia sus otras amigas, que no se conmovían tan fácilmente como la Srta. Appleby.

‘No has pensado, mi querida Clarissa, lo que implicaría vivir en una casa como Ashcroft. Si tu hermano está en lo cierto y la finca ha sido desatendida, entonces quizás venderla sea lo correcto. Y entonces tú y la Srta. Appleby pueden abrir su propio establecimiento en Bath.’ La voz endulzada de Oriana buscó calmar el ánimo de Clarissa.

‘Tienes razón en pensar que no sé lo que implica manejar una propiedad - por eso es que te necesito *a ti* para enseñarme, Oriana.’

Sir Ralph Petersham había involucrado a su hija en muchos asuntos de hombres, haciendo caso omiso de las quejas de su madre. La había incluido en todas las cuestiones relacionadas con la finca y ella había probado ser una alumna tan apta que él había dejado gran cantidad de asuntos en sus manos.

Cuando su hijo Fitzroy regresó a casa desde Cambridge en sus vacaciones, a menudo le había despachado con un simple “Pregúntale a Oriana qué es eso.” Cuando el joven había dejado de incluir a Oriana en lo que él sentía que era su poderío, y por tanto había hecho algo poco sabio, su padre le había ordenado mordazmente, “Déjale eso a tu hermana la próxima vez.” Sir Ralph había querido que su preciosa hija fuera la esposa de algún gran hombre, capaz de ponerse a su lado como un igual, tal y como su propia esposa jamás había hecho, y si él hubiera vivido, quién sabe qué cosas no hubieran sucedido.

Tal y como estaban las cosas, el hermano celoso había sido quien supervisó la presentación de Oriana en sociedad en Londres. Y se había complacido en aceptar en su nombre, una oferta de un conde, que era adinerado, y también rondaba los sesenta años de edad. La desgracia en que cayó Oriana al cancelar la boda, y la consecuente furia de su hermano, habían llevado a Oriana a buscar empleo en la Academia de la Sra. Thorne. Su hermano, a quien el mundo aún cuestionaba por lo que había sido de su hermosa hermana, jamás la había perdonado.

‘Mi madre siempre decía que Ashcroft era una finca próspera en épocas en que mi tío vivía, y mi primo sólo la ha manejado por cinco años. Era un pobre hombre perdido y probablemente un libertino, pero *seguramente* no habrá hecho tanto daño en ese tiempo. Oriana, tú me ayudarás a hacerla próspera otra vez. ¿No lo ves? Muy lejos de ser una *carga*, podrías ser una *verdadera ayuda* para mí.’

Los ojos de Oriana brillaron, y se apagaron nuevamente, ‘Si tan sólo pudiera, querida. Pero no conocemos a la gente... tendríamos que ganarnos su *confianza* Clarissa, pero con la ayuda de un buen agente...’ Ella intentó observar bien los ojos de Clarissa, buscando signos de la compasión que tanto le disgustaría encontrar, pero sólo encontró esperanza y determinación. ‘Eh... ¿podríamos lograrlo?’ dijo Oriana.

Clarissa saltó de su asiento y tomando la mano de Oriana la hizo bailar. ‘Querida, ¡entonces vendrás!’ Las dos danzaron de emoción por la sala. Abruptamente, Clarissa se detuvo y se volvió hacia la Srta. Micklethwaite.

‘Queridísima Waity, sabes que necesitaré tu ayuda para poner la casa en orden.’

La Srta. Micklethwaite frunció el ceño terriblemente. ‘No necesitas una persona más para alimentar.’

‘Con todo mi griego y latín, no sé nada sobre manejar una casa, algo que

toda dama debería saber, ¿cómo podría mi adorada madre haberme enseñado algo que ella misma no sabía? Y debemos ahuyentar a los buitres, Waity. Tan sólo *considera* la atención que podría recibir de parásitos como el cura si no te tengo a ti a mi lado para inspirar respeto. Y en cuanto a Oriana, sabes que no podemos atrevernos a dejarla salir sola de la casa, siempre regresaría con algún caballero enamorado siguiéndola.’

Un gemido emitido por Oriana al oír esto hizo que la Srta. Micklethwaite sonriera ásperamente.

‘Y definitivamente, yo valoraría tanto tu apoyo, querida Augusta,’ dijo gentilmente la Srta. Appleby, ‘porque ante la falta de un caballero, no puedo evitar pensar que tú eres lo siguiente mejor que puedo conseguir. ¿Qué? ¿Qué pude haber dicho que les causara tanta gracia, Clarissa, Oriana?’

Pero la jóvenes estaban riendo tan intensamente del espanto grabado en el rostro de Waity, que tuvieron que sostenerse una a la otra para mantenerse erguidas. La frente de la Srta. Micklethwaite se relajó un céntimo.

‘Louisa, yo creo que tú y yo seremos muy necesarias para tener a estas dos bajo control.’ Dijo Augusta.

‘Bueno, si tú lo crees Augusta, entonces claro que iremos,’ añadió la Srta. Appleby con una voz confusa.

‘Ya está bien,’ dijo la Srta. Micklethwaite, su tono serio reprimiendo la inadecuada alegría de las otras damas. ‘Y lo que es más, debemos ir a cambiarnos para la cena ahora. Quizás encuentre algunos pantalones hasta la rodilla.’

‘¿Pantalones a la rodilla? ¿A qué te refieres?’ preguntó la Srta. Appleby a la espalda de su amiga retirándose. ‘¿Chicas?’ dijo vagamente, pero fue inútil, las otras dos damas habían colapsado en un diván, rendidas ante tal ataque de risa.

Más tarde ese mismo día, Clarissa estaba sentada en su cama, envolviendo sus piernas con sus brazos. Una vida con su hermano y su cuñada era un pensamiento lo suficientemente desagradable, pero estaba decidida a hacer que ningún destino similar llegara a tocarle a sus amigas. Ella había visto muy bien cómo era la vida de las pobres parientes despreciadas, mujeres trabajando para sus propias familias por un estatus apenas superior al de una criada, y por menos dinero, claro - dado que era demasiado extraña la familia que se cargara la responsabilidad de una mujer desvalida aceptándola como a un igual. Ellas debían estar agradecidas por los beneficios de tal posición, estos beneficios podían incluir insultos,

humillación y agotamiento por realizar cientos de tareas cada día sin agradecimiento alguno. La total inhabilidad de dominar un solo segundo de su propia vida. Aunque ella pudiera llegar a soportarlo, no podía dejar que sus queridas, *queridísimas* amigas lo hicieran.

## Capítulo 2

### Las damas proyectan

Si ellas habían de dejar la academia antes de la llegada del Sr. Thorne, tenían mucho que hacer. La Srta. Micklethwaite arriesgó la opinión de que sería mejor aguardar su llegada e informarle sus planes, pero cuando Clarissa expuso que sería mejor dejar que se encontrara con un *hecho irrevocable*, ella no pudo hacer más que reconocer la necesidad de hacerlo así. Siendo un joven de modales altivos, y diez años mayor que ella, el Sr. Thorne no tomaría a bien que sus deseos hubieran sido contravenidos. Sin duda, pensó Augusta, él también había hecho planes en cuanto a cómo *manejar* el dinero de Clarissa por ella: planes que podían ser para su propia ventaja. De estos pensamientos, ella no dijo nada, y sólo organizó a las damas en las tareas de empaque.

Ahora podían llevar consigo todos los libros que tan reacias estaban a dejar atrás (aunque era improbable que “*Aritmética básica para pequeños estudiantes*” fuera a ser muy útil en una casa de campo), Sullivan había expuesto su intención de viajar antes que ellas con los baúles, mientras que Mary podía acompañar a las damas en la diligencia. Esto fue un alivio, porque quién sabe en qué estado estaría la casa, y podían confiar en que Sullivan procuraría tener listas las comodidades básicas a su llegada.

Él tenía algo que decir a Clarissa antes de partir. ‘Aquí no ha sido necesario que se preocupara usted por su modo de vestir, señorita, y de seguro es muy entendible. Pero no sería bueno que llegara a Hertfordshire luciendo, bueno...’ Sullivan se detuvo, avergonzado.

‘Gentil pero descuidada. Lo sé,’ dijo Clarissa. ‘Pero difícilmente haya tiempo... Lo hablaré con las damas. Gracias Sullivan.’

‘Muy bien, madame.’

Oriana ya había estado pensando en esto, así lo confesó cuando Clarissa lo mencionó. ‘Y creo que tengo la solución perfecta, si no lo tomas a mal. El guardarropa de tu madre y algunos baúles de telas que he encontrado son un tesoro inesperado. Si no te opones a que modifiquemos su vestido de noche

de seda negra para ti, creo que sería exactamente lo que necesitas. Además de los dos vestidos de muselina negra que está confeccionando para ti la Sra. Trimble en la ciudad, serán suficientes para vestir de día hasta que encontremos a alguien en Hertfordshire.’

‘Si,’ dijo Clarissa, sonrojada. ‘¿Pero serán lo suficientemente magnos como para la señora de la casa? Quiero que me tomen en serio cuando trate con los locales. No quiero tonterías femeninas, pero al menos deseo lucir como una dama distinguida, y no como la niña de escuela que me temo que en realidad soy.’

Oriana contuvo un suspiro y tomó su mano. ‘Sólo ven conmigo y ve lo que tu madre ha estado escondiendo.’

En el cuarto de su madre había armarios y baúles que ella no había explorado desde que era una niña. Oriana los había abierto y había volcado su precioso contenido sobre la cama. Clarissa suspiró levemente al entrar en el santuario de su madre, pero pronto se encontró embrollada en el luminoso cúmulo que había ante ella. Apartado cuidadosamente envuelto y con lavanda, estaba toda la fineza de la hija de un vizconde que era inútil para una maestra de provincia. Claro, estas prendas de moda, corsés con huesos de ballena y faldas de crinolina se veían algo extraños para jóvenes que vestían de manera más simple a diario, pero el absoluto esplendor, el color de las sedas, el satín, los brocados y las redecillas de oro eran todo un deleite.

‘Mira. Algo de encaje de Brujas que podemos entrelazar en tus vestidos de luto,’ dijo Oriana, ‘y un chal de encaje de España que puedes usar en las noches con el vestido de seda negra de tu madre. Y cuando lleguemos a Hertfordshire, seguramente encontrarás una modista que pueda transformar esa capa de terciopelo en un atuendo para montar. Si compraras unos metros de lana podríamos hacer un lindo y respetable vestido de viaje y entrelazar este visón en el gorro y el manguito.’

Clarissa tocó las extrañas ropas con confusión y deleite a la vez. ‘Entrelazado con *visón*... Ay no Oriana, yo sólo quiero lucir más respetable.’

‘¡Nada de eso!’ exclamó Oriana firmemente; ‘Debes lucir importante. No puedes llegar a Hertfordshire y dar la impresión de que has estado todo el invierno contando uno por uno los carbones de la chimenea, aunque hubiera sido así. No querrás que tus nuevos vecinos sientan lástima por ti, ¿o sí?’

‘¡Claro que no!’ exclamó Clarissa, revolviéndose de sólo pensarlo, ‘¡Qué moda había en la época de mamá! Muy imponente, claro. Pero madre era una mujer tan adepta a los libros que es extraño imaginarla yendo a bailes

y vistiendo cosas como... *esto*,’ ella sostuvo entonces un vestido de satín púrpura con una sobrefalda de brocado dorado.

‘Sí, muy extraño. Uno tiene que suponer que el color estaba de moda por entonces. De todos modos, ¿no crees que podríamos cortarlo y muy fácilmente hacer un vestido en capas y quizás también un chal para la noche para la Srta. Appleby? Si hacemos una capa superior simple con ese crepe lavanda sería bastante apropiado para su semi luto por tu madre. Y tampoco sería de ninguna ayuda tener a tu acompañante vestida como se viste ahora.’

Observando el entusiasmo de Oriana, Clarissa pensó que tal vez se había perdido el mundo de la moda más de lo que creía, y también que Oriana había estado ansiando ver a Clarissa en finos vestidos por mucho tiempo.

Así que las damas desarrollaron un plan para vestir a las mayores de una manera más adecuada para sus nuevas posiciones, y al parecer lograrían todo con un costo muy bajo con la ayuda de las riquezas halladas en los cofres de la fallecida Sra. Thorne. Una linda muselina blanca del armario de mamá podía acortarse unos cuantos centímetros para la Srta. Appleby, junto con una chaqueta larga haciendo juego, a la que le darían rápidamente ese ‘toque *parisino*’ como lo llamaba la Srta. Petersham) combinándola con una franja de terciopelo gris oscuro tomado de uno de los varios vestidos a disposición.

La Srta. Micklethwaite era un poco más problemática. Era inútil pensar que ella permitiría que la vistieran en satín púrpura. En efecto, ella era hija de un abogado respetado que había sido algo avanzado en su época, pensando en la educación de las damas, y como tal, era en sociedad, inferior al resto de las damas. Incluso la Srta. Appleby, tenía un baronet - aunque venido a menos - en alguna parte de su árbol genealógico, pero la Srta. Micklethwaite no tenía nada similar para alegar ser de sangre gentil. Era demasiado orgullosa como para estar “imitando a sus superiores” como insinuaba al referirse a la esposa de su hermano, cuyo padre había amasado su fortuna en el comercio. Así fue entonces que las damas decidieron usar una oscura y robusta popelina (que había sido un voluminoso abrigo protector de estos extraordinarios vestidos) para hacer una chaqueta de montar de estilo simple, y algún vestido de muselina negra que podrían convertir en vestido de tarde. Tenían tanta abundancia de hermosas pieles de marta y visón que casi deciden sí entrelazar un gorro y un maguito con ellas, pero no funcionaría – Clarissa no se hubiera atrevido a usarlos. Fue sólo cuando encontró una estola de piel de zorro, que hubiera servido para el mismo propósito, que estuvo satisfecha.

‘No puedo objetar nada de este,’ enunció Clarissa seriamente, ‘es algo

que cualquiera que tenga un ingreso respetable podría poseer.’

Las damas se llevaron tantos chiches como quisieron al salón, y allí comenzaron a cortar e hilvanar todo lo que sus corazones deseaban. Así las encontraron las Srtas. Micklethwaite y Appleby, al regreso de su paseo de rutina. Cuando les informaron cuáles eran los planes, la Srta. Appleby comenzó a llorar, ‘Ay mi querida niña, no puedes hacer eso. Nunca en mi vida he tenido vestidos tan finos... tu querida madre...’

‘Ella estaría feliz de verte vestirlos, y contenta de que así añadas algo a la impresión que he de causar a mis nuevos vecinos. Sabes que no sería bueno que crean que soy avara con mi dama de compañía. Y debes pensar que soy generosa, porque como ves no va a costarme nada y te agradeceré que me ayudes a confeccionarlos.’

‘¡Pero claro!’ dijo la Srta. Appleby mientras continuaba sollozando agradecida.

‘Deja de lloriquear y dale una mano a las chicas, Louisa. Es muy cierto, no puedes aparecerte así ante los vecinos - hasta yo puedo verlo. Dame la popelina, me encargaré de ello. Si ustedes dos, niñas, creen que pueden descifrarme están muy equivocadas. Un sombrero con piel de zorro. ¿Qué sigue? Seré tan distinguida como la tonta de mi cuñada,’ añadió con humor áspero. A Clarissa le pareció que su cuñada se había salvado de mucho con esta partida hacia Hertfordshire.

Durante los siguientes días las damas decoraron sombreros e hicieron una cantidad de vestidos simples (con la ayuda de una jovencita del pueblo), todos ellos con un *brillo de ciudad* como describió el ojo de halcón de la Srta. Petersham (que hacía no mucho tiempo había sido una de las más observadas bellezas en Londres) y empacaron los tesoros más llamativos para utilizarlos más adelante.

Además tuvieron que contratar un carruaje de posta -uno de cuatro caballos, ya que Clarissa había decidido llegar con estilo- y calcularon que podían completar el viaje pasando sólo una noche en una posada. La pequeña suma que le había quedado de su madre se estaba agotando rápidamente, -un detalle que ella deseaba no informar a sus acompañantes- y sabía que habría de durar sólo por unos seis meses en el campo. Oriana pensó que debían esforzarse por desarrollar una fachada imponente: cualquier signo de pobreza podría llevar a cualquier persona sin escrúpulos a pensar que ellas estaban orientadas al fraude. Todas escribieron cartas a sus distintos relativos diciéndoles sus planes con los menores detalles posibles. Clarissa sabía que

su carta cruzaría a su hermano por el camino, pero deseaba poder decir que le había escrito. Sentía que realmente estaba desarrollando un lado engañoso en sí misma.

La Srta. Petersham poseía algunos finos pero simples vestidos que había traído de su hogar, pero escribió una nota al mayordomo de su hermano, requiriendo que le enviaran sus pertenencias a Hertfordshire. Sería para su hermano un acto lamentable de exhibir si fuera a prohibir que lo hicieran - lo cual Oriana sabía que era precisamente lo que él desearía hacer. Podría haber ignorado tal pedido si ella hubiera dirigido su nota directamente a él, pero no creía que se atreviera a mostrar su mal temperamento a Settings, el mayordomo sin el cual la vida en su hogar dejaría de fluir pasablemente. Oriana también sentía que estaba siendo embustera, pero estaba mucho menos apenada que Clarissa.

Todas se imbuyeron en nueva energía y vigor, porque sabían bien que estaban escapando por muy poco de haberse convertido en esas pobres parientes despreciadas, y podían mirar adelante y ver una aventura que podía estar cargada de retos, pero en la que realmente podían ser *útiles*.

Cuando la Srta. Appleby había hablado de sus reservas con la Srta. Micklethwaite sobre qué tan sabio era embarcarse en esto, y su esperanza de no convertirse en una carga para su querida Clarissa, su amiga fue tan directa como siempre.

‘Comprendo tus sentimientos, Louisa, pero piensa un poco. Si todo resulta ser inútil, volveremos a nuestros planes originales. Tú y yo, a fregar para nuestras familias,’ en este punto la Srta. Appleby hizo un ineludible sonido de protesta, que su amiga ignoró y continuó, ‘Oriana, a estar a merced del bruto de su hermano, y Clarissa venderá la finca e irá a vivir en el tedio con ese aburrido hermano suyo. Sin embargo, si esto sí resulta, sabremos que habremos sido realmente útiles para ella. No podría manejar un plan tan ambicioso sin nosotras. Yo puedo poner la casa en forma en poco tiempo si no está muy arruinada. Tú puedes mantener ese lado gentil de las cosas, con esa manera femenina de comportarte en público que yo nunca tuve, y tampoco Clarissa, habiendo sido criada aquí. Oriana puede ayudarla con el manejo de la finca, pero ella y Clarissa son demasiado bonitas como para mantener lejos al montón de sabuesos que pronto estarán visitándolas si no me equivoco. Nos necesitarán para apoyarlas.’

‘Efectivamente mi querida Augusta, ¡*debemos* ir!’ dijo la Srta. Appleby. Aunque parecía imposible de creer, se encontraron listas para partir en

un ordenado carruaje, resplandecientes con sus chaquetas largas y sombreros recién adornados, partiendo hacia Hertfordshire tres días enteros antes del lunes en que el Sr. Thorne había de arribar. Y ya que claramente, no estaría bien que viajaran en domingo, emprendieron el viaje temprano, y de muy buen ánimo la mañana del viernes, con la helada de la naciente primavera congelando el aire; llenas de esperanza por la nueva vida que les esperaba y algo de nostalgia por la vida que estaban dejando atrás. Clarissa vio las chispas en las miradas de sus amigas y se sintió satisfecha.

## Capítulo 3

### El hermano contrariado

Cornelia Thorne no tenía, hasta hace muy poco tiempo, intención de cobijar a la hermana huérfana de su esposo en su casa, ya que tenía sólo tres cuartos de huéspedes. Ella ya había expuesto esta situación a su esposo, pero él pensaba que su padre hubiera esperado que él la socorriera en una situación como esta. Cuando Cornelia pensó que a Clarissa no le molestaría ocupar una de las habitaciones del ático, para estar así más cerca de sus queridísimos niños, no se le cruzó por la cabeza que su propio cuarto estaba tan lejos de los niños como era razonablemente posible dentro de una misma casa. Al principio John no encontró defectos en este plan, pero cuando lo pensó mejor, le pareció que no sería bien visto en la pequeña aldea alrededor de Sowersby si fuera a saberse. La última vez que su hermana, su padre y su madrastra lo habían visitado, Clarissa había hecho algunas amistades en el pueblo, incluyendo a Juliana Sowersby, la hija del gran palacete. No sería bueno, le explicó él a su esposa, que los Sowersby pensarán que estaban siendo descuidados.

Aunque Cornelia se quejaba con todos sus conocidos de que su casa era pequeña, era en realidad mucho más grande que el hogar de sus padres en Warwickshire. La Sra. Thorne se había adelantado unos cuantos pasos en el mundo al casarse con John, su estable esposo, cuya pequeña autonomía les permitía mantener su hogar de manera gentil, pero impedía los lujos que su corazón más deseaba. Tenía una criada y cocinera, un mozo, y claro, una niñera para sus tres enérgicos niños, pero entre sus amigas más cercanas criticaba el no tener una doncella. Muchos se compadecían del vuelco que se creía que Cornelia había dado en la vida, pero muchos otros veían la verdad en ella y simplemente pensaban que tenía aires de grandeza.

Cornelia era una mujer bella, con una abundante cabellera castaña que siempre llevaba arreglada según la última moda y una figura curvilínea, prácticamente no afectada por la maternidad. Su esposo no percibía falta alguna en ella, él la complacía y consentía de todas las maneras posibles, pero

como ninguno de los dos podría soportar ser algo menos que respetables, esto no los inclinaba a acumular deudas. Al heredar su hermana repentinamente una gran finca -¿por qué tenía que tener su madre relativos más importantes que los que tenía la madre de John, que era en todo sentido superior a ésta?- pensaba Cornelia, que veía ahora la oportunidad de introducir más dinero a su propia casa con la llegada de su cuñada.

Así fue que mientras empacaba lo necesario para el viaje de su esposo, lo iba llenando de dulces mensajes para su hermana.

‘Dile a mi queridísima hermana que estaré esperado ansiosa el carruaje para verla otra vez, como lo estarán William y Percy, y la pequeña Bella, por volver a ver a su querida tía.’

Aunque él dudaba que los niños recordaran a su ‘querida tía’, John tomó este recado con la intención que tenía. ‘Eres toda generosidad, querida, para con alguien cuyos impertinentes modales no harían sino causarte desprecio.’ Él contempló a su esposa con una ternura raramente vista en sus ojos. Él veía el mundo con ojos sospechosos, en un rostro con expresión siempre seria. Con una figura más bien corpulenta, y siendo no poco pomposo, aparentaba ser bastante mayor que los treinta años que tenía en realidad.

Olvidando por completo cómo había hablado de Clarissa luego de su última visita, Cornelia sonrió con aire de santidad. ‘Bueno, espero nunca criticar a tu difunta madrastra, sólo digamos que Clarissa sin duda se beneficiará de las *maneras* de una casa bien organizada y la guía moral de su hermano mayor.’

Ya que Clarissa había mostrado rara vez tendencia alguna a dejarse guiar por su moral, John podría haberlo dudado, pero la brillante opinión de su esposa sobre él, le permitió ignorar ese detalle y emprender viaje de buen humor, a buscar a su hermana para traerla a su nuevo hogar.

En el bolsillo interior de su abrigo había ciertos papeles que su abogado había confeccionado para él, sólo faltaba la firma de Clarissa para poder vender la finca y recaudar cualquier otro capital acumulado. Su abogado estuvo de acuerdo con él en que sería mejor que a los fondos e ingresos los manejasen entre ellos, y sugirió concederle a la joven, claro, un ingreso de... digamos... ¿cien libras por cuatrimestre? John no se mostró muy inclinado a aceptar esto, ya que le daría a Clarissa un margen para chucherías que superaban bastante el límite que tenía su esposa. El abogado había comprendido perfectamente - eso causaría un desequilibrio total en el hogar. Un ingreso mucho menor entonces, con pagos que aportar a los gastos del

hogar, invirtiendo la mayor cantidad y una pequeña comisión para su hermano por buscar incrementar sus beneficios. Su esposa estuvo de acuerdo con él - pues ¿qué podía saber una joven sobre negocios? Sería un alivio para Clarissa que John le quitara este peso de encima.

Una vez que firmara los papeles, Clarissa no tendría que preocuparse con estos asuntos nunca más. John recorrió los caminos con una sensación siniestra, pensando en las inversiones que le había recomendado su hombre de negocios, ya que jamás se le había ocurrido a este joven que ninguna dama, incluso una tan absurda como su hermana, pudiera no ver las ventajas de este plan. Él sabía que cumpliría su deber como hermano, y estaba orgulloso de eso.

John llegó a la academia justo cuando el Sr. Peterkin -que había ido a probar suerte nuevamente con Clarissa- salía de la casa con gran agitación.

‘Señor,’ exclamó. ‘Señor Thorne. ¿Es posible que haya usted venido a visitar a su triste hermana?’

‘¿Nos han presentado, señor?’ Pronunció el Sr. Thorne, removiendo de su brazo los dedos del Sr. Peterkin.

‘Efectivamente, señor - en su última visita - Mi nombre es Hubert Peterkin - el vicario del Reverendo Sr. Norbert, ¿recuerda? ¿Acaso es posible que usted no sepa que su hermana se ha ido?’

‘Patrañas,’ enunció el Sr. Thorne, y continuó hacia la puerta con paso decidido. Al acercarse sintió cómo su confianza se iba desvaneciendo al observar todos los inequívocos signos de que la casa había sido cerrada.

Peterkin se apresuró tras él, hablando sin cesar. ‘Esto es extremadamente desconsiderado, debe usted estar de acuerdo, señor. Pero en efecto, es cierto. Su hermana ha partido hacia Hertfordshire, tal como su cocinera, Jane, me acaba de informar. No tiene sentido buscar la aldaba, señor. La han removido. Yo mismo he ido a la cocina en busca de respuestas. Jane sólo está aguardando por la llegada del agente que ha de arribar hoy mismo.’

‘Hertfordshire,’ dijo el Sr. Thorne, ‘¿Es posible que haya ido a Ashcroft sola?’

‘En cuanto a eso, señor, creo que *todas* las damas han ido. Pero considero que deberían haberme informado. Yo más que nadie, tengo derecho a saberlo.’

Thorne miró indignado y perplejo a este cura medio calvo, con su rostro púrpura debido al esfuerzo que le había supuesto alcanzar los largos pasos de

John. ‘¿Usted, señor? ¿*Usted* tiene derecho a saber de los asuntos de mi hermana? ¿Cuál sería la razón?’

El cura era consciente de que traicionado por la ansiedad, había dicho demasiado. ‘Bueno... sucede que... He tenido el honor de pedirle a su hermana que sea mi esposa. Sola en el mundo como estaba, sentí que era mi deber...’ Él detuvo su paso abruptamente bajo la mirada insultante del Sr. Thorne.

‘Mi hermana, *señor*, no está sola en el mundo,’ dijo con un tono frígido, ‘y si lo estuviera, dudo que hubiera aceptado una oferta de alguien tan distante a ella como es usted.’ Su mirada humilladora pareció notar el puño de su deteriorada camisa, que Peterkin intentaba esconder, y la mancha de grasa que Molly no había logrado quitar de su sombrero. Él se encogió un poco, protestando que la posición de un clérigo era tan alta como la de cualquier gran señor, pero no lo suficientemente alto como para que lo oyera el riguroso joven, que habiendo ya dado media vuelta, se dirigía hacia su carruaje, e indicó al cochero que lo llevara a la posada más cercana.

‘Le aconsejaría señor, que no comentara los asuntos de mi hermana con otras personas, ya que no le conciernen a usted.’ Y entonces pensó en otro detalle.

‘¿A qué se refirió al decir *todas* las damas?’

El señor Peterkin se recuperó levemente y con voz agitada le dijo quiénes habían acompañado a su hermana.

Mientras Thorne se alejaba, se sentía a la vez indignado y aliviado por esta noticia. Era tan típico de Clarissa encargarse de una parcela de mujeres pobres, pero al menos había sido lo suficientemente sensata como para no arriesgar su reputación recorriendo la campiña sin compañía. Aunque podía pagar los gastos extra, estuvo tentado de continuar el viaje hacia Ashcroft y poner fin de inmediato a cualquier tonto e ingrato plan que estuviera tramando Clarissa. Disfrutando un almuerzo caliente en una cálida posada, él pensó con más tranquilidad.

Habiendo reflexionado, pensó que los papeles que llevaba en su bolsillo difícilmente serían firmados por una joven desentendida de su hermano. No dudaba que a largo plazo lograría hacer prevalecer su voluntad por sobre la de ella, pero sí que deseaba acelerar el proceso.

La finca Ashcroft, el estado de abandono de la casa y las tierras, y el desorden general de la propiedad podían no ser el hogar que Clarissa y sus acompañantes esperaban. Ni *él* mismo tenía la destreza necesaria para revivir

una finca tan grande, así es que prácticamente se rió pensando en qué sentiría Clarissa. Su hombre de negocios le advirtió que para hacer que la finca produjera ganancias de nuevo haría falta mucho tiempo y dinero, y cuando él había visitado la propiedad, había creído que realmente sería así. Era mucho mejor venderla a uno de esos nuevos mercantes ricos, que *anhelaban* una casa ancestral e histórica en la campiña, y que tenían la riqueza para hacer algo de esta propiedad, o a Lord Staines, de la propiedad vecina, que había mostrado un animado interés cuando él había estado allí en Hertfordshire.

Él decidió irse a casa y esperar que concediéndole a Clarissa un mes en ese lugar miserable, viera a qué se enfrentaba y regresara a casa con su hermano, doblegada y lista para firmar los documentos. Confiaba en que las damas descubrieran en su viaje que habían sido muy insensatas al emprender tal aventura sin un hombre que las guiara.

Si tan sólo él hubiera sabido, la posada en la que ellas habían de pasar la noche les ofreció una aventura que quizás no hubiera tenido lugar si él las hubiera acompañado.

Al llegar, el salón había estado ocupado por una multitud de jóvenes caballeros que sin duda habían venido a presenciar algún evento deportivo en el área, pero ahora no tenían nada mejor que hacer que beber el mejor brandy y ginebra que tuviera el dueño de la posada para ofrecer. La Srta. Micklethwaite dedujo la situación en un segundo y se aseguró de hacer guardia en la puerta mientras las demás eran guiadas por la dueña al piso de arriba. Era perceptible que era una honesta mujer de campo, que parecía sentirse honrada con la visita de las damas, y hacía tantas reverencias hacia ellas que Clarissa debió aguantar la risa mientras le susurraba a la Srta. Petersham, ‘Imagina las atenciones que te ganarías con un manguito de visón.’

Oriana recordó que había dejado su boa en el coche, y se separó de las demás para ir a buscarlo. En su regreso, uno de los jovencuelos que acababan de dejar la taberna exclamó, ‘Srta. Petersham’. El caballero que se encontraba en la penumbra detrás de este levantó la cabeza rápidamente, tal como lo hizo la dudosa Srta. Micklethwaite.

Oriana se sorprendió tanto que soltó su retícula, aunque su voz denotó una actitud fría y casual cuando respondió ‘Sr. Booth. Qué extraño encontrarlo aquí,’ al reconocer a un antiguo admirador de la única temporada que había pasado en sociedad en Londres.

El Sr. Booth tenía unos veinticuatro años, y hoy sus ojos se veían

enrojecidos y brillantes por los tragos espirituosos que había estado bebiendo. ‘Qué extraño *para mí* encontrar un ángel aquí,’ pronunció con notoria lentitud. Él procedió a quitarse el sombrero y ejecutar una magnífica reverencia hacia ella, y al hacerlo, bloqueando el paso e impidiéndole así ingresar a la posada. Dio la impresión de que el otro caballero, mayor a éste, había dado un paso al frente, pero antes de hacerlo, la Srta. Micklethwaite ya había volado hacia Oriana, y arrojando el sombrero del joven, quizás accidentalmente, o quizás no, deseando que dejara de avergonzarse a sí mismo. ‘Que tenga buenas noches, señor,’ dijo trayendo a Oriana al frente, ‘y si fuera usted un caballero sabría bien que no debe andar por la vida dirigiéndose a las jóvenes en los jardines comunes de una posada.’

‘Pero... yo conozco a la joven...’ protestó el Sr. Booth en vano, ya que las damas habían ingresado ya al establecimiento.

‘Aun así, Charles, no deberías hablarle a las damas, aunque las conocieras, cuando estás tres cuartas partes ebrio.’

El Sr. Booth volteó para ver quién se había dirigido a él en tales términos. Era un hombre de unos treinta años, de un metro ochenta de altura, suficiente para llamar la atención, tal como lo hacía su elegante atuendo, incluso vestía botas altas y chaqueta de cuero, dejando en evidencia que no sólo era adinerado sino que además observaba la moda. Su rostro no era tan atractivo, sino más bien sombrío, taciturno, dándole un aire peligroso, que a la vez entusiasmaba y aterrorizaba a muchas damas de su círculo social.

‘Grandiston. ¿Viste quién era? La Srta. Petersham. Creí que su hermano había dicho que estaba en el continente con algún familiar luego del escándalo cuando le canceló al viejo Charteris.’

‘Así es, eso fue sin duda lo que él dijo. Si su hermano no tiende a la farsa, debemos asumir que está recién regresada. Pero sinceramente, temo por su alma,’ dijo suavemente mientras le regresaba su sombrero al Sr. Booth. Su tono era suave y endulzado, pero siempre tenía un dejo de amenaza cuando hablaba así.

‘¿Por qué dices eso?’ dijo Booth, y volvió a ingresar a la taberna.

‘En un momento, muchacho... en un momento.’ Entonces se alejó abruptamente y conversó brevemente con uno de los mozos de la diligencia en la entrada. Booth vio cómo se intercambiaban una moneda, y el Conde de Grandiston regresó con una sonrisa satisfecha en su rostro. ‘Bueno, bueno,’ dijo, ‘mira la oportunidad que se presenta en mi camino.’ Puso sus manos en los hombros del joven y lo condujo hacia la taberna nuevamente. ‘Pero tú

deseabas saber por qué dudo de la palabra de su hermano - simplemente porque conozco su personalidad - *Puede ser* que haya sido verdad, o puede que no. Cuando era tan sólo un muchacho acostumbraba decir lo que más le conviniera. A diferencia de su padre y su hermana, cuya franqueza, que he tenido oportunidad de observar, no siempre está a la altura de los modales modernos...' Grandiston hizo una pausa, y sonrió, como si estuviese recordando alguna ocasión siniestra, '... pero igualmente es algo estimulante de observar.'

'Tú eras amigo de Petersham, ¿no es así? Antes de irte a la guerra en la Península...'

'Lo era, mi joven amigo borrachín, pero anda, bébete otro trago y esfuérzate por no comenzar otra conversación sobre mi carrera militar - sabes lo aburrido que me resulta.'

Cuando el joven hizo lo que se le pidió, Grandiston se desparramó en el asiento de madera de la taberna, jugando negligentemente con su copa, lucía como un caballero decente.

Él era consciente de que la mujer que hubiera sido su prometida, estaba ahora preparándose para ir a dormir en el piso de arriba, pero él dudaba que ella supiera de los planes de su padre. Cuando su mejor amigo, Sir Ralph Petersham, había confesado su deseo de casar a Oriana con él, él había observado a la joven de dieciséis años con asombro.

Al observar su progreso por los siguientes dos años, y cómo ella espantaba a cada uno de sus fervientes seguidores, sus modales imperiosos con cada persona que quisiera torcer su voluntad, su gentileza para con sus sirvientes o quienes estaban por debajo de su estatus social, y su amor por todo lo relacionado con la finca y todos los arrendatarios, él sintió que ella era exactamente la esposa con la que siempre había soñado.

Los dos habían discutido y reído mientras recorrían las granjas de la propiedad, pero sólo una vez había visto en ella algo más que un simple amor fraternal. Fue cuando el rumor llegó a los oídos de Oriana, por medio de una amiga suya que había sido presentada en sociedad un año antes que Oriana, el rumor de su supuesto coqueteo e intenciones con cierta joven, la Srta. Hazlehurst.

Oriana había intentado traer a la conversación el asunto, y cuando él había escogido cuestionarla sobre sus intereses en ello, ella había respondido enfadada, diciendo que no lograba imaginar a ninguna dama que estuviera dispuesta a casarse con un hombre tan feo como el mismo diablo. Con los

demás, la Srta. Oriana era la reina del hielo, pero con él se convertía en una arpía iracunda.

Sus celos habían avivado más la pasión que él sentía - pero entonces la guerra intervino. Él no podía observar los eventos en Europa sin hacer nada. No podía hablar con la Srta. Petersham mientras su propio destino era tan incierto. Entonces aceptó tomar un cargo y pasó los siguientes dos años en el lodo de Portugal, con las valientes fuerzas armadas de Wellington.

Desafortunadamente, tan a menudo se encontró quitando balas de su propio cuerpo, que el mismo Wellington lo envió de regreso a casa. 'Por el amor de Dios, hombre, el cuerpo puede soportar hasta cierto punto. Haz hecho suficiente por esta guerra. Desearía haber hecho tanto yo mismo.'

Oriana nunca había sabido de sus intenciones para con ella, pero cuando él supo de la muerte de Petersham y del compromiso de Oriana con Charteris, sintió que Oriana de algún modo lo había traicionado, y también a sí misma, al casarse con un hombre rico. Él estuvo de regreso en Inglaterra antes de enterarse del escándalo del compromiso roto; y cuando fue a visitarla en su hogar, se encontró con los retorcidos errores de su hermano. A simple vista había notado que en algún punto, el joven Petersham había tratado a su hermana con cinismo. Sólo fue su educación lo que le impidió expresarlo para obtener el paradero de Oriana, no mientras fuera un invitado en su casa, pero Grandiston aún no había acabado con Fitzroy Petersham. Ahora, apenas dos años después, Oriana Petersham reposaba en su cama, en el piso de arriba, más hermosa y deseable que nunca. Él sabía ahora a dónde se dirigía, y como general, como lo habían llamado sus amigos en el regimiento, comenzó a planear la siguiente estrategia para su próxima batalla.

## Capítulo 4

### Noticias divulgadas

Sir Fitzroy Petersham recibió la carta de su hermana con enojo. Él había intentado olvidar su existencia en el año que le siguió a su espantosa desobediencia y el breve escándalo del compromiso roto. Al hecho de que no hubiera habido escándalo alguno si él no hubiera publicado el anuncio del enlace en el *Morning Post* sin haber antes consultado a la novia, él no lo consideró en absoluto. Como había sucedido antes, su hermana, favorita de su fallecido padre y de su madre, lo había humillado. La condenada popularidad que había ganado Oriana en Londres significó para él que casi todos los vínculos que ella había formado continuaran preguntándole por ella, y por tanto, que él se viera obligado a inventar una historia, diciendo a todos que ella estaba fuera del país visitando a unas amigas. No podía él decirles que ella prefirió enseñar en una academia para señoritas antes que vivir con él, y que a él le preocupaba que algún día fuera ella la maestra de las hijas de sus amigos. Sin embargo, la mayoría de los miembros de la alta sociedad habían ignorado aquella academia para señoritas que prometía educar a las damiselas en griego y latín y otras materias innecesarias, en efecto, indeseables en una dama actual. Él había soportado la visita de Grandiston, y ahora le preocupaba lo que fuera a hacer su hermana a continuación. ¿Aceptarían sus amigos la historia de que ella brindaría ahora su compañía a otra amiga? Tal vez justamente esto le quitaría un peso de encima a él; podía tomar la oportunidad y proveer a sus amigos con su nueva dirección.

Él era un joven atractivo, de porte atlético, como su padre, pero sin una pizca de carácter en su apuesta figura morena. A él le había complacido tomar los beneficios de su padre a la edad de veintitrés, pero además de gastar una gran cantidad de dinero, había cambiado muy poco en él. Acostumbraba a ordenar a los sirvientes con toda la imperiosidad de su padre pero sin nada de su benevolencia, y sabía bien que todos ellos lo despreciaban. Él creía ser un caballero culto, pero estaba demasiado afirmado en su caballo como para dignarse a intentar actos heroicos como hacía su

padre o la misma Oriana. Su madre siempre había permitido todos sus arrebatos y él la extrañaba intensamente. Tenía muchos conocidos, pero ningún amigo cercano, y le hubiera gustado contar con la presencia de Oriana en su gran casa vacía aunque más no fuera para aprovecharse de ella dejando que manejara los asuntos de la finca como ella siempre lo había hecho. Él estaba cansado de que su gente le viniera con preguntas y pidiendo que tomara decisiones sobre asuntos de esos malditos arrendatarios. Sin embargo, a su desprecio y desaprobación, no los hubiera soportado. Al menos los sirvientes estaban obligados a ocultar sus sentimientos.

Él había decidido ir a Londres, pero deseaba evitar otro incómodo encuentro con Grandiston. *¿Por qué habían de importarle a él lo asuntos de Oriana o qué tan bien estaba ella?* Grandiston se comportaba como si la hubieran dejado a su cuidado. Era a su hermano a quien le correspondía decidir por su futuro. Aun así, Oriana había acabado con su control sobre ella de antemano, y eso a él no le agradaba, pero no lograba decidir cuál sería la manera correcta de proceder.

Como el destino quiso que sucediera, en la calle Albemarle fue el Honorable Charles Booth quien lo abordó, impecablemente ataviado con un chaleco amarillo y un chaqué azul.

‘Ah, Petersham.’

‘Booth. Pensé que estarías fuera de la ciudad en esta época.’ Petersham ni había pensado en Booth, ya que él no era de su grupo más allegado, y a decir verdad le sorprendió bastante esta importunación de su parte.

‘Estoy visitando a mi madre. Ha tenido que permanecer en la ciudad por un ataque de sarampión en los más pequeños. El otro día me encontré a tu hermana en el camino. Lucía muy bella,’ dijo Booth como al pasar. Tuvo que obligarse a suprimir una gran sonrisa cuando vio cómo se inquietaba Petersham. Grandiston siempre tenía razón, había dicho que el baronet se incomodaría al mencionarle a su hermana. *¿Qué malandanza está tratando de ocultar?*- pensó Booth.

‘Sí, en efecto’ respondió, ‘está haciéndole compañía a... a una vieja amiga de la escuela por un tiempo. La heredera del Vizconde Ashcroft.’ Petersham estaba incómodamente consciente de que acababa de aceptar y presentar el nuevo estatus de su hermana a los ojos de la sociedad.

El joven Booth era un muchacho moderno, y ahora estaba oliendo el temor en su presa aunque no comprendiera qué lo causaba. ‘Pensé que tu hermana había ido educada en casa. Bueno, en realidad sé que así fue porque

tu madre recomendó a la institutriz para mis hermanas.’

‘Claro que así fue.’ Dijo Sir Fitzroy calculadoramente. ‘Sólo digo que conocí a la Srta. Thorne cuando *ella* estaba en la escuela. Tengo un compromiso Booth, así es que debo despedirme. Te deseo buen día.’

Booth tocó su sombrero. ‘Claro, viejo. Malentendido - lo siento.’ Booth se permitió sonreír ampliamente mientras continuaba su camino hacia el club, balanceando su bastón y practicando en su mente cómo le describiría su encuentro a Grandiston, quien en ese momento estaba refugiado allí mismo. Su cerebro prolífico - cuando no estaba suprimido por una gran cantidad de bebidas espirituosas - comenzó a rumiar. ¿Sería que las damas iban camino a Ashcroft? Seguro que no, dado que el pobre Bosky -el Vizconde Ashcroft, para los que ignoraban los hechos- la había dejado caer en la ruina antes de su prematura, pero nada sorprendente muerte.

Esto fue precisamente lo que le preguntó a Grandiston diez minutos después.

‘Buena deducción, muchacho. Creo que es exactamente a donde se dirigían,’ dijo su amigo confiadamente.

‘No hubiera pensado que hubiera allí sitio alguno que aún fuera apropiado para acoger a una dama. Difícilmente ha habido suficiente tiempo como para arreglar la situación desde la muerte de Bosky y la última vez que yo estuve allí...’

‘Sí, sí.’ Interrumpió Grandiston, ‘faldas ligeras montando el lomo de los machos en apuestas de carreras, champagne en los aguamaniles y todo tipo de desenfreno imaginable. He oído sobre el escándalo.’ Y levantando una ceja añadió. ‘Lo que no sabía era que tú eras uno de los presentes, Charles.’

‘No lo era,’ dijo Booth apresurado y avergonzado. ‘Ah, estás bromeando Grandiston. Debí imaginarlo. Fui allá a recoger un animal de caza que Ashcroft vendía. Jamás había visto tanta gente rara en mi vida. *Ellos* pueden decir que se estaban divirtiendo pero en mi opinión se veía ridículo. Las mujeres que habían contratado eran una forma segura contagiarse la viruela. Yo encuentro placer en sitios más seguros.’

‘Tus amigos deben apreciar la sabiduría, si bien no la moralidad de esa última declaración. Ya es hora de que te cases y adoptes una vida recta, muchacho.’

Ambos rieron, pero no se distrajeron. ‘Si sus admiradores supieran que está en Ashcroft, me atrevo a decir que estarían yendo a Hertfordshire en caravanas.’

‘Creería que sí,’ pronunció Grandiston en su tono más seco, ‘pero confío, mi querido Charles, en que aquí en la ciudad no se sabrá de su paradero por algún tiempo.’ El mensaje fue inconfundible.

‘Oh, ciertamente mi señor,’ dijo Booth alegre y adulator, ‘puede confiar en mí.’

‘Debo dejarte ahora Charles, cuando quiera que el mundo lo sepa,’ dijo Grandiston con cierto brillo en sus grandes ojos, ‘confiaré en ti para divulgar la noticia.’

Booth estaba ya demasiado sorprendido de ver que su viejo amigo lo cuestionara tan intensamente, pero añadió, ‘creo que Hertfordshire es muy agradable en esta época del año. Creo que Staines tiene una casa allí.’

‘Adelantándote a la manada, Charles, esa es la actitud.’ Y sirviendo otra copa de vino dijo, ‘quizás debemos honrar a su señoría con nuestra visita.’

Lord Ferdinand Staines supo del inminente arribo del nuevo propietario de Ashcroft por una irrecusable fuente, su madre. La dama en cuestión reposaba en un diván color lila, vistiendo una bata de impactante color naranja, sobre un camisón de gaza verde pálida y una cofia de encaje cubriendo sus rizos sospechosamente rubios. Cuando su hijo entró en el salón, lo máximo que hizo fue sentarse y decir, ‘¿Sabes que esa muchacha está llegando a Ashcroft?’

Su señoría era incapaz de observar el atuendo de su madre sin ser esto un golpe bajo para su gusto superior, pero había aprendido que era un sinsentido intentar darle indirecta alguna. Viéndole el lado positivo, pensó que era bueno que él hubiera heredado esa testarudez de ella en forma de firmeza masculina. ‘Bueno, supongo que su hermano la traerá para que vea por sí misma el devastador estado en el que está la propiedad, *si es que* se refiere usted a la Srta. Thorne, como presumo que es el caso. No hace falta enroscarse en el asunto madre, dudo que esté por aquí bastante tiempo como para verla. Su hermano y yo lo hemos arreglado todo entre nosotros.’

La dama observó a su hijo molesta. Incluso en hombres tan apuestos como su hijo, alto y rubio, con su cabello peinado al moderno estilo Brutus, con sus botas relucientes como un espejo, ese aire de autosuficiencia y confianza era poco atractivo. Más aún cuando esta actitud se le dirigió a quien lo había balanceado sobre una rodilla desde pequeño. ‘Bueno, estás bastante desinformado ahí. Ella ha enviado a un sirviente que la precede, él ha estado arreglando el lugar para su llegada. Ha echado a ese mayordomo que habían mandado a empacar todo - hasta tengo entendido que lo atrapó robando de la

bodega - y trajo a algunas muchachas del pueblo para limpiar. Obviamente esta será una extensa visita.’

‘No puedo creer lo que dice madre. ¿Cómo puede usted saber esto?’

A ella le alegró ver cómo se desvanecía esa expresión complacida de su rostro, pero suspiró. Los hombres nunca tuvieron la más mínima idea de cómo funcionan las cosas en el campo más allá de la caza, las cosechas y esas cosas. ‘Bueno, resulta ser que Sullivan, el mayordomo de la muchacha, es un local, pariente lejano de nuestro mozo. Él fue lacayo en los tiempos del *antiguo* vizconde, y se fue de Ashcroft con Lady Clara, cuando ella formó ese ridículo matrimonio con ese filósofo o lo que sea que haya sido. Dicen que era muy atento y devoto de ella, pero *nuestro* Sullivan dice que el Vizconde continuaba pagándole su salario para que cuidara de su hija. Bueno, como sea, él está de regreso y preparando el terreno para esa chiquilla. Su madre era una criatura tonta y atrevida, demasiado, *demasiado* consentida por su padre. Él nunca soportó a su hijo, sabes, y eso puede haber sido lo que lo arruinó. Tu padre decía que él ni siquiera era un verdadero Ashcroft, pero juro por mi dinero que esas eran viejas habladurías - la antigua Lady Ashcroft no se hubiera comportado de esa manera, *al menos* no antes de haber dado a luz al heredero. Fíjate, el difunto Vizconde no era nada parecido a su padre, pero...’ ella dejó de hablar al oír a su hijo suspirar impaciente, ‘pero supongo que no querrás oírlo todo sobre el tema. ¿Qué se propones hacer con lo de Ashcroft?’ Dijo con dignidad.

El aire de complacencia regresó al semblante de su hijo mientras se sentaba y cruzaba sus piernas, ‘Primero, esperaré hasta saber si estos chismes de sirvientes están siquiera basados en *hechos*, madre,’ él pronunció *hechos* como si no fuera una palabra con la que su madre estuviera familiarizada. ‘*De ser así*, le daré a la muchacha tiempo para aceptar cuán ridícula es la idea de residir en Ashcroft, lo cual le explicaré apenas logre posar mi mirada sobre ella.’ Dicho esto él abrió el periódico de un golpe, lo ubicó frente a su cuerpo y comenzó a leer minuciosamente.

Queda la esperanza, pensó su amorosa madre, de que la Srta. Thorne no reciba sus cuidadosos consejos con este resentimiento colérico que inspiraban en ella.

Ignorantes de las maquinaciones de estos miembros del mundo culto, las agotadas damas llegaban al final de su viaje. Al ingresar en el parque, la Srta. Appleby se asomó por la ventana del coche y dijo, ‘Miren, allí. Qué bonita casa, aunque gracias al cielo no es tan grande como pensaba que sería. Ella

señaló hacia una construcción cuadrada, con columnas romanas, y según contabilizó de inmediato, con ocho ventanas que daban al frente.

‘Bueno, la última vez que estuve aquí era tan sólo una niña, pero creo que es la casa adjunta, para la viuda,’ dijo Clarissa.

‘Ay por Dios Santo.’ Exclamó la Srta. Appleby al borde del desmayo.

Las damas no alcanzaban a ver bien todo el parque, pero unos cuatrocientos metros más adelante, aparecía la grande e imponente figura de la casa Ashcroft.

‘Pues,’ dijo la Srta. Micklethwaite, ‘sí que es imponente.’

Aunque era una noche de luna llena y reflejaba su luz en los cristales, la Srta. Appleby perdió la cuenta de las ventanas.

La puerta estaba abierta, y al final de los escalones se afirmaba el formidable Sullivan.

‘Imaginé que tal vez les gustaría una cena ligera, señoritas. Está servida en el salón que da al frente.’

Las damas entraron a un vestíbulo que les dejó atónitas. Una gran escalera de roble flotaba hacia el piso superior, brotando desde un piso de mármol italiano cuya antigüedad las maravillaba. Sin embargo era un recibidor excesivamente propenso a las corrientes de aire, así es que las damas continuaron rápidamente hacia las cálidas luces de las velas y el fuego crujiente del hogar, que se veían a través de varias puertas abiertas desde el hall en el que se encontraban. Allí había té y una variedad de bocadillos calientes esperándolas, y contentas llegaron hacia ellos poniéndose cómodas. - *Bendito sea Sullivan* - pensaron todas.

Pero Clarissa, sólo había tomado una taza de té y degustado un bocadillo cuando expresó su deseo de ver la casa. Sí rogó a sus compañeras que permanecieran allí y comieran tranquilas, tomó un candelabro y salió del salón acompañada solamente por Sullivan. Ella le dirigió algunas palabras de agradecimiento y ambos partieron a recorrer la casa, hasta hacía poco el hogar de un Vizconde y ahora, increíblemente era propiedad de una muchacha de dieciocho años, que acababa de finalizar sus estudios.

Cuando regresó con sus amigas estaba de mejor ánimo del que ellas esperaban.

‘Bueno señoritas, hay muchos muebles antiguos atestando muchos de los cuartos, pero creo que les agradarán mucho sus aposentos para esta noche. Tanto lujo. Sullivan ha hecho encender el hogar en cada dormitorio y ha colocado ladrillos calientes para nuestros pies. El resto de la casa está en buen

estado, excepto por el Ala Oeste, que Sullivan dice que está lleno de humedad y unas cuantas calamidades más, y deberá permanecer cerrada por ahora. Aun así, creo que podemos arreglarnos con las seis salas restantes y catorce dormitorios. Los armarios de ropa blanca están completamente abandonados, claro, pero pronto podremos encargarnos de eso. Además de limpiar, elegir los mejores muebles para ubicar en las salas que decidamos usar, y deshollar las chimeneas, creo que tendremos más nada que hacer, ¿no es así Sullivan?’ dijo Clarissa alegremente.

Sullivan permitió que asomara una breve sonrisa en su largo, lúgubre rostro, ‘Con respecto a eso, Srta. Clarissa. Aún tengo que discutir el rango de la cocina - está en un estado muy poco cooperativo. La única que pudo manejarla fue la Sra. Stebbings, que fue la cocinera en la época de mi antiguo señor, su abuelo. Y bueno, también está el asunto de la hacienda en sí misma, señorita. Me rompe el corazón ver el estado en el que está. Los jardines necesitan una revisión completa, y el estado de las casitas de los arrendados - Srta. Clarissa, me alegra que su pobre madre no esté aquí para ver cómo se encuentra todo, sin duda la habría destrozado.’

‘Bueno,’ dijo la Srta. Micklethwaite al ver que la valiente sonrisa de Clarissa se iba desvaneciendo al oír esta depresiva lista, ‘No hace falta darnos un susto de muerte en nuestra primera noche Sullivan. La Srta. Clarissa nos ordenará qué hacer en la mañana.’

‘Sí señora, me disculpo. ¿Podré sólo añadir que el Sr. Elfoy, el administrador de la hacienda solicitó verla mañana? Dijo que era urgente, pero le negaré la reunión si usted lo prefiere.’

Clarissa, que lucía un tanto alarmada por el golpe que le supuso el ir dándose cuenta de sus nuevas responsabilidades, dijo, ‘No Sullivan, tienes razón. Debemos comenzar lo antes posible.’ Y repentinamente, sobrecogida, Clarissa rompió en llanto.

Sullivan con gran tacto se retiró del salón en silencio, reprendiéndose por no notar cuán abrumadora debía resultar esta casa para una dama tan joven, y se prometió ser más cuidadoso en adelante.

‘Llévala a la cama, Louisa. Está noqueada y no me sorprende,’ dijo la mayor de las damas.

‘No, de verdad estoy bien Waity, no logro imaginar...’ dijo Clarissa; con las mejillas llenas de lágrimas cayendo.

‘No cielo, Augusta tiene razón...’ trató de convencerla la Srta. Appleby, levantándola y rodeando su cintura con su brazo. ‘Esto no es nada que un

poco de descanso no cure. Ven conmigo querida.’ Y saliendo, la guió por las escaleras.

La Srta. Petersham se volvió hacia su compañera, ‘Ay Waity, qué fácil se me olvida que Clarissa es tan sólo una niña. Haber perdido a su madre tan poco tiempo después de que había perdido a su padre... no es sorpresa que esto le afecte así. Pero es una jovencita tan formidable, seguramente en la mañana estará bien, pero debemos vigilarla cuidadosamente.’

‘Efectivamente,’ dijo la Srta. Micklethwaite, ‘Se sentirá mejor en cuanto empecemos a *hacer* algo. Sabes, además de no tener que enfrentarse a una vida con su prosaico hermano y esa esposa suya, yo creo que es el estar ocupada lo que Clarissa más desea. Necesita de este lugar para no pensar en las cosas que la deprimen. En eso es igual a su madre. Estará bien.’

‘Sí, todas necesitamos esto,’ Oriana dio una vuelta por el salón. ‘Somos unas raras, Waity, todas excepto la pobre Appleby quizás. Somos rarezas de la naturaleza, que nos atrevemos a discutir la voluntad de los hombres que se suponía debían guiarnos. Algunas mujeres hubieran aceptado el ofrecimiento del cura, o al menos hubieran esperado hasta que apareciera una mejor oferta; pero siendo nuestras mentes como son, no podemos permitir que ningún hombre nos domine sin respetarnos también. Al menos aquí estaremos a salvo de aquellos que nos plagarían de *atenciones*.’

‘Bueno, si es por eso querida, yo rara vez he sido plagada por las atenciones de un hombre,’ dijo suavemente la Srta. Micklethwaite, ‘pero me alegra, en teoría, verme libre de ello.’ Oriana sonrió, pero aun sonriendo, lucía cansada. Su compañera la sacó de la sala cariñosamente. ‘Es hora de ir a descansar, antes que tú también logres entrar en el estado al que llegó Clarissa.’

## Capítulo 5

### Las damas en casa

La mañana siguiente, Clarissa despertó cuando una jovencita con cofia, vestido marrón y delantal, abrió las cortinas, permitiendo que los primeros rayos del sol se filtraran a través de su cobertor.

‘¿Pero, quién eres tú?’ dijo Clarissa sentándose.

‘Seré su doncella, si es que usted lo quiere señorita, soy Becky,’ respondió la joven acercándose prontamente con un chal que colocó en los hombros de Clarissa, y a continuación puso en sus manos una taza de chocolate caliente. ‘El Sr. Sullivan me eligió en el pueblo señorita, ya que usted tuvo que dejar a su doncella en su antiguo pueblo. No tengo toda la experiencia que tal vez usted prefiera señorita - esto es como un ascenso para mí - pero puedo hacer peinados y soy rápida con la aguja y el hilo.’ El rostro redondo de Becky se mostraba algo ansioso aguardando las palabras de Clarissa.

‘Estoy segura que así es,’ dijo Clarissa, ‘gracias Becky, puedes irte ahora, me vestiré sola esta mañana.’ Becky se notó decepcionada, pero hizo una reverencia y salió de la habitación.

Clarissa se acomodó en la pila de almohadas de plumas bebiendo su chocolate, y pensó en que nunca había visto tanto lujo. Su cama era tan grande que en ella podía dormir un regimiento, y además tenía un dosel con seda color beige. Su habitación era enorme, al menos eso le parecía a ella, y tenía elegantes muebles. Sospechaba que esta debió ser la habitación de su tía, y de su abuela antes de ella. Su set de peine de plata aún adornaba el tocador con su exquisito espejo con marco francés. Que la doncella era un detalle que Sullivan había considerado necesario para añadir importancia a su nombre en el pueblo, ella no lo dudaba, pero era un lujo bienvenido. Bien, ya era hora de comenzar su día como la señora de la casa. Casi como contradiciendo estos pensamientos, ella se puso su vestido gris más viejo.

Las damas se horrorizaron al verla, pero ella sólo respondió, ‘Hay una gran cantidad de trabajo por hacer, y no quiero arruinar mis vestidos.’

Y así fue que mientras estaba desempacando sus adorados libros en la biblioteca, la encontró el Sr. Elfoy.

El caballero había llegado a la casa, pero camino a la puerta principal, al pasar por las ventanas de la biblioteca oyó un grito así es que entró por allí mismo. Él encontró a una joven con un viejo vestido gris y un delantal, agarrándose un dedito del pie y saltando por la sala. Ella lo escuchó reír y se volteó.

Clarissa vio entonces a un joven devastadoramente atractivo. Era alto y de cuerpo atlético, y su cabellera color nogal, aunque estaba severamente peinada hacia atrás apartándola de su noble frente, era un alboroto de rizos, uno se había escapado del peinado y pendía sobre su ceja, llamando así la atención a sus risueños ojos. Estos eran de un color otoñal aterciopelado, con pestañas que debían ser la envidia de más de una dama. La atracción de sus ojos era tal que Clarissa prácticamente no notó su firme mentón o el escandaloso hoyuelo en su pera. Él iba vestido muy apropiadamente, con un abrigo azul oscuro, que por más provincial que fuera el sastre, tenía un magnífico corte que lo hacía lucir como nada menos que una obra maestra.

Al volverse hacia él, Clarissa naturalmente sonrió tan ampliamente como él. A pesar del polvillo en su rostro el Sr. Elfoy se enterneció con ella, ‘Hola, ¿te has lastimado? Soy Elfoy, he venido a ver a tu señora.’

Clarissa estaba horrorizada - ¡la imagen que debía presentar! Así es que dijo, ‘Sí señor, iré a buscarla.’ Y desapareció rápidamente. Habiendo salido apresurada de la biblioteca, corría desordenadamente cuando se cruzó con la Srta. Micklethwaite y Oriana en el corredor.

‘Ay Waity, el Sr. Elfoy está en la biblioteca, por favor, hazle compañía y dile que estaré con él en unos minutos. ¡Oriana!’ exclamó tomando sus manos. ‘¿Puedes hacer *algo* con mi cabello? Por favor, ven conmigo.’

Mirando desconcertada a la Srta. Micklethwaite, Oriana murmuró, ‘Claro, querida.’

Fue una Clarissa muy diferente la que se presentó ante el Sr. Elfoy unos momentos después. La Srta. Micklethwaite se sobresaltó al verla, ya que Clarissa jamás había prestado tanta atención a su apariencia. Cómo resultó el cabello de Clarissa cortado adelante, formando rizos que enmarcaban su rostro de manera tan atractiva, y luego barrido en un estilo griego con cintas de satén negras en apenas media hora era para ella un misterio. Ahora estaba mejor vestida, con su nuevo vestido de muselina negra, de cuello alto cortado en el encaje de Brujas del baúl de su madre. Su mirada tenía cierto brillo que

la Srta. Micklethwaite jamás había visto mientras extendía su mano dándole la bienvenida al Sr. Elfoy.

‘Ah, ahí está la Srta. Thorne,’ dijo con voz fuerte.

El apuesto, simpático joven con el que había estado conversando la última media hora pareció volverse piedra. Y entonces se sonrojó y se animó lo suficiente como para tomar la mano que estaba siendo extendida hacia él. No tenía duda de que esta era la misma joven que él había rotulado como criada. No estaba seguro de cómo habían logrado tal cambio, pero era obvio que estaba tratando con una dama de los más altos círculos. *¿Cómo pude cometer este error?* Su mentón estaba majestuosamente alto, se sentía el tonto más grande del mundo. Comenzó a disculparse enredándose en sus palabras.

‘Srta. Thorne. Cuán mal educado debió considerarme. No lo sabía, no podría haberlo imaginado...’ él se detuvo, notando que estaba hundiéndose aún más.

Clarissa se apiadó de él.

‘Claro que no, señor, tal habrá sido la imagen que presentaba con mi viejo vestido de trabajo. No vuelva a pensar en ello,’ y ella sonrió esa sonrisa de un rato antes, de la manera más amigable, indicándole con un gesto que tomara asiento. Mientras ella se sentaba, sus ojos se volvieron hacia él con gracia, ‘ahora sí nos hemos avergonzado un poquito cada uno, ¿no es así?’

El Sr. Elfoy se encontró sonriendo ampliamente otra vez, causando que a ella se le hicieran alegres hoyuelos en las mejillas. - *Dios mío, pensó él, estoy acabado. Qué perfecta es, y cuán bien sé que no debería pensar estas cosas de mi empleadora.*

Oriana notó con diversión que su entrada había pasado desapercibida para el joven. Aunque no era una chica vanidosa, estaba acostumbrada a atraer ojos masculinos - a propósito, qué ojos tan bonitos tenía el Sr. Elfoy. ¿Y acaso era posible que Clarissa estuviera coqueteando con él? Oriana aún sentía en sus manos las quemaduras de los hierros calientes, pues Clarissa había presionado a su doncella y a ella para que se apresuraran con su peinado, y se movía, giraba y retorció mientras arreglaban su cabello. Cuando hubieron finalizado, ella se miró en el espejo apreciativamente. ‘Al menos ahora no me confundirán con una criada.’

Oriana había respondido confundida ‘En absoluto.’

Ahora Oriana entretenida, cruzó su mirada con la Srta. Micklethwaite, quien aún estaba asombrada por el cambio en Clarissa, pero con sólo mirar al

joven y apuesto administrador lograban comprender el comportamiento de amiga.

Clarissa y él hablaron sobre la hacienda, invitando a Oriana a participar también, haciendo preguntas que el Sr. Elfoy notó de inmediato como oportunas y llenas de conocimiento, conocimiento que él no había creído que las damas pudieran poseer. En efecto, él se sorprendió de ver cuánto de lo que se decía, Clarissa comprendía, y él se sintió esperanzado de que finalmente un buen propietario pudiera poner la hacienda en orden otra vez.

‘La verdad, Sr. Elfoy, es que todo lo que usted dice que hace falta hacer, debe hacerse con lo que tenemos actualmente. Yo no tengo dinero que pueda ayudar con todo esto,’ dijo Clarissa con su candor habitual, ‘¿quizás usted considere que entonces no se puede hacer?’

El Sr. Elfoy volvió a sonrojarse, para su propio disgusto. ‘Puede que haya algo que ayude en esto, Srta. Thorne, pero debemos actuar rápido. Claro que no será suficiente para cubrir todos las reparaciones y mejoras, pero...’

Oriana rió, ‘Por el amor de Dios, señor, todas estamos ansiosas, ¿cuál es su idea?’

‘La casa para la viuda: ha sido bien cuidada por una tía del anterior Vizconde y ahora está desocupada. Si usted no tiene objeción, pensaba en un inquilino señora, creo que la renta nos permitiría comenzar. El último Vizconde no deseaba tener inquilinos, dado que le agradaba tener... bueno... tener privacidad...’

‘No tema hablar con franqueza, muchacho,’ interrumpió la Srta. Micklethwaite, ‘sabemos que el último vizconde era un libertino. Podemos imaginar que él no quería que sus - costumbres - fueran observadas por todo el mundo.’

‘Exacto, sí,’ dijo Clarissa, ‘parece que mi difunto primo era una persona extraña, pero eso no importa ahora. Que sea un inquilino entonces, señor, y que se lo antes posible. Dejaremos este asunto completamente en sus manos. Por favor, venga mañana y cabalgue con la Srta. Petersham y yo por la propiedad. Estaría muy agradecida si pudiera presentarme a los granjeros arrendatarios.’

Mientras el Sr. Elfoy se alejaba con un corazón alegre, Clarissa era el recipiente de las bromas de sus compañeras. Pero ella no ponía atención. Ella pensaba que sólo quiso hacerle una bromilla al Sr. Elfoy, pero descubrió que su abierta admiración hacia ella, la había afectado tal como su sonrisa amplia y su sentido del ridículo. Jamás se había sentido tan - tan enaltecida en la

presencia de un joven. Sin embargo sabía que no estaría bien pensar en él. Las circunstancias eran muy diferentes. Aunque siendo de cuna gentil sin gran riqueza, hubiera sido un candidato apropiado para ella seis meses atrás, él ya no se consideraría a la altura para cortejar a la dueña de la mansión. Era lamentable, pero su cabeza estaba demasiado ocupada con las tareas por hacer como para sentir demasiado dolor.

## Capítulo 6

### Asentándose

En los días siguientes se estableció un patrón. Clarissa y Oriana cabalgaban con el Sr. Elfoy, conociendo a los arrendatarios, y las Srtas. Appleby y Micklethwaite se abocaron a la ropa blanca y los invernaderos usando su tiempo energéticamente. Las jovencitas que habían sido contratadas para ayudar jamás habían trabajado tan duro, y pronto se vieron establecidas en sus quehaceres, algunas porciones de la casa fueron lustradas y brillaban como en sus días de gloria. Hicieron desaparecer los muebles dañados colocando todo en los áticos y encontraron hermosas piezas para reemplazarlos en los montones de habitaciones de los pisos superiores.

Unos días después, cuando Clarissa exteriorizó su deseo de que los jardines - al menos los que rodeaban las inmediaciones de la casa - fueran arreglados, el Sr. Elfoy la llevó a ver al Sr. Muggins, un arrendatario cuyo padre había dirigido al regimiento de jardineros en la época del tío de Clarissa.

Oriana, apenas detrás de ellos dos, observó a un hombre muy grande, con expresión desafiante en su rostro y se preguntó si esto podría conducirlos hacia algún problema. Él era un hombre ancho, lucía ferozmente fuerte, habría tenido unos veintitantos años, vestía una vieja camisa a rayas pero se notaba que estaba limpia. El predio parecía estar bien cuidado, así es que Oriana dedujo que era un buen arrendatario. ¿Entonces qué era lo que causaba que su afable rostro se viera tan turbulento?

El Sr. Elfoy le explicó el motivo de su visita y preguntó a Muggins si podría reunir a algunos hombres para ayudar con los jardines.

‘Yo diría que sí, señor.’

Clarissa se agachó en su montura y le extendió la mano. ‘Gracias Sr. Muggins, sería muy amable de su parte.’ Le dijo sonriendo sinceramente.

Muggins se limpió la mano en sus pantalones antes de estrechar la mano de Clarissa algo reacio.

El Sr. Elfoy miró hacia el granero. ‘Veo que has estado arreglando el

granero al fin, Muggins,' exclamó.

Muggins se enderezó. 'Lo he hecho señor. Tomé la piedra de la granja del viejo Martin, como le dije que haría aún sin el permiso del antiguo dueño. Las bestias no esperan a que les den permiso.' Pronunció la última frase con un aire desafiante, mirando directamente a Clarissa.

Elfoy estuvo a punto de hablar, pero Clarissa lo interrumpió.

'Qué sensato, Sr. Muggins. Necesito exactamente este tipo de personas, que sepan actuar por iniciativa propia, para trabajar en el jardín. Pero entiendo que debe tener mucho trabajo que hacer en la granja, y no quisiera robarle su tiempo.'

Ah, qué buena es con esta gente, pensó Oriana. Qué rápido aprende. Ella intercambió una mirada cálida y aprobadora con Elfoy.

'Eso señora, sería un placé. Mi padre se hubiera desanimado mucho de vé el parque como está.' Él titubeó y miró a Clarissa algo ruborizado. 'No debí tomar la roca, es suya por derecho señora. Mi má me dice que no soy un hombre paciente. Tal vé quiera desmontá y entrar a conocerla, señora. Ella se sentiría muy honrada.'

El grupo desmontó y entró a conocer a la Sra. Muggins, una alegre y regordeta dama, que los convidó con bizcochos caseros y su propio jamón, hecho el año anterior. Sentados en la cálida casita, Clarissa oyó historias de la niñez de su madre, cuando la señora Muggins era una criada de la casa grande.

Finalmente pudieron partir, y mientras cabalgaban hacia la casa otra vez, Clarissa, que había estado demasiado callada, detuvo repentinamente su caballo y exclamó, '¡Lo tengo! ¡Sr. Elfoy, lo tengo! Nuestro encuentro con Muggins me ha dado la solución a todos nuestros problemas.'

Oriana y Elfoy se detuvieron también y la miraron desconcertados.

'El Ala Oeste.'

Oriana dijo, 'Querida Clarissa, pensé que estabas de acuerdo con el Sr. Elfoy en que el costo de reparar el Ala Oeste no era algo que consideraríamos. No sabía que desearas hacerlo.'

'Claro que no lo deseo,' dijo Clarissa impacientemente; 'Debemos sacrificar el Ala Oeste por completo. A mí no me resulta útil, pero la piedra, las lajas y las vigas pueden servir para las reparaciones necesarias en las casitas de la hacienda. Podrían realmente servir para algo bueno, en lugar de estar inútilmente amontonadas al otro lado de la casa.'

Los ojos del Sr. Elfoy se iluminaron. De repente podía ver una manera

rápida y razonablemente barata de hacer todas las mejoras que su corazón de administrador ansiaba. ‘Podríamos emplear a los soldados que han vuelto recientemente de la guerra, algunos están heridos, pero... No. Piénselo Srta. Clarissa. La piedra ha sido importada por su abuelo a un alto costo - usted reduciría el tamaño de una gran casa...’

Clarissa lo interrumpió, sus ojos centelleaban entusiasmados. Ella se dirigió a Oriana, ‘¿Tú crees que podemos hacerlo?’

Oriana lo consideró. En estos días las dos habían sido testigos del trabajo duro de la gente de la hacienda, y eso había tocado sus compasivos corazones: tantas necesidades y tan pocos fondos para cubrirlas. Habiendo actuado antes como señora de la casa de su padre, ella se había alarmado al ver lo que habían dejado que pasara aquí con los arrendatarios, todo por la falta de una administración un poco más cuidadosa. Aunque tenían con qué afrontar el próximo año o un poco más, Oriana sentía mucho que los arrendatarios tuvieran que pasar necesidad por tener una nueva señora que no traía suficiente dinero, y hasta había pensado en aconsejarle reconsiderar la venta para poder aliviar su sufrimiento. Sin embargo ahora, había una esperanza real. ‘Creo que sería posible.’

Los tres galoparon hasta la casa hablando del trabajo y los arquitectos, con la sensación de que finalmente podrían hacer algo realmente bueno por la gente que dependía de Clarissa.

Cuando Oriana necesitó un respiro, se atrasó separándose apenas para observar a los dos, riendo y planificando, Tristram Elfoy se iluminó con una gran pasión por enmendar todas las situaciones que así lo requerían y tenía la astucia para hacerlo. Ella notó cómo Clarissa atendía sus palabras y recogía su experiencia, preguntándole cosas e igualándolo en entusiasmo. Era tan extraño encontrar a un hombre que compartiera sus pensamientos tan libremente con una mujer, Oriana se preguntaba tristemente si sería sólo su situación como empleado lo que permitía que fluyera esta igualdad de ideas. ¿Permitiría él a su esposa proponer ideas de igual a igual?

Un no sé qué en esa alegría y calidez del Sr. Elfoy cuando miraba a Clarissa, repentinamente disipó su cinismo.

Lord Staines se había retrasado en su visita a Clarissa dada la llegada de huéspedes inesperados. El Conde de Grandiston y el Honorable Charles Booth, para ser precisos. Staines y Booth habían concurrido a la escuela juntos (aunque Staines era mayor) y Grandiston era un hombre demasiado importante como para no ser recibido cálidamente en cualquier hogar. Ellos

se anunciaron como que iban camino a Londres, habiendo salido del hogar de Grandiston al norte. Naturalmente, fueron invitados a quedarse allí, y luego a prolongar su visita mientras practicaran algo de caza y pesca en la basta propiedad de Lord Staines. Para su sorpresa, ambos aceptaron la invitación, y Lord Staines alardeó de su gran hospitalidad al relatar la noticia a su madre.

Su madre, que hoy resplandecía en su vestido amarillo y su chal rosa, se mostró levemente de acuerdo con él, ‘Claro, claro querido. Aunque al parecer su visita no será tan larga como yo hubiera creído. Lord Grandiston no es tan altanero, ¿o sí? Quizás podrías beneficiarte con él sabes, por su relación con los Príncipes.’

‘En efecto, tiene la reputación de ser orgulloso. Pero me ha ofrecido presentarme en su club.’

Por más desagrado que le causaran a Lady Staines las apuestas en sumas tan grandes, sabía cuánta importancia cobraría su hijo en lo social siendo presentado en el club Watiers por alguien tan consecuente como Grandiston. ‘Querido, estarás echo. Me atrevo a decir que todos nos recibirán e invitarán a eventos.’ Ella se dirigió entonces a hablar con el cocinero para organizar la cena sintiéndose jubilosa, pero también con la molesta duda del origen de esta repentina buena fortuna. ¿Qué haría un hombre tan importante entreteniéndose aquí con su más bien aburrido hijo?

Ella encontró una pauta durante la cena cuando conversó por demás intentando cubrir el desdichado plato de entrada (que se había arruinado debido a la ansiedad que le causó al cocinero la noción de tener que preparar tantas cenas elegantes).

‘Tenemos nuevo vecino en la Gran Mansión señores. Una tal Srta. Thorne ha venido tras la triste muerte, tan joven era... de su primo el Vizconde. Tengo entendido que se ha instalado allí pero aún no la hemos visitado, ¿no es así hijito?’

Su hijo no se notó complacido. ‘No creo que ella sea nuestra vecina. Efectivamente, su hermano prácticamente me ha vendido la propiedad. Lo considero casi un hecho.’

Grandiston dijo arrastrando las palabras, ‘No creo que su hermano sea el propietario, de ser así ¿no habría venido él a ver la propiedad?’

A veces Lady Staines era una mujer algo tonta, pero tenía instinto femenino. Enmascarado en el arrastrar de las palabras, ella notó un interés en la voz de Grandiston.

‘No,’ Lord Staines. ‘Un medio hermano, tengo entendido. No es una

familia noble pero es bastante respetada. Como su familiar masculino más cercano, naturalmente él será quien la guíe en lo que debe hacer. Sus tierras rodean las mías, mi intención es hacer de la Casa Staines una gran hacienda.’

‘Es una ambición que valdría la pena, compañero, no deberías perder tiempo en visitar a la dama. Quizás podríamos acompañarte en la mañana.’

‘¿Usted conoce a la Srta. Thorne, Lord Grandiston?’

‘No en realidad, Lady Staines, pero siempre me complace conocer gente nueva. También me intriga la idea de conocer a una jovencita que hace frente a los deseos de su hermano con los suyos.’

El Sr. Booth, aplicando estas palabras a la Srta. Petersham, se echó una carcajada, pero al ver la mirada seria del Conde sobre él, se controló y se disculpó diciendo que su mente se había ido por un momento.

Aunque los caballeros cabalgaron hasta la propiedad vecina la mañana siguiente, el imperturbable Sullivan les negó la entrada, Lord Staines le entregó su tarjeta y preguntó por una mañana en la que pudiera encontrar a la dama en casa.

‘En cuanto a eso, no sabría decirle señor. La Srta. Thorne está muy ocupada con asuntos de la finca en estos días.’

Staines estaba perturbado, mientras que Grandiston admiraba el estilo del mayordomo. Él tenía uno exactamente igual en su propia finca.

‘¿Asuntos de la finca? Su señora no puede estar pensando en quedarse.’

Sullivan miró por encima de su nariz en un modo que sugería que Staines era un hombre de respetabilidad dudosa. Él ignoró soberanamente la intrusión haciendo una pausa marcada, y luego dijo, ‘Entregaré su tarjeta a mi señora, señor.’

‘Qué gran ejemplar de mayordomo,’ declaró Booth con ánimo. ‘Nos mandó a meternos en nuestros asuntos, y no te equivoques. Ningún personaje de mala fama va a perturbar este castillo. No apostarías a que lograrías comprar este montón de piedra Staines. Ella se está asentando. Escucha lo que digo hombre, vino para quedarse.’

*Ay, cómo te quiero Charles,* pensó Grandiston observando el rostro contrariado de su señoría. La pomposidad se desvanecía en su presencia.

Sus ojos habían notado el piso bien pulido detrás de Sullivan, y los signos de que se comenzaba a trabajar en el jardín. Sí, las damas se estaban asentando, y aunque Grandiston aún no sabía si eso sería conveniente para él, el terrateniente en él aplaudía sus acciones. Pero, ¿habrían tomado entre manos más de lo pudieran manejar? Andando despacio detrás de los otros

dos, él se las arregló para preguntarle a un trabajador el nombre y la dirección del administrador de la hacienda.

Al día siguiente, Lord Staines recibió una nota perfectamente cordial de Clarissa, lamentando que la casa no estuviera aún en condiciones para recibir visitas y que ella misma estaba muy ocupada con asuntos importantes como para devolverle la visita. Ella le agradecía su gesto y esperaba que estuviera disponible para repetirlo luego de que hubiera pasado, digamos un mes.

Esta misiva encolerizó a Staines de tal manera que a pesar de las súplicas de su madre, él envió una carta a su hermano, reprendiéndolo por no ejercer mayor control sobre su hermana.

Regresando a casa esa tarde luego de haber pasado un tiempo interesante en el bar Red Bull bebiendo su cerveza *porter* a la misma hora que el Sr. Elfoy bebía su cerveza *ale* cada noche, Grandiston sorprendió a Booth en el corredor.

‘Charles, estás resplandeciente, el aire del campo te sienta muy bien.’

‘Grandiston, ¿qué planeas ahora?’ dijo el Honorable Charles Booth con mirada cautelosa.

‘¿No has pensado en tu necesidad, en tu *imperiosa* necesidad de tener una casa en el campo?’

A la mañana siguiente, en el desayuno, los huéspedes informaron a Lady Staines sus planes de partir. Ante sus protestas de dolor por perderse su presencia, Booth impartió algunas buenas noticias.

‘Señora, ni lo mencione. De hecho, realmente me ha agradado la zona. Aquí encontré la mejor caza en años. Quiero alquilar una casa en el vecindario. Seremos vecinos, ¿sabe?’

‘¿Pero dónde será que se quede?’ dijo la dama débilmente.

‘Pues, en la Casa adjunta de Ashcroft, señora.’

## Capítulo 7

### Conociendo gente

Lady Staines estaba resuelta, luego del insolente anuncio del Sr. Booth, a conocer a la Srta. Thorne, quien debía estar al límite, ella sentía, en su deseo de permanecer en Hertfordshire.

Ella llegó hasta la puerta principal, donde recibió el mismo mensaje que su hijo por parte del temible Sullivan. Pero ella era más insistente...

‘Claro, es demasiado pronto para entrometerse. Dele mis respetos y dígame que regresaré.’ Ella se volteó sonriendo débilmente, y entonces se volvió una vez más justo cuando Sullivan comenzaba a cerrar la puerta. ‘Me siento algo débil en el calor de este día casi primaveral. Qué sonsa soy. ¿Podría convidarme un vaso de agua?’ dijo tocándose la frente de manera afectada.

Sullivan maldijo con voz inaudible y la guió pasando el recibidor. Él apreciaba el hecho de conocer a una mujer similar a esta dama tan frágil. ‘Por favor, tome asiento aquí en la biblioteca, alguien vendrá pronto a atenderla.’

Pronto, Lady Staines se vio acompañada por una dama revoltosa de mediana edad, que llevaba un vestido de seda clara y una cofia decorada con cintas de satén. Ella traía un vaso de agua.

‘Querida, lamento tanto encontrarla mal, por favor, beba esto,’ dijo la nerviosa dama acolchonando unos almohadones y ordenando la mesita más cercana a Lady Staines.

‘¿Srta. Thorne?’ Pronunció.

La otra dama rió, ‘Ay no, claro que no. Soy la Srta. Appleby, una de las acompañantes de la Srta. Thorne.’ Y entonces se vio confundida.

‘¿Una de sus acompañantes? ¿Tiene más de una?’ Dijo Lady Staines que hasta el momento no había recordado beber el agua.

‘Tres,’ pronunció la Srta. Appleby con acento fatalista. ‘En realidad dos, supongo, porque Oriana es una amiga que le está haciendo compañía, mientras que la Srta. Micklethwaite y yo... Oh, por Dios qué estoy diciendo, usted no se encuentra bien, no querrá oír mi parloteo...’

Lady Staines recordó repentinamente su descompostura, aunque sí que quería oírlo todo de la Srta. Appleby. Su instinto para los chismes era infalible.

Mientras tanto, la Srta. Micklethwaite era interceptada por Sullivan en su camino a la sala de estar, él le informó que Lady Staines, de la Casa Staines, estaba en la biblioteca.

‘Con la Srta. Appleby, señorita.’ Añadió significativamente.

La Srta. Micklethwaite reaccionó al instante, ‘¡Dios Santo, quién sabe lo que dirá!’ Ella se apresuró a ir a la biblioteca.

‘Lady Staines, lamento saber que se encuentra descompuesta, confío en que Louisa la está atendiendo bien.’

‘Augusta, querida. Permíteme presentarte a Lady Staines. Su señoría, ella es la Srta. Augusta Micklethwaite.’

La Srta. Appleby se sintió aliviada, ya que tenía la leve sensación de que no se estaba expresando bien.

Lady Staines le extendió la mano a la Srta. Micklethwaite, ‘Usted es *otra* de las acompañantes de la Srta. Thorne, presumo.’

La Srta. Micklethwaite tomó asiento con gran serenidad.

‘Efectivamente Lady Staines. Verá que esta una casa llena de mujeres. La Srta. Petersham acompaña a la Srta. Thorne. Las jovencitas siempre tienen una amiga en particular, ¿no es así? La Srta. Appleby aquí presente era una querida amiga de la Sra. Thorne, que falleció recientemente, y ahora ella es prácticamente la madre de la joven Srta. Thorne. Yo, he sido su acompañante y maestra desde que ella era una niña, y no quiso separarse de mí aunque ahora ya es mayorcita para tener institutriz.’

La Srta. Appleby se maravilló ante la facilidad de Augusta para resumir las cosas: madre adoptiva, institutriz y mejor amiga, ¿qué podía ser más natural que eso? Y aún más, era casi la verdad.

‘Seguro que la Srta. Thorne es muy afortunada de tener tales amigas.’ Dijo su señoría graciosamente, ‘Lamento tanto entrometerme, pero me temo a esta altura de la vida a una le dan estos ataques.’

Las damas le aseguraron que no era molestia, y le ofrecieron té, el cual ella aceptó. Aunque todas disfrutaron de la conversación, no hubo más palabras descuidadas. La Srta. Micklethwaite era algo misteriosa, era apenas menos refinada que cualquier otra institutriz que hubiera conocido, pero parecía ser una mujer sensata. Su proceder para con Lady Staines era respetuoso, pero sin servilismo alguno.

Su compañera era más refinada pero tenía atenciones más irritantes, pero era claramente una dama. Por más que bebió su té lentamente, casi se había rendido en su cometido y comenzaba a despedirse, cuando Clarissa entró gritando, ‘¡Tenemos un inquilino para la casa adjunta!’

Ella se detuvo en cuanto vio a Lady Staines y luego de que la presentaran recibió a su visita muy amablemente. Ella llevaba su nuevo vestido de montar (entregado ese mismo día por la modista francesa que habían encontrado en el pueblo de Ashcroft, ella lo había cortado de la capa de terciopelo que su madre usaba para asistir a la ópera) el vestido tenía charreteras masculinas y un vivo sombrero adornado con gasa negra. Lucía como una dama por donde se la mirara, tenía un agradable tono rojizo en sus mejillas y una mirada brillante.

Mientras Clarissa moderaba sus modales, Lady Staines estrechó su mano, se disculpó una vez más por entrometerse, y se despidió satisfecha.

‘Si realmente quieres esas tierras Frederick, deberías casarte con la dueña,’ le recomendó la dama a su hijo esa misma tarde. ‘Te costaría mucho menos y es una jovencita muy bonita.’

Mientras que desaprobaba la falta de delicadeza de su madre en su comentario, este le dio a Lord Staines material para considerar. Él era un joven muy adinerado, gracias a algunas buenas inversiones que había hecho su padre, y no buscaba casarse por otra razón que no fuera conseguir ventaja socialmente. Ya tenía en vista a la hija de un Conde venido a menos, si tan sólo pudiera superar su no tan agraciada apariencia... La Srta. Thorne podía no ser nadie, pero sí era nieta de un Vizconde, y si era físicamente pasable... Fue con algo más de paciencia que se dispuso ahora a esperar el tiempo requerido para visitar a su nueva vecina.

La Sra. Cornelia Thorne, mientras tanto, estaba chillándole a su esposo por su decisión de viajar a Hertfordshire.

‘Ay John no puedes hacerlo. Eso retrasaría mi viaje a Bath y he estado ansiando tanto la distracción.’

John sostuvo la carta de Staines en alto, ‘Pero querida, piensa. Clarissa pretende quedarse en Ashcroft. Ya no puedo depender de que se canse y venga aquí. Uno hubiera pensado que a esta altura ya se habría dado por vencida, pero en cambio está alborotando a todo el vecindario. Debo ir y ordenarle que venga a casa con nosotros.’

‘También puedes ordenarle que venga por carta. Pero no es conveniente que venga por al menos un mes más. Tengo tan pocas oportunidades de ir a

asambleas por estos días. Fíjate, aún no he tenido ocasión de estrenar mi vestido lila, y ya hace tres meses que lo compré. Sería muy bueno para Clarissa quedarse en casa con los niños el año próximo, pero este año seguro querrá venir con nosotros a Bath.’ Ella notó que John estaba dudando y se apresuró a mimarlo. ‘Eres tan buen hermano, John. En un mes, cuando hayamos regresado de Bath, Clarissa estará más lista para entrar en razón y oír tu sabia opinión.’

John le regresó la caricia a su esposa y aceptó algo reacio. ‘Pero querida... ¡asambleas! Pensé que habíamos acordado atenernos a reuniones y cenas privadas desde que falleció mi madrastra. Aún no ha concluido el período de luto. No me parece apropiado.’

Cornelia hizo puchero, ‘Eso no tiene sentido John. No es lo mismo, no era tu madre. Llevaré guantes negros claro, pero no podemos estar de luto todavía por alguien que ni siquiera era pariente de sangre. Son *seis* meses.’

El Sr. Thorne calmó su conciencia con el argumento de su esposa y pensando en el detalle de que su madrastra no era muy reconocida en Bath y quizás por ese motivo se vieran libres del oprobio de aquellos controladores de las normas y la etiqueta que residían allí. Él se sentó a escribir una mesurada carta a su hermana, ordenándole que viniera a casa con su hermano y su querida cuñada, y que abandonara esa ridícula idea de montar su propia casa con tan poco dinero en una propiedad tan abandonada. Su comportamiento ya la había puesto en ridículo para la comunidad de la zona, tal como le habían informado hoy mismo por correo (y prefirió no pensar tanto en que también lo había dejado en ridículo a él). Él estaría lejos de casa por un mes, y luego de ese tiempo iría a buscarla para traerla a su nuevo hogar. Iría acompañado por su abogado, que llevaría algunos papeles para que firmara, y esto acabaría con la necesidad de preocuparse más con el peso de su herencia.

Esta carta tuvo el poder de dejar helada a Clarissa cuando le fue entregada, esta misma mañana durante el desayuno. Ella estaba en su mejor momento otra vez, con su cabello arreglado por la talentosa Becky, llevaba un vestido de muselina negra con escote bajo, guardando la decencia con una gasa negra que brotaba desde el corsé. La Srta. Micklethwaite rara vez abandonaba su grave expresión, pero estaba muy satisfecha con el florecimiento que había provocado en Clarissa su nueva vida útil y ocupada, y ahora estaba sorprendida de verla palidecer por esta carta que apretaba en su mano. La Srta. Appleby también lo notó y se inquietó, ‘Mi niña, ¿qué

sucede?’

Clarissa se perturbó al oír la tosca interjección de la Srta. Micklethwaite, ‘Es ese hermano tuyo, ¿verdad?’ Clarissa sólo le acercó la carta para que la leyera. Eso hizo la Srta. Micklethwaite, una mirada más turbulenta que nunca apareció en su rostro, y ella tomó firmemente la mano de Clarissa.

‘Un mes es un tiempo muy largo querida, mira todo lo que hemos conseguido ya.’

Clarissa buscó reconfortarse con su mirada, pero su corazón estaba oprimido. Estos últimos días, cuando todas trabajaban y reían, los planes que aún debían realizar se habían vuelto para ella tan queridos como cualquier cosa que hubiera conocido de toda la vida. Había aliviado la pena por la muerte de sus padres, y más aún, sentía que ellos estarían orgullosos de saber todo lo que estaba haciendo. Su madre, muy influenciada por las palabras de Mary Wollstonecraft, había considerado la independencia de la mujer como un derecho, y despreciaba el vender a la mujer a la carrera del matrimonio aunque no hubiera en las parejas igualdad de inteligencia o valores.

Aunque en algún punto Clarissa esperaba esto. La libertad de la mujer no siempre se conseguía, ni siquiera con dinero. Podían quitarle todo, incluso a esta altura.

‘Ay querida,’ dijo la Srta. Appleby desesperada, ‘estamos acabadas. Si tan sólo tuvieras un esposo para protegerte, mi niña.’

‘¡Louisa!’ reprendió la Srta. Micklethwaite. Pero fue demasiado tarde, Clarissa ya había huido del salón.

Augusta Micklethwaite era una mujer fuerte, pero no subestimaba la fragilidad de todo al enfrentarse al poderío masculino. Ella había trabajado antes en una escuela manejada por una mujer abandonada que tenía que sostener a su familia, y esta escuela había tenido que cerrar cuando su esposo insistió en que era un insulto para él como caballero. El hecho de que había abandonado a su familia era peor insulto, y a esto Augusta no podía comprenderlo ni perdonarlo. Aún hoy, ella enviaba el dinero que podía para ayudar a su antigua señora.

Ahora, ella pensó que por mucho que le disgustara pedir ayuda a su hermano, necesitaba pedirle sus consejos para Clarissa. Él era un hombre justo, y si podía ayudar en esto, lo haría. De no haber sido por ese matrimonio suyo con esa hija malcriada del mercader, ella hubiera aceptado vivir con él mucho tiempo atrás. A como estaban las cosas, la lengua de Augusta y los aires de grandeza de Clara no se llevaban nada bien. Ella le

escribió a su hermano, pero no tenía grandes esperanzas. John, siendo su pariente hombre más cercano, podría reclamar la tutela de Clarissa y entonces podría hacer lo que quisiera. La edad de Clarissa no ayudaba en esto.

Todo esto le confió Augusta a Oriana mientras esperaba a Clarissa en el salón verde luego del desayuno. Oriana llevaba puesto su hábito de montar, de terciopelo azul oscuro, cuyas severas líneas en el corte había elegido ella por su sencillez. Su cabello estaba enlazado de manera simple y a su sombrero masculino sólo lo adornaba un velo de muselina, que podía ser volcado sobre su rostro para protegerse de los insectos. Sus intentos por ocultar su belleza eran en vano. El cuello alto en su traje era un marco perfecto para su rostro y su figura. Augusta estaba tan preocupada por ella como por Clarissa. Ella era una criatura nacida para un amor apasionado, pero que también podía llegar a ser vendida en un matrimonio con alguien inferior, o vivir una vida de esclavitud para evitar esas atenciones no deseadas que provocaría por siempre. ¿Pero dónde podría haber alguien a la altura de esta fabulosa criatura? Sólo podría ser un hombre con una inteligencia y pasión que igualaran las cualidades de ella. La Srta. Micklethwaite tenía una opinión muy pobre de la raza masculina, y no creía posible que existiera un hombre apto para esta misión.

Oriana dijo, ‘Pobre Clarissa, yo esperaba que los celos de su cuñada fueran suficientes para detener al señor Thorne en su afán de venir tras ella. Todas hemos vivido de una tonta ilusión paradisíaca. Justo cuando tenemos el nuevo ingreso de la casa adjunta. Es tres veces más de lo que esperábamos, me lo dijo el Sr. Elfoy. ¿Tú sabes quién es el inquilino? Clarissa no me lo dijo.’

‘No, querida, no lo sé. Me temo que la visita de Lady Staines desequilibró a Clarissa. Quizás mi hermano nos pueda ayudar. Si al menos pudiéramos retrasar las cosas, quizás un caballero que valga la pena pueda todavía aparecer y apoyar su proyecto aquí,’ dijo Augusta.

Oriana rió irónicamente, ‘Waity, por favor no me digas que tú también conjuras un gran matrimonio como Appleby y el resto del mundo.’

‘Yo trabajo con el mundo tal como lo conozco querida. Yo no considero al matrimonio como la única salida razonable para la mujer, sin embargo, tampoco desprecio al amor y a la vida familiar que un *buen* matrimonio le da a la mujer. Elfoy por ejemplo, es un buen muchacho, que claramente se siente atraído por Clarissa. Si tan sólo tuviera los vínculos suficientes para protegerla - pero no podemos pensar en él.’

‘No, claro. Sería justo el tipo de vínculo que John temería y hasta podría usar su poder para romper...’

Sullivan las interrumpió anunciando al Sr. Elfoy, que había llegado para su cabalgata diaria con las damas y supervisar el progreso de los proyectos.

Él hizo una reverencia sobre la mano de la Srta. Micklethwaite, y luego se volvió hacia Oriana, ‘Se ha comenzado a trabajar para drenar el campo superior, pensé que podríamos comenzar por allí hoy. Fue una muy buena idea la suya, Srta. Petersham. Mi atención estaba demasiado centrada en los problemas de los arrendatarios como para notar esa posibilidad. Muggins ha organizado a los demás granjeros en equipos de trabajo. Es un muchacho excepcional, no sé de dónde saca tanta energía.’

Oriana se sonrojó por el cumplido sobre su idea. ‘No es nada, sólo que mi padre ganó mucho dinero implementando el drenaje en mi hogar. Él dice que eso incrementó el rendimiento. Tendremos que encontrar la manera de recompensar a Muggins.’

La mirada del Sr. Elfoy se suavizó. ‘Él es un hombre algo complicado, pero la Srta. Thorne se ganó su corazón de inmediato. Ella es una joven excepcional, ¿no lo cree?’

‘Yo siempre lo he creído,’ dijo la Srta. Micklethwaite desalentadoramente. No sería bueno animarlo en esto. El Sr. Elfoy sabía que estaba hablando demás y miró su carpeta estudiosamente.

En este momento, Clarissa entró en el salón, aún tenía su vestido de muselina, sus ojos estaban algo rojizos. Sin embargo tenía en su rostro una expresión decidida, y dijo con voz casual, ‘Sr. Elfoy, ¿se casaría conmigo?’

## Capítulo 8

### Corazones y arrendatarios

Hubo un silencio atónito y entonces la Srta. Micklethwaite dejó escapar un agudo ‘¡Clarissa!’ en un tono que Clarissa no había oído desde aquél día en que había derramado tinta por todo el salón de clase. Su corazón latía fuertemente desde que había abierto su boca para decir lo que dijo. Había resultado simple y fácil explicar sus pensamientos al Sr. Elfoy, que ya se había convertido en su amigo. Pero ella había mantenido la mirada calma, centrada en su rostro, y vio cuán estúpidamente se había equivocado. El rostro del Sr. Elfoy se sonrojó humillado, lucía como un hombre que había recibido el insulto más grave. La voz de Waity la hizo volver en sí - no importa cuáles fueran sus problemas, ¿cómo podía ella pretender que este excelente hombre renunciara a la felicidad por ganar financieramente? Su compostura se derrumbó, ‘Yo - ¡lo siento!’ exclamó Clarissa, y salió corriendo del salón.

El Sr. Elfoy tomó su sombrero de la mesita, tieso como una marioneta, y dijo puntilloso, ‘Discúlpenme señoritas, debo irme.’

Oriana lo tomó del brazo. ‘Por favor, querido Sr. Elfoy. Deje que le expliquemos. Clarissa está perturbada. Es todo culpa de una carta que recibí esta mañana.’

‘Efectivamente señor,’ añadió la Srta. Micklethwaite, ‘debe escucharnos.’

Y entonces, el Sr. Elfoy se dejó convencer, tomó asiento y se fue calmando mientras las damas le explicaban sobre las órdenes del Sr. Thorne y el miedo de Clarissa de ser arrebatada de Ashcroft. Él las escuchó y sintió que la humillación cedía a medida que su entendimiento crecía - y comenzó a sentir lástima de la situación de las damas.

En ese momento él fue en busca de Clarissa y la encontró cortando hojas de un rosal de manera nerviosa. Estaba cerca de la casa bajo una pequeña glorieta que los hombres habían redescubierto quitando las enredaderas abandonadas. Ella lucía tan miserable y hermosa a la vez, que el Sr. Elfoy

tuvo que contener sus impulsos de hombre enamorado para no tomarla en sus brazos. Pues eso era lo que él era, tal como le había hecho saber la pregunta de Clarissa. Él se había ocultado a sí mismo también sus verdaderos sentimientos, hasta ese momento en que Clarissa le ofreció lo que jamás habría podido esperar, y en el mismo segundo supo que jamás podría aceptar. Ahora Clarissa estaba allí sentada, tirando de las pobres hojas, sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas, su cabeza pendía desconsolada.

‘Srta. Thorne,’ le dijo él gentilmente, sentándose a su lado en el banco de la pequeña glorieta. Clarissa se sorprendió y se volteó pensando que tal vez él no vería que había llorado. Ella secó una lágrima de su mejilla y dijo con su impulsividad natural, ‘Ay Sr. Elfoy, no era mi intención el... el...’

‘La Srta. Petersham me explicó...’

‘Lo siento tanto, Sr. Elfoy, es mi estúpida lengua que me pone en estas situaciones tan embarazosas. Es que parece ser que mi única salida sería casarme - y nos hemos vuelto tan buenos amigos... No es que quiera casarme, aunque nunca antes había conocido a un caballero con el que lo haría... Pero no consideré sus sentimientos, excepto el hecho de que eso lo convertiría a usted en el señor de Ashcroft y sé cuánto ama usted este lugar y pensé que tal vez no le molestaría casarse por eso, pero debí saber...’

Con una mano el Sr. Elfoy tomó ambas manos de Clarissa, - que habían estado ocupadas despedazando una hoja del rosal mientras hacía su vergonzosa declaración - y con su otra mano volvió el rostro de Clarissa hacia él. Ella bajó la vista pero sus ojos se encontraron con los bellos ojos verdes de él cuando él le levantó la barbilla.

‘Si pudiera ayudarla cas-...’ ella levantó la mano para callarlo, sintiéndose profundamente avergonzada, ‘... pero no podría. Desearía... es que... lo que deseo no es posible...’

Las lágrimas brotaron nuevamente de los ojos de Clarissa mientras ella estaba perdida en los serios ojos de él, demasiado atrapada como para quitar la vista.

‘Pero no funcionaría Clarissa,’ dijo él usando su nombre de pila sin pensarlo, ‘casarse con alguien como yo es justamente lo que su hermano detestaría, y justamente el tipo de matrimonio que no le costaría disolver. Me ha hecho un gran honor al decir que no ha conocido a ningún hombre con el que podría pensar en casarse...’ le dijo suavemente, ella se sonrojó y emitió un sonido sin mucha forma ‘...pero su círculo no es muy grande aún. Pronto conocerá a muchos caballeros y encontrará uno al que pueda amar, y que

pueda ofrecerle esa igualdad social que yo no podría. No hablaremos más de esto. No sería bueno para ninguno de los dos.’

‘Sí, fue imperdonable que lo mencionara. Por favor, olvidémoslo,’ murmuró ella volviendo a la calma. Ella levantó su mano separándola de la de él a modo de despedida, y cuando él la tomó y se inclinó sobre ella, ella miró tímidamente a su rostro, intentando evocar su buen humor habitual. Pero su mano tembló cuando él la tocó; él se inquietó y se apartó, alejándose ligeramente.

Clarissa permaneció sentada, viva y radiante allí mismo donde había estado tan desdichada tan sólo minutos atrás. Él también había temblado de una manera diferente a la de un hombre simplemente modesto. Ella casi no se animaba a pensar en por qué habría sido, o cómo explicar su propio corazón acelerado. Sin duda la mera presencia de un caballero como el Sr. Elfoy debía bastar para vencer a cualquier damisela tan desconcertada en los asuntos del mundo como lo era ella. Pero sentía el poder de saber que ella también lo había afectado a él.

‘Para ser alguien a quien le acaban de rechazar una oferta de matrimonio, Clarissa, tu ánimo lo está llevando bastante bien,’ se dijo a sí misma. Y Entonces rió, una risa pura y clara, que trajo a la Srta. Appleby corriendo a su lado.

‘He estado tratando de encontrarte niña. ¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?’

‘No es nada Appleby, sólo que acaban de rechazarme una oferta de matrimonio,’ y la Srta. Appleby se la llevo preocupada, Clarissa sonreía sin poder explicar por qué.

Mientras tanto, Tristram Elfoy se alejaba en su caballo, con las emociones hechas un enredo, un estado muy inusual para él. Él era el único hijo de una madre amorosa, había sido criado para estimar su procedencia noble (su tío era un baronet) y comprender la realidad de su posición en el mundo. Él había acompañado a su primo en un viaje por Europa, (que tristemente se vio truncado dados los problemas en el continente) y él sentía que era afortunado de tener los parientes que tenía, sin el más mínimo resentimiento por su falta de fortuna. Él había conseguido este empleo como administrador de hacienda con la esperanza de dar a su madre una vida más cómoda, y efectivamente, sus ingresos anuales les permitían costear varias comodidades para su modesto pero respetable hogar. Era un buen hijo, trabajaba duro y tenía hábitos sanos. Disfrutaba de su vida y sabía por eso llevar las dificultades que le surgieran con buen humor, resolución y agudeza;

pero aunque se agradaba bastante a sí mismo, sabía que no debía soñar con la señora de Ashcroft. Su corazón objetaba a un partido tan desigual, ya que a él le gustaría poder cuidar de su esposa, y no ser mantenido por ella. Y así y todo aquí estaba, con la imagen de los labios de Clarissa grabada a fuego en su alma, y el ardor de su amor corriendo por sus venas de una manera que lo hacía querer ahorcarse a sí mismo.

*¿Qué es lo que tiene ella que me tiene tan hechizado?* Se preguntó. *Su rostro y sus modales, tan traviesa e impulsiva, -tan diferente a su propio sosiego- su gentileza y bondad en todo lo que hace, especialmente para con aquellos que son inferiores a ella, su inteligencia y perspicacia -que se ponían a la par de él tan fácilmente - todo esto era lo que había hecho que ella asechase sus sueños.*

‘¡Ay Clarissa...!’ gritó al viento mientras atravesaba el parque de Ashcroft. Se sentía en las garras de una pasión que quemaba con todo el fuego de su corazón y que sabía que debía apagar de inmediato. ‘No debo pensar en ella.’

Así fue que él no notó el carruaje que se acercaba desde la entrada hasta que fue sorprendido frente a él.

‘Sr. Elfoy, qué bueno encontrarlo,’ exclamó el Honorable Charles Booth, ‘Espere.’

Tristram detuvo su jinete y se tocó el sombrero saludando respetuosamente. ‘Caballeros, ¿puedo ayudarlos en algo?’ Él esperaba que su tez abochornada y su acelerado corazón no fueran perceptibles para el Sr. Booth y su noble compañero, Lord Grandiston.

‘Usted dijo que habría lugar suficiente en los establos para los caballos del carruaje y para mis *hacks* – indíquele a mis hombres por favor.’

‘Claro señor. He hecho preparar la casa para usted. Creo que su valet tomó las riendas, milord, llegó aquí anoche.’

Grandiston se acomodó una manga con una de sus lánguidas manos y dijo, ‘Sí, lo sé. Tuve que valerme por mí mismo hoy, no sé si me atrevería a ser juzgado por sus fastidiosos ojos.’

El Sr. Elfoy sonrió su gran sonrisa de manera apreciativa y con la vista recorrió rápidamente la inmaculada presencia de Lord Grandiston. ‘Creo que estaría a salvo señor.’

‘Yo digo que sí,’ dijo su amigo, ‘elegante como un galán en la calle Bond.’

‘¿Lo crees Charles?’ dijo Grandiston esperanzado, ‘Qué alta es mi

ambición. Creo que todos deberíamos confiar sólo en tu juicio. Aun así...' Y alzando su monóculo él inspeccionó el chaleco de Booth con expresión terrible. Booth protestó y Grandiston se dirigió a Elfoy con una sonrisa particularmente dulce; 'Debe ignorar a mi joven amigo, señor. Está acostumbrado a creerse sus ilusiones de grandeza al vestir. Lo veremos en el parque sin duda.'

El Sr. Elfoy indicó al cochero por dónde continuar y el coche retomó su paso, él se quedó riendo de los nuevos ocupantes de la casa para la adjunta. Él pensó que el Sr. Booth era un chico agradable - aunque era sólo unos cinco años menor que él - pero Grandiston era más complejo. Él mostraba aburrimiento y letargo, pero Elfoy veía una fuerza de acero y tanta energía debajo de esa pose. No era un hombre para contrariar, su señoría, pero tenía una mirada cálida, humorosa que no mostraba altanería. Un hombre nacido para comandar, pero que debía hacerlo con riendas ligeras.

'Es un excelente muchacho ese Elfoy, ¿no lo crees Hugo? Desearía que el agente de mi padre fuera tan eficiente. Pero es un tonto asqueroso; ha estado ahí desde el comienzo de los tiempos, no lo podemos echar.'

'¿No crees que va siendo hora de que te pongas a manejar Fenway tú mismo?'

Charles se inquietó pero se recuperó rápidamente de la insolencia. 'Papá dice, viejo amigo, que no quiere ayuda de alguien que se desperdicia en la zona de la calle Bond como yo, así es que yo dejo el camino bien libre, salvo cuando mamá y mis hermanas están en casa.'

Su señoría apoyó una mano en el hombro del muchacho, 'Tu padre dice más de lo que realmente piensa, Charles. Libertino, sí - pero desperdiciado todavía no.'

El Sr. Booth lanzó un alarido de risa, 'Bueno, si me vas a llamar libertino más me vale ponerme al día. Espero que este lugar tenga una bodega decente.'

El coche había llegado ya a su destino. McIntosh, el valet de su señoría, estaba esperando a los caballeros en las escalinatas. Sus ojos examinaron al gran Conde pero no se notaron escandalizados, lo cual era un buen signo.

'El Sr. Booth preguntaba acerca del burdeos, McIntosh. ¿Será tolerable?' dijo en su tono lento mientras subía las escaleras lánguidamente.

'Lamentablemente señor, la dama que vivió aquí anteriormente era de naturaleza abstemia. Ha hecho que quitaran todo de la bodega - excepto por la ratafía, señor.'

El Honorable Charles Booth se detuvo como muerto en el escalón, ‘¿Ratafia? Por Dios Grandiston. ¿Por qué me trajiste a este lugar tan inhóspito?’ exclamó horrorizado.

Los severos rasgos caledonianos de McIntosh se suavizaron levemente. ‘Sospeché que habría ciertas discrepancias por el estado de la bodega milord, así es que traje un carro extra para de variados vinos. Confié en que no tendría objeciones por el gasto extra, ¿está bien señor?’ le preguntó a su empleador.

Charles intervino, ‘Perfecto, perfecto McIntosh.’ Dijo cobrando vida, ‘Ni piense en el gasto extra.’

## Capítulo 9

### Viejos amigos

Las damas estaban en el salón luego del desayuno. Clarissa había dormido como un bebé y sentía que estaba conteniendo un ataque de felicidad que rara vez había experimentado. Ningún pensamiento racional sobre las dificultades que ahora se enfrentaban ante ella lograba extinguir la esperanza que veía ahí, latente. Todo era posible, todo. Ninguna de las representaciones lógicas que su lado serio le mostraba podía nublar la alegría que un solo hecho le provocaba. El Sr. Elfoy se había estremecido.

Anoche nadie había hecho referencia al absurdo comportamiento de Clarissa - *está teniendo muchos nervios*, pensó la Srta. Appleby. La pobre muchacha había pasado por tantas cosas. Ella la miró sudosa esta mañana. Su cabello estaba arreglado de esa nueva manera que había adoptado, llevaba el vestido color paloma, combinado con un pañuelo que cubría su espalda y por delante se introducía en el escotado corsé, adornado y sostenido con el collar de perlas de su madre. Sus ojos y su cabello brillaban de un modo que parecía transformar su tono marrón, en una centelleante mezcla de castaños y rubios. Y es que, si ella no hubiera estado al tanto de lo que sucedía hubiera dicho que Clarissa parecía... pues, feliz. No pudo evitar exclamar. ‘Anda Clarissa, querida mía, hoy te ves radiante. Pensé que la carta de tu hermano te decaería.’

Clarissa se notó seria por un momento, pero entonces su luminosa sonrisa regresó a su rostro, ‘No puedo pensar por el momento, pero seguro encontraré una manera de oponerme a lo que diga. En todo caso eso no será hoy, y aún tenemos muchas cosas por hacer. Creo que deberíamos continuar normalmente hasta que recibamos algún consejo del Sr. Micklethwaite. Tal vez todo esto no sea tan malo después de todo.’

La Srta. Micklethwaite y Oriana se miraron serias, teniendo ambas una leve noción de la fuente de este repentino optimismo. Tendrían que permanecer bien al pendiente de este desastre en potencia, pero en silencio y con sólo miradas, acordaron guardarse sus reflexiones para sí mismas por el

momento.

‘Bueno,’ dijo Augusta levantándose, ‘entonces será mejor que vaya yendo para la cocina. La despensa necesita un reordenamiento.’

La voz de Clarissa la detuvo. ‘No Waity, no te vayas. Olvidé decirles en el desayuno, pero Sullivan me dio una nota del Sr. Elfoy. Se trata de los inquilinos de la casa adjunta. Decía que los traería esa mañana para presentárnoslos.’

Las damas estallaron en exclamaciones y preguntas, pero mientras Clarissa comenzaba a responder, se abrió la puerta del salón, y Sullivan anunció: ‘Su señoría el Conde de Grandiston; el Honorable Charles Booth, y el Sr. Elfoy, señorita.’

Los caballeros estaban en el umbral; la Srta. Petersham se volteó vivamente; dio un pequeño grito, y entonces exclamó, ‘¡Grandiston!’ y corrió hacia él con los brazos extendidos hacia los suyos, ‘¡Ay Grandiston!’

Grandiston tomó sus manos y se perdió en los brillantes ojos de Oriana, allí encontró una calidez que rara vez había visto, excepto cuando ella miraba a su padre. Se veía tan hermosa, incluso con ese estilo tan simple en su cabello. Parecía un ángel, y habiendo sido tomado por sorpresa por este recibimiento, Grandiston le regresó esa mirada, y por un momento la fachada se desvaneció, y el hombre real dejó ver su rostro. Las damas entonces vieron de entrada lo mejor de él; el rostro severo suavizado, la mirada graciosa y cálida, bajándose hasta Oriana desde su considerable altura.

‘Ay Grandiston,’ repitió ella, ‘no imaginas cuánto he deseado verte, eres lo más cercano a mi padre que me queda.’

La Srta. Micklethwaite, que observaba interesadísima este encuentro junto al resto de los ocupantes del salón, notó cómo el gigante retrocedía un poco al oír esto. Sin embargo él se inclinó respetuosamente ante las manos de Oriana, las besó y dijo, ‘Srta. Petersham, Oriana, ¿Cómo es que resultó usted aquí?’

Oriana retiró sus manos y se sonrojó levemente. ‘¿No lo sabe?’

‘No, efectivamente no,’ dijo Grandiston, ‘Acabo de venir a quedarme con mi amigo, que ha alquilado la casa adjunta. Creo que usted conoce al Sr. Booth...’

Oriana miró detrás de Grandiston, a su amigo, el apuesto, sonriente joven inmediatamente le trajo recuerdos de la horrible temporada que había pasado en Londres. Oriana no supo por qué su ánimo repentinamente se decayó, sólo que había pensado que, que - ¿pero qué? ¿Que su padre

aparecería en cualquier momento palmeándole la espalda y reclamando su desayuno luego de una larga cabalgata? ¿Que Grandiston podría llevarla de regreso a una época en la que había sido feliz y se había sentido segura antes de que tuviera que preocuparse por que Fitzroy o el hermano de Clarissa gobernaran su vida? ¿Que él seguiría mirándola así con esos ojos bromistas suyos...? -

‘Sr. Booth, claro, nos hemos conocido en Londres,’ dijo ella extendiendo la mano. Él se inclinó ante ella y luego dio un pequeño salto en una pierna, ‘Soy su devoto esclavo madame.’

Clarissa rió suavemente. Esto causó que las miradas de los caballeros se depositaran en ella, Booth se notó algo confundido.

‘Oh por Dios, discúlpeme por favor,’ dijo Clarissa sonriendo aún.

‘Señoritas,’ dijo Oriana suavemente, ‘¿me permitirían presentar a Lord Grandiston? un querido y gran amigo de mi padre, y a su amigo el Honorable Charles Booth. Ella es la Srta. Clarissa Thorne, nuestra anfitriona, y ellas la Srta. Micklethwaite y la Srta. Appleby, quienes, como yo, le hacen compañía aquí en Ashcroft.’

Su señoría extendió la mano a la jovencita que difícilmente tenía edad para ser anfitriona de nadie, y luego hizo una reverencia sobre la mano de la señorita que a su lado, se exasperaba revoloteando en su vestido cubierto de cintas decorativas. Esta galantería casi fue demasiado para ella, y entre exclamaciones ella hizo sonar su risita chillona mientras con su pañuelo abanicaba sus mejillas sonrojadas, Clarissa rió de nuevo, y alcanzó a ver la mirada irónica del Conde mientras él observaba lo que había causado. Justo cuando los espasmos comenzaban a ceder, el Sr. Booth tuvo la delicadeza de tocar su mano, y ella se desbarató nuevamente. Lord Grandiston elevó una ceja repentinamente, y Clarissa se rindió ante el impulso de reír. Su señoría se contuvo hasta que se dirigió a la Srta. Micklethwaite.

‘Tonta,’ señaló la dama. ‘Bueno, caballeros, eso les enseñará a limitarse a inclinar la cabeza la próxima vez, o terminaremos todos en Bedlam con las tonterías de Louisa.’

Encontrándose con los ojos de Oriana esta vez, él sintió que su contención se deshacía y pronto los cinco jóvenes estaban presos de la risa, aunque la Srta. Appleby no lograba comprender cuál era la gracia, y la Srta. Micklethwaite permaneció calmada.

Con la llegada del té y unos bocadillos los jóvenes se compusieron levemente, pero la formalidad ya había quedado de lado, entonces en lugar de

sentirse sofocada por los exagerados cumplidos del Sr. Booth, Oriana sólo sonreía o se quejaba, dependiendo de la agilidad del cumplido. Ella lo veía como un muchacho bobo, y se dividía entre hacer frente a lo que él decía, y conversar con el resto. No podía evitar que su mirada contemplativa se posara de a ratos, cariñosamente, en Grandiston, ya que su presencia le daba a esta ocasión una sensación un tanto mágica que traía su pasado al presente, cuando ella era la hija favorita de un gran hombre, llevando las riendas de una gran casa. Grandiston, notó ella, estaba enormemente entretenido con Clarissa - quien lucía, pensaba Oriana, tan vivaz y bella hoy. Ella era consciente de que esto despertaba algo extraño en ella. Probablemente quiero a mi amigo todo para mí, al menos hasta que me haya puesto al día con él. El Sr. Elfoy le estaba preguntando algo, tuvo que pedirle que repitiera la pregunta.

El Sr. Elfoy estaba disfrutando de la camaradería que tan rápidamente se había instalado, y sonreía al ver los escandalosos intentos del Sr. Booth de halagar a la Srta. Petersham mientras sufría cada vez que oía a Clarissa reír de algún serio comentario de Grandiston. Claro que él esperaba que ella encontrara algún admirador, sólo que no esperaba que sucediera tan ridículamente pronto. Él vio cómo Grandiston admiraba el collar de perlas en su pecho, vio cómo ella movió el bucle que había caído sobre su hombro para que él pudiera ver mejor, y eso le quemó por dentro.

Clarissa disfrutaba más a cada momento. Ella no era consciente de que estaba coqueteando con Grandiston, ya que sus conocimientos de las maneras y costumbres del mundo eran limitados. Ayer se había llenado de una confianza tan maravillosa que su corazón había dado un salto, y hoy estaba en todo su esplendor y belleza. Sus acompañantes eran lo mejor del mundo: ella encontró a Grandiston diabólicamente atractivo y encantador, y a Booth como lo mejor de la sangre joven. Ella nunca había estado en compañía de tantos hombres, y esto le estaba agradando - de hombres claro, que como su padre, eran tan agradables como las mujeres. Pero aunque había mirado muy poco en su dirección, era por el Sr. Elfoy que su corazón se llenaba de música, y al verlo acercarse a oír lo que la Srta. Appleby decía, pensó, '*Ahh Tristram...*'

Waity lo observaba todo, aunque respondía sólo ocasionalmente a algún comentario hacia ella con su acerbidad habitual. Cuando ella le dijo al Honorable Charles Booth -luego de oír uno de sus elegantes cumplidos hacia Oriana- que si su madre no sabía cómo lidiar con ese tipo de

comportamiento, ella sí sabía, él lanzó un alarido de risa y se declaró su esclavo. ‘Desde que usted lanzó mi sombrero al lodo la primera vez que nos vimos, el temor me ha mantenido en su poder.’

‘En la posada. Era usted. Supe desde entonces que usted era un réprobo sin principios, y no he cambiado de opinión.’ dijo con un tono algo cariñoso a pesar del peso de sus palabras.

A ella le agradaban, aunque jamás lo diría abiertamente. Booth está tras Oriana, y podría jurar que Grandiston ya es de ella. Ahora él está coqueteando descaradamente con Clarissa mientras Elfoy y Oriana se ven... a ver... ¿cómo? Ellos parecen estar teniendo sus buenas dificultades. Ella miró entonces a Grandiston. *Podría confiar en un hombre con esa palabrería para que me sacara de unos cuantos problemas, ¿pero en asuntos del corazón...? Bueno... meteré la cuchara si realmente llega a ser necesario, si logramos deshacernos del hermano de Clarissa.* También miró a la Srta. Appleby, que batía sus pestañas al tiempo que agitaba su pañuelo en su rostro. *Ay, Louisa, nunca ve más allá de los latidos de su corazón.*

‘¿Por qué alquiló la casa adjunta Sr. Booth?’ preguntó Clarissa.

Grandiston adoptó una expresión de interés, ‘Sí, ¿por qué Charles?’

El Sr. Booth lo ignoró, ‘Por un amor invencible que le tengo al campo, Srta. Thorne,’ dijo muy jovialmente, pero nada sinceramente. Ya que hasta sus pantalones de piel de ante y sus botas altas hablaban claramente de los mejores sastres de Londres, sin mencionar el corte del chaleco amarillo que vestía hoy, estos detalles hicieron que las damas no se esperaran esta respuesta.

‘Pero, si mal no recuerdo, su familia tiene una hacienda en Yorkshire, ¿no es así señor?’ Preguntó Oriana.

‘Bueno, sí madame, es decir... bueno, es que eso está muy lejos de la ciudad. Desde aquí puedo viajar hasta Londres en el día si los negocios requieren de mi presencia.’

‘Ah,’ dijo Clarissa algo confundida aún. ‘Bueno, espero que se encuentre muy a gusto aquí.’

De eso no había duda alguna. Cuando los caballeros se despidieron había pasado una hora completa además de los veinte minutos estipulados para visitas sociales, y habían aceptado la invitación de Clarissa de que las acompañaran también en la cena esa misma tarde. Cuando la Srta. Appleby mencionó al pasar la costumbre de las dos más jóvenes de dar un paseo a pie luego del almuerzo, los caballeros eligieron regresar a esa hora y

acompañarlas.

Oriana tuvo que esperar tres horas hasta que se presentara la chance de hablar con Grandiston. Ella dejó caer su chal, y él lo recogió de manera que se atrasaron apenas, separándose levemente de los otros dos. Ella estaba algo rígida, aunque no tenía idea de por qué hasta que Grandiston dijo suavemente, ‘Quizás me malinterpretó en la mañana. Cuando yo regresé de la guerra y me enteré de su padre, fui a verla de inmediato. Su hermano no quiso decirme dónde encontrarla.’

Ella se volvió hacia él con los ojos brillosos, ‘sabía que no podía equivocarme respecto a usted,’ dijo impulsivamente. ‘Él no quiso que nuestro círculo supiera que me había convertido en una maestra.’ Ella lo vio alzar las cejas al oír este detalle y sus ojos lo miraron graciosos, ‘Le aseguro que fui *muy* buena y paciente. Mi humilde posición me ayudó a vencer mi espíritu rebelde, tanto fue así que en todo el tiempo que estuve en la academia de la madre de Clarissa, no maté siquiera *a una* de las jovencitas que asistían allí.’

‘Eso sí que me sorprende, ya que recuerdo su lamentable temperamento,’ él bromeó también. Su voz se volvió más seria. ‘Debió ser difícil cambiar tan radicalmente su posición,’ dijo Grandiston gentilmente. Casi sin pensarlo, Oriana enlazó su brazo en el de él como solía hacerlo antes.

‘Mucho, mucho más difícil era quedarme en casa,’ aunque su intención era sonar animada, su voz se entrecortó un poco, y sabía que moriría si le daba lugar a esos recuerdos.

‘Sí, ya veo. Su hermano no es de las personas que mejoran al conocerlas más,’ dijo él tan suavemente que ella tuvo que reír, y al hacerlo aprovechó para componerse.

‘Qué hombre detestable. En mi opinión fue culpa de papá; Fitz siempre supo que él lo despreciaba. Tal vez si le hubiera tenido más paciencia - pero era un muchacho tan petulante que papá no lograba tolerarlo. No lo culpo a él ahora, pero yo tampoco puedo vivir con él.’

Grandiston jugueteó un poco con el monóculo que pendía de su chaleco. ‘Parece ser que por un tiempo tuvo otro hogar en vista, ¿no estuvo comprometida?’

Él la miraba atento mientras le preguntaba y a ella esto le tocó el orgullo. ¿Acaso él también la creía capaz de haber aceptado ese grotesco compromiso? El enojo se asomó en su rostro pero fue inmediatamente reemplazado por una frialdad implacable. ‘Notamos que no nos

complementábamos,’ dijo de manera directa. ‘¿No deberíamos apurar el paso para alcanzarlos?’

Grandiston hubiera deseado que ella confiara en él, pero Oriana siempre había sido orgullosa e impulsiva. Seguramente era este espíritu suyo el que hizo imposible que continuara viviendo en casa, o aceptar cualquiera de las propuestas de matrimonio que seguramente había recibido durante su temporada en Londres. ¿Habría sido esta decisión fruto de una testarudez egoísta y descuidada, o sería por el verdadero orgullo de ser independiente? Él no hubiera creído que ella fuera capaz de ser tan inconstante como para romper un compromiso, ella siempre había estado tan segura de sus decisiones. Quizás él no había conocido verdaderamente a la hija mimada de un padre enamorado como creía conocerla. Tal vez él también, como otros admiradores, había sido cautivo por su belleza.

Ellos alcanzaron a los demás, y Grandiston comenzó a contarle a Clarissa historias de los años de jovencita de Oriana, de su imperiosa furia con su primer poni el día que se cayó de su lomo, y la furia de su padre a la vez por el comportamiento de ella. Aunque Oriana permaneció algo tiesa al principio, eventualmente también reía y amenazaba con contar historias más terribles sobre él.

Las damas regresaron a la casa mucho más tarde que de costumbre, e hicieron muy poco hasta que la hora de la cena se aproximó y con ella llegarían los caballeros una vez más.

‘Esto no funcionará,’ dijo Clarissa felizmente, ‘debemos impedir que nos acompañen mañana en nuestra caminata, o jamás nos pondremos al día con las tareas de la finca.’

‘Claro, claro,’ dijo Oriana con tono bromista, ‘efectivamente, no podemos descuidar al Sr. Elfoy.’

Clarissa se sonrojó y se apresuró a subir las escaleras para ir a prepararse para la cena.

## Capítulo 10

### Planes y confidencias

Las damas se esforzaron más de lo normal con su aseo esa tarde. Oriana fue convencida de usar uno de los vestidos que su mayordomo le había enviado desde su antigua casa, era un vestido de una seda azul clara, con un escote muy bajo, lo llevaba sobre una blusa de muselina con pequeñas rosas bordadas. Se arregló su cabello nuevamente, dejando que algunos de sus magníficos bucles cayeran a gusto alrededor de sus aristocráticos rasgos. Al menos Grandiston vería que aún era la hija del gran hombre que fue su padre.

Clarissa entró mientras ella colocaba un chal de encaje sobre sobre sus hombros y se quedó pasmada.

‘Ay Oriana, querida, estás hermosa.’ Dijo sorprendida, y tan naturalmente que Oriana rió suavemente.

‘Tal vez ya no necesito verme como una maestra, al menos hasta que llegue tu hermano.’ Inmediatamente lamentó haber hablado, porque sus palabras provocaron que la luminosidad abandonara el rostro de Clarissa. ‘Olvida lo que he dicho. Hoy ninguna de nosotras será una maestra. Ninguna.’

Su vestido de seda negra, adornada como lo estaba con el precioso encaje de su madre, se sentía tan bien que Clarissa sabía que lucía mejor que nunca. Se acercaba el momento de dejar el luto por su madre, pero sentía que sería decente vestir muy poco color por un par de meses más, a manera de respeto por su primo desconocido, en cuya heredera se había convertido sin esperarlo.

Las jóvenes salieron del cuarto con gran ánimo y encontraron a los tres caballeros, - ya que el Sr. Elfoy también había sido invitado - muy a gusto con las otras damas. La Srta. Micklethwaite había hecho honor a la ocasión adicionando a su atuendo su mejor chal de cachemir - regalo que había recibido de su adinerado hermano - mientras que la Srta. Appleby había adornado su vestido con una multitud de chales de encaje y gasa sostenidos en su lugar -pensó Clarissa perversamente- con todas las joyas y broches que

hubiera encontrado en su alhajero.

La entrada de las dos más jóvenes fue todo lo que podían desear. El Sr. Booth se sobresaltó y dijo, ‘Por Jehová...’ Él tomó la mano de Oriana y la llenó de tantos cumplidos que ella se vio obligada a reír.

‘Srta. Petersham, luce usted... jamás la había visto tan adorable... es decir, su vestido... su cabello...’

‘Tus cumplidos, Charles, nos mantienen a todos de pie esperando,’ interfirió Grandiston suavemente, ‘sin embargo, por favor suelta la mano de la dama. Él la tomó para sí mismo y se inclinó profundamente sobre ella, murmurando, ‘Charles ya lo dijo todo por mí.’ Al sentir su toque, Oriana se ruborizó levemente, y *extrañamente también*, sus ojos brillaban. Él se dirigió entonces a la Srta. Thorne, y antes de que el Sr. Booth reclamara su mano, se alegró de ver que Grandiston le decía algo que hizo reír suavemente a Clarissa. Ella se sentía segura de que estaba feliz por ver a dos de sus amigos más queridos relacionarse con tanta facilidad, pero sinceramente esperaba (por su propio bien) que Clarissa no comenzara un coqueteo con él.

El Sr. Elfoy saludó a las damas con sus habituales agradables modales. Él no pudo evitar notar el cambio en la Srta. Petersham y le hizo un cumplido simple por su apariencia, pero su conducta con la Srta. Thorne fue algo reservado, consideró Oriana.

En realidad, él estaba confundido. *¿Acaso Clarissa dejará alguna vez de lucir más hermosa cada vez que la vea? ¿Qué quiere conseguir con eso?* Ella era demasiado buena como para atormentarlo, ¿entonces por qué sonreía tanto y reía así con Grandiston? Parecía que su señoría se estaba haciendo más y más atento para con ella, y Tristram pensó que debía estar contento de que Clarissa hubiera encontrado un candidato tan apto. Sí, estaba contento - o lo estaría... con el tiempo.

Si alguna de las damas hubiera aspirado a ascender socialmente, la mayor de ellas las hubiera avergonzado, pero a como eran las cosas, ellas disfrutaban del fascinante coqueteo de la Srta. Appleby con el Conde y su compañero. El Sr. Elfoy no tenía suficiente apariencia de ciudad como para ponerla nerviosa y *-por Dios Santo*, pensó Oriana, *¿en verdad tiene en su mano un abanico?*- y sonrojarse simultáneamente. Las damas y los caballeros observaban fascinados mientras la Srta. Appleby mecía su abanico y sus pestañas en un cautivante despliegue de artes que debió dominar en una época pasada en la que habría sido cortejada. Ella era perspicaz y vivaracha por turnos, y fue sólo cuando el Honorable Charles Booth recibió un golpe en

sus nudillos por haberle hecho la inocente petición de que le alcanzara la sal, que la Srta. Micklethwaite se vio obligada a intervenir.

‘Louisa, haz un esfuerzo y deja de comportarte como una tonta.’ Dijo severamente.

Grandiston lo lamentó mucho, -ya que había disfrutado bastante del pequeño espectáculo- pero la Srta. Appleby había colapsado, como un globo atascado. Mientras la agradable cena procedía y la conversación continuaba, ella se compuso gracias a la amable, y tranquilizante caballerosidad del Sr. Elfoy.

No era algo usual, pero resultó perfectamente natural que se hablara del tema del Sr. Thorne, de su inminente llegada y el final probable de todo esto en presencia de los caballeros. El Sr. Booth era todo empatía y tristeza para con ellas en estos asuntos y las costumbres del mundo. En cambio Grandiston pidió saber un poco más acerca del caballero en cuestión.

Clarissa lo complació. ‘No hay mucho que decir. Él se fue de casa hace diez años y le fue dada la parte de herencia que le correspondía de mi padre en ese momento. Lo he visto muy poco desde entonces,’ ella hizo una pausa y se sonrojó levemente. ‘Verá, a él no le agradaba mi madre. Ella era demasiado libre, para su gusto, en sus pensamientos y acciones. Su reacción a los actos de mis padres fue volverse extremadamente respetable y convencional, como creo que había sido su madre. Evidentemente, él no aceptaba la manera en la que me criaron, libre de decir lo que pienso. Frecuentemente le decía a mi padre que me estaba educando más allá de las expectativas de mi género.’ Ella dejó de hablar aquí y se volvió un poco reservada.

Charles intervino animadamente. ‘En absoluto. Yo no la veo demás estudiosa para nada. No como esas mujeres terribles que veo en las tertulias literarias que organiza mi madre, que se vuelven a uno preguntando si uno opina que Sófocles tenía razón. Uno se queda completamente mudo.’

‘Tu habilidad para conversar, Charles, aunque siempre entretenida, no siempre es muy útil,’ dijo Grandiston con tono de reprimenda. ‘Por favor continúe Srta. Thorne.’

Clarissa rió y se sonrojó, ‘Sr. Booth, me temo que todas las damas somos temiblemente estudiosas, y todas hemos hablado alguna vez de Sófocles en nuestros almuerzos y tertulias,’ - el Sr. Booth se quedó mudo - ‘pero no con caballeros que quizás no lo disfrutaban como nosotras.’

‘En ese caso está bien,’ dijo el Sr. Booth aliviado.

‘Charles-’ lo regañó Grandiston desesperadamente.

Clarissa continuó, ‘Bueno, ahora mi hermano, aunque yo no le agrado, desea ofrecirme un hogar. Él cree que, aunque estoy completamente rodeada de chaperonas, no soy apta para vivir sola.’

La Srta. Appleby intervino tomando a Grandiston del brazo, ‘Yo no puedo evitar pensar que él tiene también sus motivos, nacidos del interés, claro, pues jamás había sido tan insistente ofreciendo un techo a Clarissa desde que su querida madre falleció. Fue sólo cuando ese primo falleció dejándole esta propiedad que...’

La Srta. Micklethwaite se interpuso con sus tonos siempre tan oportunos. ‘Naturalmente, siendo él un hombre ignorante de los que usualmente se encuentran por ahí,’ -y aquí su mirada siniestra se paseó por cada uno de los caballeros presentes, en caso de que alguno protestara; ninguno de ellos lo hizo- ‘él mantiene su opinión de que las mujeres no son capaces de manejar sus propios asuntos. A pesar de su educación superior, la joven edad de Clarissa me hubiera inclinado a estar de acuerdo con él esta vez. Sin embargo, esa joven harpía con la que él se ha casado, convertiría su vida en una desgracia si Clarissa fuera a vivir con ellos, y ella encontraría la manera de quedarse con lo que es de Clarissa, o yo soy un arenque ahumado.’

El Sr. Booth sintió que esto ameritaba algún tipo de respuesta, -¿algo como que ella no olía a pescado, quizás?- él intentó hablar pero confundido, no le salió la voz, y se sintió aliviado de ver que la Srta. Micklethwaite continuó con su declaración.

‘Ellos son de los que quieren escalar en su estatus, los dos son así, y yo no soporto a la gente que pretende ser más de lo que su situación les permite. Esa, claro, es la razón por la que nuestro querido John no soportaba a la amable Sra. Thorne. Ella era hija de un vizconde, criada en esta misma casa en su mejor momento, y no necesitaba tener aires ni preocuparse por su respetabilidad. Era una gran dama, y no hacía más que demostrarlo, incluso en una academia para señoritas.’ Sus ojos se nublaron, pero ella dejó de lado ese sentimentalismo que tanto detestaba y continuó, ‘Si fuera lo mejor para Clarissa ir a vivir con su hermano, yo sería la primera en desear que sucediera. Estamos listas para irnos cuando sea necesario, pero milord, si tiene usted alguna sugerencia para evitarlo, nos agradecería mucho oírlo.’

Todas y cada una de las damas estaban atónitas de ver a la Srta. Micklethwaite pedir opinión a alguien del sexo despreciado. Su confianza en Grandiston era completa, y debía provenir de algún profundo instinto, ya que

lo conocía tan poco, y desde hacía tan poco tiempo. Sin embargo, la Srta. Appleby sabía que un hombre tan imponente debía tener la respuesta a sus problemas, la Srta. Petersham lo conocía y tenía sus razones para confiar en él, y la Srta. Thorne experimentaba el mismo instinto, así es que todas lo observaron contemplativas y aguardaban sus palabras.

*Si Grandiston es consciente de la ironía de esta situación*, pensó el Sr. Elfoy, *no lo deja ver en absoluto*. Era su costumbre mandar, y el Sr. Elfoy se encontró a sí mismo también esperando sus palabras, tan esperanzado como las damas.

En este momento ellas ya se habían dirigido hacia la sala de estar, y Grandiston permaneció allí junto al fuego, con un brazo apoyado en el manto de la chimenea, muy tranquilo.

Unos momentos más tarde, al reunirse con ellas en la sala, Grandiston comenzó a decir...

‘A mí me parece que deberían ocuparse de conocer a sus vecinos. Quizá si usted se establece un poco en la comunidad será más difícil desalojarlas. Si él siente la aceptación de su posición por parte de los locales, tal vez interrumpa sus planes por no querer contrariarlos.’

‘Yo he deseado mucho poder recibir a aquellos de nuestros vecinos que se han acercado a visitarnos, pero Sullivan nos lo ha impedido hasta ahora, hasta que pongamos la casa y los jardines un poco más en orden,’ dijo la Srta. Appleby.

‘Todas han hecho un trabajo espléndido en ese aspecto, y ahora resta que tomen su lugar en la sociedad.’

‘Sí,’ dijo Oriana, ‘¿pero eso realmente serviría de algo, milord? El Sr. Thorne no necesita prestar atención a la opinión de este vecindario tan restringido cuando su hogar está tan lejos de aquí.’

Grandiston sonrió. ‘En efecto, ¿es realmente tan restringido? El hijo de un *Baronet* acaba de alquilarles la casa adjunta...’

‘Y tiene a un *Conde* quedándose con él,’ añadió el Sr. Booth. ‘Qué manera de menospreciar tu importancia Hugo.’

‘¿No es así? Pero me da la impresión, por lo que las damas han dicho, que mientras más menospreciamos nuestra relevancia en presencia del Sr. Thorne, mejor será. Si él encuentra aquí una compañía más y más elevada, quizás...’

‘Déjenle eso a Sullivan,’ dijo la Srta. Micklethwaite.

‘Por Dios,’ suspiró Clarissa, ‘qué vulgar es todo esto, pero no puedo

evitar ver que tiene usted razón señor. Él es un tedioso presumido. Estaba tan encantado cuando entablé una amistad con Juliana Sowersby cuando fui a visitarlo con mis padres el año pasado. Ella es la hija de la familia más importante del pueblo, y es una chica muy dulce. Cornelia estaba furiosa, porque a ella nunca la invitaron a visitar la mansión.’

‘¿Sowersby? ¿Es la heredera del viejo Jonas Sowersby? No la he conocido,’ dijo Charles.

‘Yo sí,’ dijo Grandiston inesperadamente, ‘estuvo en Almack’s varias veces esta temporada. Una muchacha encantadora.’

‘Eso explica por qué no la he conocido. Jamás voy -qué lugar tan terriblemente aburrido. Tuve que mostrarme como el escudero de mis hermanas allí hasta que se comprometieron. No me interesa lo que hiciste tú en la Guerra Peninsular, Hugo, soportar una sola velada con mi madre y mis hermanas en Almack’s, y ser obligado a bailar con las amigas de mi madre... *a mí* deberían haberme dado una medalla por eso.’

‘Claro Charles, sin embargo, ahora estamos considerando cuál será el mejor proceder que podemos aconsejarle a la Srta. Thorne. ¿Por qué no invita a la Srta. Sowersby a quedarse con usted un tiempo? La temporada ya está acabando, y tal vez pueda visitarla cuando regresa camino al norte, ¿no lo cree?’

‘Qué buena idea. Si Juliana estuviera aquí cuando John llegue, al menos sería cuidadoso de la manera en que me hable. No me ordenaría empacar mis pertenencias de inmediato, lo cual vivo temiendo que hará en cuanto ponga un pie en la propiedad. ¿Pero ella vendría...?’

‘Otra cosa, milord,’ interrumpió el Sr. Elfoy, ‘si Sullivan comienza a admitir a las visitas, sin duda aparecerán también Lord y Lady Staines, y eso podría no ser ventajoso para la Srta. Thorne, ya que Lord Staines deseaba comprar la propiedad, y tengo entendido que tenía cierto acuerdo con el Sr. Thorne respecto a eso.’

‘Usted no me había dicho eso, señor,’ gimió Clarissa. ‘Bueno, ¡pero qué descaro! Ni una sola piedra de esta casa es de mi hermano.’

‘Creo que Charles y yo lograríamos hacer entender a Lord Staines la inevitabilidad de la presencia de la Srta. Thorne aquí,’

Elfoy lo miró desconfiado, y Booth atónito, pero él compendió la mirada de Grandiston y dijo, ‘Ah, pero claro.’

Fue un buen rato más tarde, de regreso a casa, que Charles pudo expresar sus sentimientos, ‘¿Cómo diablos vamos a conseguir que Staines

acepte a la Srta. Thorne en un lugar al que le ha echado el ojo desde hace años? No me gusta que des falsas esperanzas a las damas Hugo. Anda, piénsalo bien, no estoy para nada seguro de que tus estratagemas para alejar a Thorne funcionen. Si él quiere beneficiarse con la herencia de su hermana, un par de miradas raras de los locales de Hertfordshire no serán suficientes para desanimarlo.’

‘Las damas necesitan que seamos sus caballeros andantes, Charles. Dependen completamente de nosotros. Estoy seguro de que podemos ponernos la armadura. La clave será darle a cada uno lo que quiere.’

El apuesto rostro del Honorable Charles adoptó una expresión de desesperación. ‘Claro que quiero ayudar a... bueno, a todas las damas claro, pero aún no veo cómo...’

Grandiston puso una mano en su hombro aplacándolo, ‘¿Qué sería lo menos deseable para Staines si consiguiera comprar Ashcroft en este momento?’

Charles se quedó en blanco, pero luego dijo, ‘El precio, creo. Una propiedad de ese tamaño, incluso venida a menos, costaría...’

‘Precisamente Charles. No eres tan pobre de mente como yo creía,’ él ignoró las protestas del joven y continuó, ‘Ahora bien, supongamos que podemos sugerirle a Lord Staines una manera de conseguir la propiedad, sin pagar su costo.’ Grandiston hizo una pausa y se quedó mirando a su compañero por un momento depresivamente extenso. Y entonces:

‘¡Podría tener la propiedad casándose!’ exclamó Charles brillantemente. Grandiston lo palmeó en la espalda. ‘Pero yo dijo, Hugo... no podemos esperar que la Srta. Thorne acepte casarse con ese tipo. Sólo cuando nos quedamos en su casa me di cuenta lo tremendamente aburrido que es - no se lo adosaría a una jovencita tan agradable por nada del mundo. Es extraño cómo, conoces a un tipo en las carreras o en el club y parece perfectamente normal, y entonces vas a su casa y te das cuenta que el tipo colecciona huevos de aves o cosas así. Nunca sabes cómo es la gente, viejo.’

Grandiston rió ampliamente. ‘No pretenderemos que la Srta. Thorne lo acepte, Charles. Pero Staines debe al menos *creer* que lo aceptará eventualmente.’ Charles lo miró escéptico. ‘Nuestras estratagemas deberán ir de la mano con su vanidad. Él creerá, claro, que la Srta. Thorne terminará cayendo rendida ante sus encantos. Sólo plantaremos la idea en la cabeza de su señoría. Es una táctica para demorarlo. Mientras más tiempo permanezcan las damas en Ashcroft, más difícil será para su hermano demostrar que actúa

buscando el mayor beneficio para su hermana si quiere sacarla de aquí. Todo el vecindario notó ya el cambio en la hacienda. Son un grupo de extraordinarias mujeres. Y tengo otro trabajo para ti, mi muchacho.'

Charles miró sospechoso, '¿Sí?'

'Es hora de enriquecer más al vecindario. Si fueras a darte un paseo por la ciudad, Charles, y hacer saber a algunos de tus conocidos el paradero de la hermosa Srta. Petersham...'

## Capítulo 11

### Haciendo visitas

El Sr. Booth no permaneció mucho en la ciudad, y entretanto, las damas estuvieron ocupadas devolviendo las visitas a todos aquellos a quienes se había negado el acceso a la casa por parte del formidable Sullivan. Mientras la Srta. Micklethwaite permanecía en la casa y ocupándose de la hacienda, las Srtas. Appleby, Petersham y Thorne se pasearon por el pueblo en el pequeño landó del difunto vizconde dejándose ver.

La primera visita fue para Lord Staines y su madre. Lord Grandiston casualmente estaba de visita allí cuando las damas llegaron, y comenzó a observar entonces el primer giro inesperado de sus planes. Al ponerse de pie su señoría para recibir a la Srta. Thorne, el conde se complació de ver que sus ojos se iluminaban al contemplar un rostro tan bello en la joven heredera de la tierra que tanto anhelaba. La profundidad de su reverencia sobre la mano extendida de la Srta. Thorne fue la clara señal del comienzo de un coqueteo, y Grandiston se sintió feliz de ver que sus planes marchaban ya tan bien. Sin embargo eso no duró mucho. Al enderezarse Staines, posó la mirada en su acompañante y quedó boquiabierto, tal como Clarissa notó con gracia.

Oriana, que había abandonado sus pretensiones de lucir como una maestra desde la llegada de su antiguo amigo, lucía completamente irresistible en su abrigo de terciopelo azul claro y su sombrero alto. La pluma de pavo real que caía gentilmente sobre la copa resaltaba el verde profundo de sus ojos, mientras que sus rizos dorados enmarcaban un rostro tan hermoso que su anfitrión perdió el habla por un momento. *Bueno bueno,* pensó Grandiston - *un hombre que responde al impulso del momento, eso nos será igual de útil.*

Lady Staines - con su chal rosa y amarillo pálido - discernió la situación inmediatamente y se acercó a recibir a las damas e invitarlas a sentarse. *¿Quién es esta joven?* pensó, *¿y por qué no recuerdo su nombre?* Pero Clarissa estaba presentándola a ella y a esa tonta mujer, Appleby otra vez y su señoría sonreía agradablemente mientras pensaba enloquecida. Ella tenía

un prejuicio natural para con una mujer cuyo cabello era del color que ella misma trataba de mantener con grandes dificultades, y que además de eso había convertido a su cansador hijo en un papanatas en cuestión de un segundo. Pero cuando oyó su nombre, recordó las historias de esa hermana de Sir Fitzroy Petersham que había sido la belleza rotunda de una temporada en Londres, ese año en que el estado de sus propia finanzas no le había permitido darse el lujo de permanecer en la ciudad más que unos pocos días. *Buena cuna entonces, ¿pero cuál será su fortuna? Tendré que enviar una carta a Londres esta misma tarde.*

Lord Staines al in había recobrado el habla y se dirigió a Oriana.

‘Conozco a su hermano, Srta. Petersham,’ dijo con una mirada cálida.

Los ojos de Oriana hervían en una gélida expresión mientras dijo indiferente, ‘¿Ah sí?’

Grandiston estaba entretenido. *Pobre Staines. No podría haber elegido algo menos ganador para decirle al objeto de su galantería.*

Clarissa intervino, atrayendo momentáneamente la atención de Staines, quitando sus ojos de la hermosa pero fría Srta. Petersham.

‘Creo que también conoce usted a mi hermano, ¿no es así señor?’

Al Conde le agradaba la damisela más y más - esto iba en contra del pobre Staines, ya que la única vez que había visto a su hermano fue cuando había pretendido arreglar la venta de su propiedad sin su consentimiento, nada menos. Pero su señoría lo soportó bien, ‘Sí, tuve el placer de conocerlo cuando visitó la zona por algunos de sus asuntos, creo.’

Clarissa no pudo evitar responder, ‘No habrán sido asuntos míos, se lo aseguro milord.’

Hubo una breve pausa hasta que Lady Staines preguntó maliciosamente, ‘¿y qué tal encuentran a los arrendatarios de la casa adjunta, querida? ¿Ven seguido al Sr. Booth?’

Por alguna razón, la respuesta natural a esta pregunta sonaba un tanto insatisfactoria, ya que ambas jóvenes notaron que el inquilino y su acompañante pasaban demasiado tiempo con ellas, más de lo acostumbrado seguro.

Inesperadamente, la Srta. Appleby vino en su rescate suavemente, ‘En efecto, sí. Nosotras las mujeres disfrutamos tanto de las ocasionales visitas de los caballeros, ya que descubrimos,’ ella se inclinó hacia adelante como confiando un secreto importante a Lady Staines, ‘que Lord Grandiston era el más querido amigo de Sir Ralph, y un viejo amigo de toda la familia de la

Srta. Petersham. ¿Habría algo más afortunado que eso? Claro que los queridos muchachos sí se cansan de desenredar nuestros hilos de seda y ese tipo de cosas. Una casa llena de mujeres como nosotras, una compañía un tanto pobre para hombres de ciudad.’ En este punto ella le sonrió graciosa a Lord Grandiston, quien luego no sabía si ella habría sido consciente de cuán íntegramente respetables había hecho ver las visitas de los caballeros a la casa grande.

Lord Staines intentó desde ese entonces entablar conversación con la Srta. Petersham sin éxito alguno. Sólo por el más breve de los momentos, por lo novedoso que era todo para ella, disfrutó de conseguir esa reputación de hermosa dama en aquella temporada en Londres. Con poca ayuda de su hermano, ella pronto se había cansado de los cumplidos recargados y las atenciones nada bienvenidas. Hasta el menos tonto de sus admiradores se había mostrado más inclinado a hablar de su belleza más que de su ser en sí, y ella se sentía tan aburrida como oprimida por esto. Otro admirador no le caería nada bien ahora, especialmente por ser este un amigo de su despreciable hermano.

Luego las damas se despidieron y Grandiston las acompañó hasta el carruaje. Cuando él ayudó a Oriana a subir, le dijo, ‘Intente mantener su temperamento controlado, damisela de hielo. Un poco de bondad de su parte podría conseguir que Lord Staines modere sus ansias de hacer negocios con el Sr. Thorne de inmediato.’

Ella lo miró asqueada. ‘Grandiston, no lograré ser amable con ese sapo.’

Ella se vio tan similar a lo que era a los dieciséis años, que él no pudo evitar reír. ‘Oriana, mi querida, piensa en Clarissa,’ le dijo con tono acariciante.

Los escalones ya estaban cerrados frente a ella. Los ojos de Oriana lo miraban centelleantes, el carruaje comenzó a andar y el Conde siguió riendo una vez que se alejaron.

En los días siguientes, visitaron al viejo Sir Montague Holmes, el mayor y más dulce de todos los vecinos, cuyo simple humor las dejó encantadas. Desafortunadamente, él estaba confinado a permanecer en su mansión debido a su mala salud, pero invitó a las damas a regresar pronto a visitarlo de nuevo. Él mostró una fuerte inclinación a coquetear con la Srta. Appleby, lo cual tuvo el extraño efecto de volverla calmada y tímida en lugar de alterada como era en presencia de Booth y Grandiston. Pero ella recordaba un remedio familiar que creía que podría ayudar a aliviar los peores espasmos de

la enfermedad de Sir Montague, y ella se ofreció a prepararlo y enviárselo desde Ashcroft. Sir Montague le agradeció pero la miró fijo con sus ojos nublados y sugirió, ‘¿por qué no lo trae usted misma, querida? Creo que necesitaré sus indicaciones sobre cómo tomarlo y demás.’ La Srta. Appleby se sonrojó y no prometió nada.

El cura, su esposa y sus bellas hijas Charlotte y Anabel les dieron la bienvenida y les presentaron a las mujeres más renombradas del pueblo. La Srta. Petersham fue declarada de inmediato la más bella de las damas, pero fieles a su distrito, se complacieron en encontrar cualidades importantes en Clarissa - y una semejanza real con el *antiguo* Vizconde.

La visita más importante para Clarissa, fue la visita a la madre del Sr. Elfoy.

Esta dama vivía en una modesta pero importante cabaña en el extremo del pueblo, con el jardín más cuidadosamente atendido que hubieran visto. El grueso techo de paja y las barras de las ventanas pulidas eran detalles que revelaban mucho, y la dama que vino a recibirlas fue toda una sorpresa. Su cabello era completamente blanco, pero prematuramente, ya que con él contrarrestaba un rostro atractivo y joven aún. Ella las saludó sonriente y con alegría sincera, pero Clarissa sintió en ella cierta reserva, que se desvaneció cuando ella notó que sus acompañantes no trataban a Clarissa como a un superior sino como a una amiga, y terminó de desaparecer a medida que las dos hablaban sobre las muchas cualidades de su querido hijo.

Oriana observaba entretenida -pero también algo preocupada- a su amiga y a la Sra. Elfoy, y el extremo interés de una por la otra. Claramente, la señora sabía bastante de los sentimientos de su hijo, y estaba preocupada por él. A pesar de esto, ella no dejó de notar el brillo de Clarissa y aceptar su pedido de ayuda para aprender más sobre el vecindario, la gente y la vida en el pueblo.

Unos días más tarde, el Sr. Booth, que recién regresaba de la ciudad, encontró a las damas en el salón, habiéndose librado recientemente de una visita de Lord y Lady Staines.

‘Srta. Thorne, damas. Me alegra encontrarlas en casa. Regresé recién de la ciudad, y vine de inmediato a presentarles mis respetos,’ dijo el Honorable Charles muy a gusto.

Clarissa lo saludó con la misma sencillez; ‘Ustedes son nuestra tercer visita del día, caballeros, así es que no se sorprendan si nuestra habilidad para conversar se agotó por completo. ¿Quién dijo que el campo era aburrido? por

favor, tomen asiento.’

‘Ah,’ dijo Charles sabiamente, ‘pero eso es porque son la novedad, ya verán, nadie les prestará más atención en una semana.’

‘Bueno,’ dijo Oriana riendo, ‘somos tan curiosas como el toro premiado del granjero Skipton, Clarissa. Ahora comprendemos la amable atención de nuestros vecinos.’ Clarissa dejó escapar un gracioso alarido al ver caer la expresión del Honorable Charles, y la Srta. Micklethwaite intervino.

‘Suficiente, todos compórtense. Bueno su señoría, como verá el pueblo recibe bien a Clarissa, ¿cómo ayudará esto a nuestra causa?’ Dijo volviéndose hacia el Conde, que observaba tranquilo el intercambio entre los jóvenes sonriendo mientras jugaba vagamente con su monóculo.

‘Sí.’ Dijo Oriana animadamente, ‘¿y qué pretendía cuando dijo que yo debía ser amable con ese desagradable Staines? Acabo de tener que soportar veinte minutos en su presencia, y casi no notó a las demás damas.’

‘Tienes razón querida,’ dijo la Srta. Appleby levantando la vista de su bordado berlinés, ‘Casi no nos dirigió la palabra a las demás incluso cuando su madre le llamó la atención. Creo que a ella no le agrada que sea tan atento contigo, Oriana. Me habló un poco aparte preguntando por Sir Fitzroy, por tu fortuna y esas cosas... aunque de la manera más delicada posible, claro.’

‘Qué mujer tan tonta,’ dijo la Srta. Micklethwaite, ‘Qué es lo que le pasa... vestir ese tono de rosa a su edad... Grandiston, si todas debemos danzar al ritmo que usted mande, al menos díganos qué piensa.’

‘Pienso en ayudar a la Srta. Thorne a no perder su herencia.’

‘Bueno, pero a eso lo puedes lograr perfectamente sin necesidad de pedir a la Srta. Petersham que anime a un tipo tan condenadamente aburrido como Staines,’ dijo el Sr. Booth dándose cuenta que al estar dos días en la ciudad había crecido ya el número de rivales por la atención de la hermosa Srta. Petersham. Él lo había hecho porque Grandiston se lo pidió, y también porque tenía una buena idea de cuánto le iba a molestar a Sir Fitzroy el hecho de que medio Londres supiera del paradero de su hermana.

‘Tienes razón, Charles, como siempre. Los fríos modales de la bella Srta. Petersham no supondrán ningún impedimento para la devoción de Staines. Más aún, la harán crecer. Es demasiado engreído para aceptar la derrota.’

‘¡Ay no...!’ exclamó Oriana desanimada.

A Grandiston se le iluminaron los ojos. ‘Deseará conocer mi estrategia. Es simple. Había pensado, que en lugar de comprar la propiedad, a Staines le

va a parecer atractiva la idea de ganarla por matrimonio.’ La Srta. Appleby gimió alterada al oír una declaración tan directa, pero Clarissa estaba interesada.

‘Tal vez usted pueda suponer también que yo no me casaré con él, milord.’ Respondió Clarissa.

‘Claro que lo supuse. Esto es un juego de retrasar las cosas. Si Staines no está tan concentrado en querer que ustedes, señoritas, se retiren de este lugar, eso le impedirá a su hermano proceder con la venta inmediata de la propiedad, que es lo que él desea persuadirla a hacer. Mi mejor plan ha fallado, pero su interés en Oriana nos servirá también. Ustedes han, con esta ronda de visitas, conseguido establecerse más profundamente en la comunidad local, haciendo que cualquier protesta de su hermano que establezca que usted está aquí sola, sin amigos ni conocidos, y que necesita de su protección, se refute a sí misma. Todo lo que usted está dispuesta a lograr en la hacienda, aunque es admirable, quizás lo enoje más aún, ya que usted ha procedido en esto sin su guía ni sus consejos.’

‘Pero eso no tiene nada que ver con él, y además, él sabe tan poco como yo sabía acerca de manejar una propiedad como esta,’ exclamó Clarissa, dolida.

‘Claro que sí, pero usted no pretenderá que él esté de acuerdo con eso. Los caballeros siempre creen ser más sabios que las damas. No me interrumpa.’ Clarissa, que había abierto la boca para protestar, la cerró avergonzada. ‘Tenemos que darle razones para *no* querer llevársela con él. Así es que... en primer lugar, tenemos el escándalo que provocaría en el vecindario si él fuera a arrebatar al mejor dueño que ha tenido la propiedad desde la época de su abuelo.’

Clarissa se sonrojó, pero la Srta. Micklethwaite murmuró desanimada, ‘eso no dice demasiado, hay más cosas que considerar.’ Ella se detuvo al ver la expresión graciosa de Grandiston.

‘Segundo, le quitamos su dinero fácil, o al menos lo demoramos, y tercero, bueno, este punto es algo más bien delicado...’

‘Antes de que exponga el tercero, Grandiston,’ intervino Clarissa, tratándolo de manera informal inconscientemente, ‘No me gusta el *primero*. ¿Por qué le importaría a mi hermano el incomodar a la gente de aquí, viviendo él tan lejos?’

‘Es cierto. Pero él viaja regularmente a Bath y a Londres, ¿no es así? ¿No aspira su esposa a pertenecer a los más altos círculos? Bueno, el

vecindario, a menos que me equivoque, debe estar a punto de recibir a la gente más importante de Londres, que muy probablemente esté en contra de su retirada del pueblo.’

‘Ah,’ dijo la Srta. Appleby interesada, ‘¿hay algún evento deportivo en el área?’

‘Algo así...’ dijo Grandiston a secas, ‘creo que es hora de que Charles les diga lo que ha ido a hacer a la ciudad. ¿Charles?’ dijo alzando una ceja y mirando a su amigo.

El Sr. Booth tironeó de su corbata incómodamente y miró a las expectantes damas, una a una, y finalmente tragó saliva con dificultad al posar la vista sobre Oriana. ‘Bueno, sólo estaba haciendo lo que *Grandiston* me pidió,’ dijo a modo de disculpa. ‘Bueno... es que estuve informando a algunos amigos especiales sobre el paradero de la Srta. Petersham,’ finalizó apresurado.

Oriana sólo le dirigió una mirada asqueada a Booth y luego se volvió hacia el verdadero culpable con sus grandes ojos verdes llenos de una expresión intensa. ‘Grandiston, desgraciado,’ dijo furiosa; ‘¡tendremos una horda de hombres sitiando este lugar!’ Ella se detuvo de repente, notando que se había descontrolado y había usado vocabulario nada apropiado para una dama.

Los ojos de Grandiston danzaban con gracia, ‘Bueno, al menos me alegra no ver rastro alguno de falsa modestia en ti, eres muy consciente de tus encantos, querida.’

‘Yo jamás dudé de que tu temporada en la ciudad debió ser mucho más exitosa de lo que nos dijiste, Oriana,’ dijo Clarissa saliendo en defensa de su amiga.

‘Pero no por mis encantos, como Grandiston sabe perfectamente, sino más bien por mi herencia,’ dijo Oriana con desprecio.

Las damas se veían atónitas. La pequeña Srta. Appleby miró al Conde pidiendo ayuda, ‘Pero si Oriana, mi niña, es como nosotras, no tiene riqueza. De otra manera, ¿por qué se habría convertido en maestra?’

Oriana se había controlado, con algo de dificultad, y presionaba sus manos juntas para permanecer calmada. ‘En la ciudad es algo sabido que tendré lo que le correspondía a mi madre, lo cual es una suma bastante considerable, cuando cumpla veinticinco años, mi padre era el albacea de mi madre, y todo pasó naturalmente a mi hermano cuando él falleció. El detalle de mi herencia provocó que fuera bastante perseguida, créanme.’

Charles se sintió impulsado a protestar, ‘Yo no creo que necesite ninguna fortuna para atraer atención. Digo con una fig-,’ él interrumpió sus palabras desorientado, ‘lo que quiero decir es...’

‘Sí, Sr. Booth, la suya es una figura muy atractiva, y tiene el rostro más bello que hayamos visto. Oriana, ¿qué te hace pensar que van tras tu fortuna?’

Oriana se volvió hacia ella, temblando visiblemente. ‘Si hubieras visto a algunos de los hombres que mi hermano animaba a cortejarme. He tenido que soportar visitas de los más...’ Ella bajó la vista y Grandiston comenzó a ver cómo había sido en realidad su paso por Londres. Obligada a mostrar decoro y amabilidad a cualquier mamarracho que su hermano considerara apto. Sus ojos se entrecerraron de una manera que no denotaba amabilidad alguna para con el baronet ausente.

‘Ahora que se ha sacado el tema, mi querida Oriana, nunca he comprendido cómo tu padre - siendo un hombre excelente como parece haber sido - no pudo dejarte asentada él mismo,’ dijo la tímida jovencita, dejando escapara una falta de tacto no muy característica en ella.

‘Es que él no esperaba caer de aquél caballo,’ dijo Oriana muy seria.

‘Qué desafortunado.’ ‘Qué descuido.’ ‘Hombres.’ Dijeron Grandiston, Booth y la Srta. Micklethwaite al unísono.

Todos se animaron una vez más con esta pequeña gracia, y la exaltación de Oriana se consumió. El Sr. Booth declaró que aún le causaba curiosidad saber cómo había resultado siendo maestra.

Grandiston se apoyó negligentemente en el alto manto de la chimenea, ‘Ah, creo que podemos aventurarnos a adivinar, ¿o no? La Srta. Petersham no heredará sino hasta dentro de cuatro años más. Hasta entonces no tiene más opción que hacer lo que sea que su hermano diga, o aceptar la protección que recibiría por matrimonio. Habiendo llegado tan cerca de la segunda opción,’ Oriana gimió indignada y comenzaba a protestar pero se detuvo asumiendo en cambio una postura severa y altanera, Grandiston continuó, ‘se dio cuenta de no podía hacerlo. Con sus hábitos de ordenar la casa en lugar de su padre, me temo que obedecer a un hermano como Sir Fitzroy, sería un reto más allá de su capacidad.’

‘Quién podría.’ Dijo Booth mirando a Oriana con culpa. ‘No quiero ofenderla, pero su hermano es un... es muy... no puedo completar la frase con damas presentes.’

‘Es muy cierto, qué hombre espantoso,’ dijo Clarissa mostrándose de

acuerdo, ‘siento que ya somos tan amigos que no necesitamos recortar a los personajes, es tan cómodo. Pero me temo que se equivoca, Lord Grandiston...’ continuó diciendo impetuosamente, pero se detuvo al encontrarse con la mirada de intensa prohibición en los bellos ojos de Oriana, ‘...al pensar que ella es desobediente por naturaleza,’ finalizó lastimosamente. *¿Por qué desea Oriana que el conde continúe pensando que ella aceptó ese horrible compromiso? Pero, sí parece que eso es lo que quiere.*

‘Si tengo que ser *obediente*, dígame en qué ayudará todo esto a Clarissa,’ dijo Oriana frenética, volviéndose hacia Grandiston.

Él rió, ‘Bueno, aumentará la burguesía del vecindario, haciendo más difícil que su hermano pueda hacer un gran movimiento, además, es muy probable que quiera tomar esta oportunidad para hacer más contactos, si, como dicen, él anhela mejorar su rango.’ Él dio unos pasos al frente y con un dedo levantó el mentón de Oriana. ‘¿Qué sucede Palomita? ¿Tan débil es tu amistad con Clarissa?’ Él la miró a los ojos, hablándole con voz burlona.

Su mano en contacto con ella, tan íntimo como solía ser antes, arrebató la sangre de Oriana, su corazón latía apresurado. Él había usado su nombre de la niñez, y por alguna razón ella no pudo soportarlo. Eso causó que ella se apartara de él y dijera con un tono áspero, ‘Yo te quiero muchísimo Clarissa, pero ¿por qué debo soportar las atenciones de Staines primero, y sabe Dios de quién más luego?’

Grandiston regresó suavemente a la chimenea y se apoyó casualmente en ella una vez más. ‘Pero ahí es donde te equivocas querida. Clarissa tendrá que soportar algunas atenciones también para que nuestro plan funcione.’

‘No funcionará,’ dijo Clarissa sin ánimo. ‘Staines ya fue flechado, creo que no podría hacer que se fijara en mí ni aunque tomara prestado uno de los imponentes sombreros de mi madre.’

‘Queridas mías, hay una falta de decoro en esta conversación, que debo...’ dijo la Srta. Appleby débilmente mientras se abanicaba con su pañuelo se encaje.

‘Más tarde Louisa,’ la interrumpió la Srta. Micklethwaite, y mirando a Grandiston añadió, ‘me imagino que no se refiere a Staines, ¿o sí?’

Grandiston asintió lentamente, con la mirada danzante aún. ‘Su perspicacia nunca me decepcionará madame. Dada su gran inclinación por el rango, creo que le impresionaría si su hermana tuviera el cortejo de... digamos, un conde tal vez, ¿no lo creen?’

Charles prorrumpió en risas y Clarissa se dejó caer en el sofá, con la

mano en el pecho.

Grandiston hizo una reverencia exagerada y dijo ‘¿Qué opina, Clarissa?’

Tímidamente, similar a los más finos modales de la Srta. Appleby, Clarissa extendió su mano y volteó la cabeza bajando la vista. ‘¿Qué podré decir milord? Excepto que - esto es tan repentino...’

La Srta. Appleby lucía confundida, pero el resto reía, era tan ridículo que hasta Oriana se unió al estallido. *¿Qué es esto? lo que siento, es como un carámbano formándose en mi corazón...* Grandiston estaba inclinado galantemente sobre la mano de Clarissa y la imagen, aunque estaba siendo actuada, la dejó sin habla. Su joven amiga era tan fascinante por estos días, fácilmente podría capturar su corazón en verdad - *¿por qué me importa tanto?* pensaba Oriana contemplando a los dos.

Sullivan entró y anunció, ‘El Sr. Elfoy y la Srta. Sowersby madame.’

Grandiston soltó la mano de Clarissa, pero no antes de que Elfoy hubiera contemplado la escena horrorizado. Él estaba tieso, y a Grandiston, habiendo dirigido la vista hacia la puerta del salón, le causó gracia pero no le sorprendió, el ver una expresión que podría fácilmente haber sido fatal en los ojos del joven Elfoy - de haber sido las miradas capaces de asesinar.

Clarissa, sin notar ni un detalle de esto, pasó junto a él concentrada en recibir con un abrazo a la muchacha que entraba a su lado, ya toda una joven de un aspecto exquisito, vistiendo su pelliza hasta los tobillos en color turquesa sobre su vestido de viaje, y un sombrero que sólo podía venir de Londres, combinado con cintas de terciopelo en el mismo color.

‘¡Juliana!’ exclamó Clarissa al compás de su cálido abrazo.

## Capítulo 12

### La llegada de Juliana

Juliana Sowersby recibió el abrazo de su amiga con gran calidez, y entonces miró con timidez a la gente reunida en el salón. Ella era una joven delgada, con cabello rubio pálido, y un rostro gentil, que hubiera podido ser un bello rostro, de no ser por la expresión alarmada que adoptaron sus facciones al contemplar que uno de los presentes era el Conde de Grandiston.

Su madre había decidido conseguir un gran matrimonio para ella, y prácticamente la había lanzado a los pies del conde en un baile y luego en una cena, ocasiones en las que habían coincidido en Londres. Juliana, sobrecogida por un personaje tan prestigioso, se había encontrado a sí misma enmudecida cuando estaba en su presencia. Sus modales altivos y despectivos habían aplastado su ánimo por un tiempo.

Clarissa estaba haciendo las presentaciones, y ella estrechaba las manos tan firmemente como podía, aunque se sentía algo decaída luego de viajar y también por esa sofocante presencia del conde, a quien ella saludó igualmente con sus tímidos buenos modales. Pero ella sí comenzó a sentirse algo débil justo cuando oyó la firme voz de la Srta. Micklez-algo, decirle a Clarissa, ‘Creo que tu amiga debería descansar del viaje, Clarissa. ¿Por qué no la guías arriba?’

‘Por supuesto,’ dijo su amiga con algo de culpa, ‘Ven conmigo, te llevaré a tu habitación. Nunca imaginé que vendrías tan pronto. Gracias, Sr. Elfoy, por acompañarla hasta aquí. ¿Le molestaría esperarme una hora para que podamos discutir lo referente a la construcción? O si pudiera acompañarnos en la cena...’ ella posó su mano en el brazo de él cuando pasaban a su lado, y sólo esperó hasta ver un leve asentir de su cabeza. Elfoy sintió que el brazo le quemaba a través del abrigo, y él temía que todos pudieran ver cómo toda su sangre se reunía en su rostro, revelando sus sentimientos. No había notado que todos, excepto el Sr. Booth y la Srta. Appleby, ya habían estado al tanto de sus sentimientos por semanas.

La Srta. Appleby hizo salir a los caballeros diciendo, ‘Sí, sí. Todos

deben regresar para la hora de la cena para agasajar a nuestra huésped. Por fortuna habíamos planeado el cordero para hoy. Debo bajar a decirle al cocinero que habrá cuatro comensales más.’

La Srta. Micklethwaite se concentró en su bordado, suspirando y disfrutando de la paz repentina que finalmente reinaba en el salón, cuando le vino un pensamiento a la cabeza que la hizo tirar apresurada de la campana. El mayordomo entró de inmediato.

‘Sullivan, es posible que nos visiten algunos caballeros esta tarde.’

‘Sí señorita. ¿Sus nombres?’

‘Dios, ¿cómo saberlos? Son conocidos de la Srta. Petersham, de *Londres*’, dijo con desdén. ‘Di que no estamos, hasta mañana.’

‘Claro madame.’ Dijo *El Imperturbable*, cerrando la puerta suavemente al retirarse.

La Srta. Micklethwaite se permitió reposar su espalda en el respaldo de la silla y emitió otro suspiro de satisfacción antes de retomar su bordado una vez más.

Mientras tanto, Juliana se había quitado el abrigo y el sombrero, habiendo ya Clarissa hecho halagos sobre ambos, y ahora estaban las dos sentadas, tomadas de las manos afectuosamente mientras Juliana le contaba todo sobre su temporada en Londres. Le habló sobre bailes, reuniones y las agitadas calles de la ciudad, lo nuevo que era todo para ella, y qué amable había sido todo el mundo. Clarissa vislumbró una expresión de cansancio y le dijo, ‘Pero todo eso no te gustó, ¿O sí mi querida Juliana?’

Juliana no era de confiar sus pensamientos muy fácilmente, pero tenía el ánimo tan caído que al oír estas palabras no pudo hacer más que romper en llanto y abrazar a Clarissa. Con la voz entrecortada y en oraciones interrumpidas volcó su historia. Aunque sí había disfrutado de su primera temporada en Londres, se había sentido tan llena de temor por conocer nuevas y sofisticadas personas. Ella creía que hubiera podido soportarlo pasablemente de no ser porque sabía que el deseo máspreciado de su madre era verla comprometida al final de la temporada. Su madre la amaba, pero era tan cerrada como sensible era Juliana. No era nada sutil a la hora de fomentar alianzas, y su comportamiento tan evidente causaba que Juliana estropeará todo hablando apresurada y nerviosa. Su madre la había reprendido por no mostrar un animado interés en el asunto, y eso volvió a Juliana más miserable aún. Cuando llegó la carta de Clarissa, fue su padre que, tomando su rostro entre ambas manos, le dijo que fuera a visitar a su amiga y se quedara allí

hasta que su madre recuperara el ánimo.

‘Lamenté tanto desobedecerla, pero es que no conocí a nadie con quien me sintiera ni remotamente cómoda.’ Dijo apresurada.

‘Estoy segura de que tu madre no desearía ver que no fueras feliz, Juliana,’ le dijo Clarissa con tono confortante.

Juliana sonrió y se secó las lágrimas. ‘Lo sé. Sé que es completamente tonto de mi parte ponerme así, ya me siento mejor ahora. Pero cuéntame sobre ti, tu cabello está diferente; luces *tan feliz* Clarissa. Cuéntamelo todo.’

‘Sí. Sí, te diré todo.’ Dijo Clarissa. ‘Pero primero debes saber que te hice venir para que te unas a una conspiración.’ Entonces le dijo todo sobre la inminente llegada de su hermano, algunas de las medidas que habían tomado hasta ahora para dificultar que le ordenara ir con él a su casa. Ella vio que Juliana estaba más entretenida que sorprendida por este comportamiento, sin embargo omitió la parte del cortejo fingido por parte de Grandiston hacia ella. Pensó que no sería fácil explicarle eso a su refinada amiga.

Juliana la oyó con gran admiración. ¿Cómo podía ser Clarissa tan osada? Cargar todo esto sobre sus hombros... Sólo podía admirar su determinación e intrepidez. Si ella tuviera tanta valentía... pero conociendo a su hermano, de haber estado en su lugar, ella hubiera tomado el camino fácil. Eso le dijo a su amiga, y Clarissa rió contenta, con sus ojos brillando traviesamente, ‘te subestimas a ti misma Juliana, si así fuera, ya estarías comprometida con algún pretendiente que tu madre habría escogido para ti.’

Juliana se sorprendió al verlo así, ‘Tienes razón,’ dijo desconcertada, ‘Ah, cuánto me alegra haber venido a verte Clarissa, siempre te las arreglas para hacerme sentir bien conmigo misma.’

Así fue que unas horas más tarde, durante la cena, Juliana no se sintió tan intimidada por la presencia del conde como esperaba estar. Él parecía estar permanentemente de un humor relajado, completamente diferente a lo que eran sus modales en Londres. Oriana, Clarissa, el Sr. Elfoy y él parecían hablar animadamente sobre refacciones en las casas de la hacienda y rotaciones en las cosechas. El Sr. Booth coqueteaba gentilmente con la Srta. Appleby, provocando a la Srta. Micklethwaite, quien lo trataba más bien como a un niño de escuela. Juliana se sentía más tímida, rodeada de la camaradería que tenía este grupo, pero notó que nadie esperaba mucho de ella. Su chal se le cayó y el Sr. Booth se lo alcanzó con una sonrisa amistosa en su rostro. *Qué amable es, ¡y qué apuesto! Y aun así no me aterroriza como otros hombres lo hacen.*

El Honorable Charles, mientras tanto, sentía algo de lástima por la dama. Los demás estaban tan ocupados que no parecían notar su timidez, entonces él se decidió a hacerla sentir importante. Qué sonrisita tan atractiva le había mostrado cuando él le alcanzó una bandeja estando a la mesa. Según sus respuestas a las preguntas de la Srta. Micklethwaite, ella no parecía haber disfrutado mucho de su tiempo en Londres. A él le daba la impresión de que sus padres no la habían cuidado lo suficiente. Claro que sería tímida, una jovencita como ella, necesitaba una pizca de ayuda para sentirse más cómoda. *Además es encantadora, pensó Charles, no es una belleza como la divina Srta. Petersham, o vivaz como la Srta. Thorne, pero tiene un rostro gentil y suave...* que a él le agradaba.

Él tenía la intención de cortejar más seriamente a Oriana luego de la cena, pero en cambio se sorprendió a sí mismo colocando una silla junto al fuego para la recién llegada, y volteando las páginas cuando ella aceptó tocar el piano para el grupo. Esto resultó ser una mejor herramienta para romper el hielo entre ella y el resto de los presentes, ya que la afinación del piano parecía haber sido olvidada por años. Tocando su nocturno nerviosamente, Juliana pronto se unió a la tempestad de risas por los sonidos verdaderamente horribles que producía el instrumento. Ella se detuvo, pero Clarissa exclamó, ‘Oh por favor, sigue tocando, ¡no me había divertido tanto en años!’ Ella continuó tocando animada y cuando concluyó la pieza dijo, ‘Desearía poder tomar prestado tu instrumento, Clarissa. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi presentación fue tan complaciente.’

En ese preciso momento, el mayordomo dejó entrar a un visitante.

‘El Sr. Thorne, madame.’

Clarissa dejó de reír y se puso de pie, sentía que la sangre se le iba del cuerpo. Oriana fue a su lado y tomó su mano con firmeza.

John Thorne entró a la sala, vistiendo aún su abrigo de viaje, con capa y pantalones cortos de ante. A él le tomó por sorpresa ver tanta gente en el salón, especialmente caballeros, y la indignación le llenó el pecho, indignación que había iniciado al ver el cambio en los jardines y en la casa cuando llegaba en su coche. Tenía frío y se sentía miserablemente cansado, pero aun así había venido preparado para perdonar a su hermana errante, quien esperaba que a esta altura estuviera arrepentida de su terquedad y su comportamiento. Ahora él la veía en el centro del salón, luciendo más hermosa de lo que él jamás la había visto, con su cabello arreglado de una manera distinta, con unos rizos enmarcando su rostro. Su vestido era negro

debido a su luto, claro, pero de un corte y calidad que él nunca había visto adornándola. Para la noche, ella había dejado el chal de encaje, y sin él, el vestido dejaba ver su figura de manera bastante atractiva. Por qué le provocaba tanta rabia verla así, él no se detuvo a examinar, tan sólo dijo en un tono bastante enfurecido, ‘Clarissa.’

La Srta. Micklethwaite, con su habitual tono directo y uniforme, ‘Buenas noches John. Espero que te hayas limpiado las botas, la alfombra es china ¿sabes?’

Él se quedó tieso, como sólo la voz de la autoridad de la niñez puede provocar, y miró sus botas por un momento hasta que su dignidad regresó a su lugar, ‘Buenas noches Srta. Micklethwaite, Srta. Appleby,’ dijo saludando educadamente, y entonces se volvió hacia su hermana, ‘No esperaba verte como anfitriona de una *tertulia*, Clarissa. No está bien.’

El Sr. Elfoy sintió que sus cabellos se encrespaban. El fuego que le corría por dentro le hacía desear tener derecho a tomar venganza de ese tono de voz que era dirigido a Clarissa en este momento. Él se atrevió a dar un paso al frente, pero una fuerte mano lo detuvo tomándolo del brazo. Grandiston observó mientras Clarissa, que primero estaba confundida por la aparición de su hermano, dio un paso al frente valientemente. Esa chica era puras agallas. Todos los presentes sabían que el pedante que tenía por hermano le ordenaría ir a casa con él en este preciso momento y no habría mucho que pudieran hacer para impedirselo, y sin embargo ahí estaba ella, con la cabeza en alto, apegándose a su plan. Ella se acercó a él con las manos extendidas.

‘¡John!’ exclamó, ‘¡qué bueno verte!’ Él se vio obligado a tomar sus manos y seguirla mientras ella lo invitaba a entrar en el salón, charlando mientras caminaban. ‘Yo no le llamaría *tertulia* John, como ves aún estoy de luto por mi primo el Vizconde.’

‘Lo que yo veo Clarissa,’ respondió él, siseando en voz bajísima, ‘va más allá de...’

‘Debes permitir que te presente a todos.’ Continuó su hermana alegremente, ‘¿Recuerdas al Sr. Elfoy de cuando viniste a ver la propiedad?’

John se volvió tan erguido al llenarse de educados modales como su voluminoso cuerpo le permitía, e hizo una reverencia de apenas dos centímetros. El Sr. Elfoy, siguiendo el ejemplo de Clarissa, respondió con una adecuada reverencia, escondiendo en su rostro el deseo de plantar su puño en el medio del rostro del Sr. Thorne. ‘El Sr. Elfoy fue tan amable de

acompañarnos a cenar en esta ocasión para discutir unos asuntos de la finca.’

John no iba a dejarle pasar esto. ‘Yo creo Clarissa, que deberías dejar que *los caballeros* discutan los asuntos de la finca.’

‘Estoy segura de que tienes razón John,’ dijo Clarissa falsamente, y continuó. ‘Ya conoces a la Srta. Petersham por supuesto.’ John contempló incrédulo a Oriana, a quien había visto por última vez en un salón de clase, vistiendo un atuendo simple de color marrón, y esta noche resplandecía en su vestido de seda color crema y su chal con lentejuelas que le había costado a su padre cien guineas en París. Él asintió confundido. ‘Y tengo una sorpresa para ti, John, es una antigua amiga.’ Juliana, que había estado sentada tras el piano, se puso de pie. ‘Qué agradable verlo otra vez Sr. Thorne. Espero que todo esté bien con la querida Sra. Thorne y sus niños.’

‘¡Srta. Sowersby!’ exclamó él. ‘¿*Usted*, aquí?’ John sintió que estaba soñando. Nada era como él esperaba, especialmente el encontrar a la hija de la familia más importante del distrito donde él vivía, escondida aquí, en el salón de su hermana. Lo último que quería hacer era ofenderla a ella.

A Juliana no le habían pedido hacer mucho más que estar presente, pero el tono con el que John Thorne se dirigió a Clarissa la había ofendido a ella también, así es que ella tomó ventaja de su confusión.

‘Espero que no se deje engañar por nuestra pequeña cena. Habiendo recién llegado a... a hacerle una visita *extendida* a mi queridísima Srta. Thorne, noté que los inquilinos de la casa adjunta eran... eran amigos míos de Londres. Qué amable fue su hermana al invitarlos a cenar para complacerme a mí.’

El Sr. Booth emitió una pequeña carcajada que rápidamente enmascaró con una fuerte tos. Él cruzó la mirada de Juliana con una expresión de admiración que la hizo sonrojarse, y entonces extendió la mano hacia el Sr. Thorne, ‘Mi nombre es Booth.’ Thorne le estrechó la mano mientras miraba de reojo a Clarissa murmurando, ‘*Inquilinos...*’

‘Lo lamento,’ continuó Clarissa comenzando a disfrutar de la situación. ‘El Honorable Charles Booth, mi inquilino, y su amigo, el Conde de Grandiston.’

La Srta. Appleby sacudió la cabeza nerviosa pensando, - *Oh Dios, ¿cuándo aprenderá Clarissa que la etiqueta requiere que Grandiston sea presentado primero?* Ella continuó observando las presentaciones sin comprender demasiado las sutilezas de las reacciones a su alrededor.

El Sr. Thorne estaba completamente asombrado por la elegante figura

del conde, e hizo una profunda reverencia. Grandiston se veía aburrido, y adoptó nuevamente, como Juliana observó, la mismísima imagen de lánguida indiferencia que ella había conocido y temido en Londres. Mientras John murmuraba sobre el honor que era para él conocerlo, Grandiston cruzó la mirada de Juliana por encima de la cabeza inclinada de Thorne, y ella lo vio guiñar un ojo, lo cual la hizo sentirse cómoda otra vez.

La Srta. Micklethwaite levantó de la silla su considerable figura y dio unos pasos al frente. ‘Los caballeros estaban a punto de irse John. Seguro puedes verlos en otro momento.’

El Sr. Thorne se mostró confundido y se enderezó quedándose de pie mientras el conde hacía una reverencia hacia las damas, y se detenía frente a Clarissa y tomando su mano, se inclinaba sobre ella. Clarissa no pudo contener una risita, pero su hermano no lo notó porque Grandiston la pellizcó fuertemente. Los ojos de Thorne se agrandaron al notar cómo le sonreía el conde a Clarissa. Un pensamiento se le vino a la cabeza. *¿Es posible que el conde esté interesado en mi hermana? Un Conde en la familia. No sólo aristocracia, sino además uno de nobles con mayor rango en el país. Y uno de los más ricos también.*

## Capítulo 13

### Las intenciones del Sr. Thorne

Al parecer John Thorne ya no podría conversar con su hermana esa noche. Juliana fingió un dolor de cabeza, y Clarissa la acompañó a su habitación para que descansara, pidiéndole a la Srta. Appleby que atendiera a las necesidades de su hermano. A esto lo hizo de la manera habitual, hablando mientras se alejaba.

‘Mi querido muchacho, debe estar tan cansado. Qué viaje tan largo. Sí, sé que debe desear hablar con Clarissa, pero comprenderá que ella no puede desatender a su huésped. A usted no le agradaría que ella se quejara con su madre sobre cómo la han atendido aquí, ¿verdad? ¿Mmm? La casa mejoró mucho desde que llegamos; esta escalera estaba tan sucia que me atrevo a decir que no la habían limpiado por años. Estará tan orgulloso de las mejoras que ha hecho su hermana - oh, lo olvidaba, usted estuvo aquí antes que llegáramos, ¿no es así? Sin duda ha visto como arreglaron los arboles junto al camino de entrada. ¿NO? Bueno, es que estaba oscuro, supongo. He ordenado que le traigan ladrillos calientes, ¿le gustaría tomar un chocolate caliente antes de irse a la cama? Recuerdo que era su preferencia cuando era más joven...’

Eventualmente, el Sr. Thorne se encontró asentado en la habitación china, y convenció a la Srta. Appleby de que estaba lo suficientemente cómodo. Esto no era comodidad - era lujo. Las sábanas más finas cubrían la cama, y tenía un cobertor de seda haciendo juego con las cortinas de la cama. Tenía que recordar que esta era la casa de su hermana ahora. La última vez que había visto este lugar, había reconocido su belleza, pero el descuido y el desuso lo hacía poco atractivo. Ahora los pisos brillaban y los antiguos muebles estaban bien lustrados. Él prefería su cálida habitación, con Cornelia en ella, pero no podía evitar sentirse impresionado. Sin embargo estos planes estaban yendo demasiado lejos. Tendría que frenar a Clarissa - y pronto. Cuanto antes vendieran la casa mejor sería. Inquilinos en la casa adjunta. Eso podía demorar las cosas. Tendría que verificar con Elfoy cuál era la duración

del acuerdo. Por otro lado, un Conde. Si tan sólo Cornelia estuviera aquí. Ella disfrutaría tanto de poder contarle al vecindario de su contacto con *la alta sociedad*, los más importantes, nada menos.

John salió de la cama y escribió una carta para su esposa en el papel que había en el escritorio, aún engalanado con el escudo de armas del difunto vizconde.

Cuando lo guiaron al salón de desayuno la mañana siguiente, fue tan afortunado que encontró sola a su hermana.

‘Bueno Clarissa, las cosas sí que cambiaron aquí. Supongo que debes estar muy satisfecha.’

Las palabras llegaron de inmediato a la boca de Clarissa, pero ella se las tragó junto a un sorbo de su chocolate caliente mientras encontraba una respuesta más diplomática. ‘Soy muy afortunada, el Sr. Elfoy se encarga tan cuidadosamente de las cosas,’ dijo dócilmente.

Los ojos de John se entrecerraron mientras buscaba signos de ironía en ellos: dócil, no era por lo general un tono que él asociara con Clarissa. Sin embargo, ella le dirigió una mirada franca, y añadió, ‘El resto es sólo el manejo de una buena ama de llaves... y Waity, que nos organiza como si fuera Wellington.’

John emitió algo parecido a una risa, ‘A eso lo puedo creer fácilmente.’ Él caminó por el salón, inspeccionando como un almirante, asintiendo y dando su aprobación a los relucientes aparadores laterales y los candelabros de plata, ‘Bueno, bueno. Haz hecho que este viejo lugar se alce con orgullo. De seguro ha incrementado su valor, y por ende su precio.’

La cuchara de Clarissa se golpeó en la salsera, pero sus ojos se mantuvieron bajos, y sus manos temblaron levemente mientras se acercaba la taza a los labios. No se sentía confiada para hablar.

‘Me contrarió mucho ver que te habías ido de la academia. Me atrevo a decir que no lo habías notado, pero yo ya había comenzado a encargarme de la carga de tu herencia en tu lugar. Deseo que hagas de mi casa tu hogar, y Cornelia me encargó que te hiciera saber que serás muy bienvenida.’

‘Eso es muy amable de Cornelia,’ dijo Clarissa resplandeciente, mientras recordaba detalladamente cuán ‘bienvenida’ que se había sentido la última vez que había visitado a su hermano, ‘Sin embargo preferiría permanecer aquí por ahora.’

La voz de John adoptó un tono frío, ‘Lo que tu *preferas* Clarissa, no es lo que está en discusión aquí. No puedes permanecer sola en este lugar, y

aunque has hecho mucho por mejorar la apariencia de Ashcroft, no puedes imaginar lo que implica hacer funcionar una gran propiedad como esta. No tienes el dinero, ni el conocimiento para hacerlo. Podrías estar en la ruina en menos de un año.’ La mano de Clarissa se aferró a la servilleta como si fuera la vida misma. Esperaba que viajáramos de regreso hoy mismo, pero tu obstinado arreglo de alquilar la casa adjunta me pone en una situación difícil. Tendré que quedarme unos días y ver qué se puede conseguir con respecto al acuerdo. Hablaré con Elfoy hoy mismo.’

Los derechos que asumía tener fueron casi demasiado que soportar para Clarissa, y ella se recordó que había prometido a Waity y a Oriana que no haría nada que hiciera molestar a su hermano. La entrada de las demás damas la salvó, y la mirada desesperada que le lanzó Clarissa a Waity fue suficiente para ponerla en guardia. ‘John, siéntate derecho por favor.’ Le dijo una vez que se hubieron completado los saludos matinales, ‘siempre tuviste esa tendencia a encorvarte.’ Clarissa le lanzó otra mirada, esta vez una de pura gratitud, al ver a John cambiar inmediatamente de pomposo hermano mayor a niño de escuela al que habían reprendido.

Pronto ella escapó con Oriana y Juliana para cambiarse para su cabalgata por el parque mientras que John era demorado por la Srta. Micklethwaite y la Srta. Appleby, que le pidieron que les contara cómo estaba su familia.

Cuando las jóvenes estaban a punto de salir con el Sr. Elfoy, éste fue demorado por el Sr. Thorne.

‘Deseo hablar con usted señor.’

‘Claro.’ Respondió Tristram educadamente. Si su tono respetuoso sonó irónico, el Sr. Thorne no lo notó.

‘Se trata del alquiler de la casa adjunta.’

El Sr. Elfoy subió entonces a su caballo y dijo, ‘Entonces tendrá que esperar hasta más tarde, señor, ya que comprenderá que no puedo hablar de asuntos de la hacienda sin el permiso de mi señora.’ Mientras él se tocaba la copa del sombrero a modo de saludo y pateaba a su caballo para alcanzar a las damas, el Sr. Thorne quedó en las escalinatas, humeando de odio.

Más adelante, camino a la casa adjunta, el Conde de Grandiston y el Honorable Charles Booth cabalgaban a su encuentro. Thorne se paró muy derecho y arregló su rostro de manera más amable para recibirlos.

‘Milord, Sr. Booth. Buenos días.’

‘Sr. Thorne - encantado de verlo otra vez. ¿Está la Srta. Thorne lista para

su cabalgata? Pensamos que podríamos acompañarla en esta agradable mañana,’ dijo el Conde lentamente.

‘Ah, milord, lo siento.’ Dijo Thorne con tono obsequiante. ‘Ya se han ido. ¿Desean entrar para... para...’ su imaginación no le dio ninguna idea, ‘...para descansar?’

‘No, gracias, en realidad señor, podríamos alcanzarlas...’ El Sr. Booth se detuvo al sentir el látigo de Grandiston tocando su rodilla con un golpe seco.

‘Qué amable, Sr. Thorne. Nos agradecería mucho, ¿no es así Charles?’ Él ya había desmontado y había rodeado a Thorne con un brazo diciendo, ‘Llámame Grandiston.’

Mientras tanto, Clarissa disfrutaba de poder exponer sus pensamientos contándoles al Sr. Elfoy y a sus amigas sobre la perfidia de su hermano. A Juliana le sorprendió ver que el Sr. Elfoy estuviera entre sus confidentes, pero a esta altura tomaba las sorpresas como algo más bien normal. Nunca antes había sido parte de tan extraña mezcla de conocidos, pero ya se estaba acostumbrando.

‘Y entonces, dijo que lo que yo prefería, no era el asunto en discusión,’ iba diciendo Clarissa, con el rostro enrojecido por la indignación, ‘les digo que él es tan traidor como... como... Napoleón. Marchando hasta aquí para conquistar más territorio. Yo no lo aceptaré. No me figuro cómo pude contenerme de arrojarle la mermelada por la cabeza.’

Juliana rió suavemente. ‘Eres tan valiente. Yo no puedo soportar cuando los caballeros alzan la voz.’

‘Mantener la calma es lo único que puedes hacer por el momento, querida mía. Sabes que Grandiston nos tiene a todos en sus manos. Yo creo que él sabrá exactamente cómo proceder, aunque me rehúse a admitirlo. Él es tan autocrático...’ dijo Oriana estirándose para estrechar la mano de Clarissa para animarla.

El Sr. Elfoy tosió y elevó una ceja con gracia. ‘Eso es cierto. No pude evitar notar que su hermano estaba impresionado de ver con quiénes está pasando su tiempo.’

‘Sí, y aunque estaba enojado por el alquiler de la casa adjunta, ha retrasado nuestra partida, probablemente para entablar más relación con Grandiston,’ dijo riendo, ‘Y pensar que Cornelia se está perdiendo de ver un Conde con sus propios ojos. Jamás se lo perdonará.’

‘Ay sí,’ dijo Juliana. ‘Pero, Sr. Elfoy, seguramente el Sr. Thorne no puede realmente obligar a Clarissa a vender la propiedad... ¿o sí?’

Tristram miró seriamente a cada una de las damas, ‘Bueno, no puede, es verdad. Sin embargo ella es lo suficientemente joven como para que él sea considerado su tutor, y puede obligarla a vivir con él.’ Y frunciendo el ceño añadió, ‘si eso fuera a pasar, creo que sería lo peor para los arrendatarios. Él podría impedir la correspondencia entre usted y la hacienda, y así la propiedad volvería a caer en el estado en el que la encontré o incluso peor.’

Clarissa se quedó seria. ‘Me vería obligada a vender.’

‘¡Clarissa!’ dijo Oriana.

‘Cualquier dueño será mejor a uno que no puede administrar. Tenemos que pensar en los arrendatarios,’ respondió Clarissa desanimada.

Oriana alzó la cabeza y sus bellos ojos verdes lanzaban fuego.

‘Confiamos en Grandiston.’ Entonces su voz cambió y dijo, ‘Ay, no-’

Clarissa notó entretenida lo que la había incomodado. Cabalgando hacia ellos se acercaban tres jinetes vestidos con demasiada exquisitez como para ser del campo, con la distinción que sólo los sastres de Londres sabían alcanzar. Uno llevaba un chaleco rayado y corbata a lunares, que a las Srtas. Petersham y Sowersby, damas habituadas a Londres, reconocieron como el aparejo inconfundible del Club “Cuatro en mano”, pero Clarissa y Tristram, inhabituados al excéntrico vestuario de estos jóvenes galanes, sonrieron confundidos. El segundo caballero llevaba un atractivo sombrero, pero de una altura un tanto impráctica, cuyo brillo sólo era comparable al brillo de sus espléndidas botas altas con borlas doradas. El tercero estaba vestido de manera más sutil, pero aun así, su elegancia excedía a la de sus compañeros. Ciertamente ese era el hombre más apuesto que Clarissa hubiera visto, excepto por uno tal vez, este caballero tenía cabello oscuro y ondulado, cayendo frente a sus traviesos ojos en rizos desordenados. Él le ofreció a Oriana una sonrisa como para derretirla a una, mientras los demás la saludaban también.

‘Srta. Petersham,’ comenzó el primero, ‘Qué bueno encontrarnos.’

A Clarissa le divirtió ver la pequeña línea entre las cejas de Oriana, que indicaba que ella no estaba precisamente de acuerdo con lo que él dijo, pero ella inclinó la cabeza y sonrió educadamente, ‘Sir Piers, ¿Cómo está usted? ¿Qué lo trae a Ashcroft?’

‘Pues, sólo el dato de que podría usted estar aquí, Srta. Petersham.’ Dijo francamente Sir Piers Loxley.

‘¿Y a usted, Lord Rusell?’ El segundo caballero se quitó su alto sombrero, para desgracia de su cabello cuidadosamente arreglado, e inclinó

su cabeza desde el lomo de su caballo. ‘Srta. Petersham,’ pronunció él, ‘la ausencia de Afrodita en Londres nos ha tenido a la deriva.’ Clarissa no pudo evitar sonreír, mientras que la sonrisa de Oriana se convirtió en una expresión de desagrado al oír este particular cumplido, pero ella tocó apenas la mano extendida del caballero.

‘Monsieur Le Duc de Montaigne.’ La voz de Oriana se hizo más fría, y ella inclinó muy levemente la cabeza hacia el tercer caballero.

‘Mademoiselle. Encantado de verla, como siempre.’ Murmuró el Duque con un leve acento francés.

Ella presentó a sus compañeros, como los modales lo requerían, pero no parecía querer entretener demasiado a los visitantes. Clarissa, teniendo muy en cuenta las instrucciones de Grandiston, e ignorando el suspiro de Oriana, invitó a los caballeros a entrar a la casa y tomar unos refrigerios antes de volver al pueblo.

Esta fue sólo la primera de las visitas que las damas recibieron. Durante toda la visita, Oriana permaneció sentada con una expresión de completo desdén, mientras los variados caballeros se esforzaban por conversar con ella. Clarissa pensó que tal vez una actitud apenas más amistosa, hubiera causado que algunos caballeros la encontraran menos fascinante, aunque no parecía haber manera de decirle esto a su amiga ahora. Ella era un hermoso misterio, un desafío, y su comportamiento sólo la hacía más inalcanzable, y por lo tanto, más deseable.

Pero vamos, la casa pareció llenarse de gente repentinamente, aunque Sullivan racionó las visitas de los jóvenes.

Los ocupantes de la casa adjunta comenzaron a curiosear a través de las ventanas francesas, sin formalidades, animados por el Sr. Thorne, quien comenzaba a considerarse a sí mismo como un íntimo amigo de los aristócratas. Él estaba además, muy asombrado por los otros pretendientes de Oriana, aunque un Duque francés venido a menos era inferior a un Conde inglés, el suave encanto del extranjero lo impresionaba. La presencia de un baronet como Sir Piers -alguien a quien él se hubiera sentido honrado de conocer en circunstancias normales- era casi irrelevante para él entre esta compañía tan elevada, hasta que Charles se acercó y le susurró que este baronet en particular era tan rico como Crespo - con una fortuna de treinta mil al año. John volteó la cabeza.

El detalle de la atención que Grandiston mostraba hacia Clarissa, silenció toda queja por parte de Cornelia en cuanto a la extensión en la visita

de John. En efecto, sólo la visita de su madre la estaba manteniendo aún en su casa, de no haber sido por eso, Cornelia hubiera estado ahora mismo en Ashcroft. Si Clarissa lo hubiera sabido, hubiera estado inmensamente agradecida para con la suegra de John.

Clarissa también resultó cortejada, y estaba considerablemente entretenida. Sir Piers, al menos, parecía preferir su vivacidad a la frialdad de su amiga, y la halagaba atrozmente. Ella nunca había recibido tanta atención, y no solía pensar que fuera una joven bella. *Quizás todo esto es por mi herencia*, pensó, pero no tenía sentido pretender que la compañía de tan simpáticos hombres no era una buena distracción para sus preocupaciones.

De hecho, ella se veía tan encantadora, que los admiradores de Oriana - mientras que la mayoría permanecía fiel- estaban cautivados por ella. Era tal la conducta de Sir Piers, que todos hubieran creído que ya estaba cortejando a Clarissa oficialmente. Esta fue una excelente oportunidad para que el Sr. Thorne observara cómo protegían sus chaperonas a su hermana, de todo exceso de atención y toda conducta inapropiada.

El Sr. Elfoy los había encontrado una vez cabalgando por el parque, en una ocasión, Sir Piers estaba ajustando las manos de Clarissa en las riendas, instruyéndola a cerca de cómo dominar a un caballo difícil. Clarissa lo miraba y reía, y Tristram se alejó al galope. Ni siquiera tenía el alivio de no agradecerle el baronet - él parecía ser un muy buen muchacho. Debería ser reconfortante, saber que Clarissa era cortejada por un hombre que podría protegerla de su hermano.

En cambio Monsieur Le Duc, mantenía sus fulminantes ojos negros muy firmes en Oriana.

Mientras tanto, Juliana se sentía intimidada, pero mucho más cómoda que en Londres. Nadie esperaba verla sobresalir en una conversación, y no tenía los comentarios guía de su casamentera - pero muy amorosa - madre, que siempre la avergonzaban. Siempre que la conversación grupal la dejara levemente al margen, ahí estaba el Sr. Booth a su lado; hablándole de la manera más simple, alcanzándole el chal si sentía frío, y oyendo sus historias -que seguramente debían aburrirlo, pensaba ella- sobre sus padres y su amado hogar.

Una mañana, luego de unas dos semanas de proseguir de esta misma manera, Grandiston, Booth, y Thorne se unieron a las damas en su acostumbrada caminata luego del almuerzo. Juliana se atrasó unos cuantos de pasos del resto, ya que tuvo que detenerse a quitar una piedra de su zapato.

Ella estaba sentada en un tronco cuando Charles regresó a buscarla.

‘¿Está usted bien Srta. Sowersby?’ le preguntó Charles en su animado tono habitual; ‘¿puedo ayudarla?’

Juliana se sonrojó y cubrió prontamente sus tobillos, ‘No, señor, gracias.’ Le dijo, ‘era sólo una pequeña piedra que me estaba cansando, ya estoy lista para continuar.’

Los demás ya se habían adelantado un poco, pero estaban a plena vista. John iba aburriendo a Oriana, mientras Grandiston entretenía a Clarissa. Ellos no se apresuraron por alcanzarlos sino que caminaron tranquilos, acompañándose mutuamente. Charles se notaba algo preocupado, y cuando Juliana lo mencionó, él se sorprendió a sí mismo contándole sobre la carta que había recibido de su padre, en la que festejaba con sarcasmo su elección por la vida de campo, y le recordaba que él era el heredero de una propiedad tan campestre como la que habitaba actualmente. Rápidamente, con un poco de suave estímulo, él se soltó, confiándole a Juliana el resentimiento y culpa que caracterizaba, desde hacía ya mucho tiempo, su relación con su padre. Finalmente él dijo, ‘Él piensa que soy un tonto, ¿y por qué no lo haría? Tan a menudo me he comportado como tal. No soy el hijo que él quisiera que sea.’

Él se parecía tanto a un niño perdido, con su cabello tupido colgando de su cabeza gacha, que Juliana tocó su brazo suavemente con su pequeña mano enguantada. ‘Oh, no,’ dijo ella suave y simplemente ‘¿cómo podría ser eso? Yo creo que los dos deben ser muy parecidos, y él debe quererlo tanto como yo veo que usted lo quiere a él.’

Charles miró a sus amables ojos grises mientras ella le hablaba, y se perdió en su profundidad. Ella era tan distinta a cualquier joven que hubiera conocido. Su timidez no ocultaba una mente tonta como tantas tímidas jóvenes resultaban tener, su timidez sólo provenía de una suave y tierna personalidad, y de una bondad que él había notado repetidamente en ella. Al principio, él simplemente había notado el instinto protector que ella despertaba en él, para completar su inhabilidad de exponerse en compañía de los demás. Ella era hermosa, de una manera más discreta que la belleza de Oriana o el rostro expresivo de Clarissa, pero cuando ella sonreía como lo estaba haciendo ahora, hacía que su corazón se detuviera.

‘Ay Juliana,’ susurró él, tomándola entre sus brazos. Ella se acomodó en ellos tiernamente y sus labios se unieron en una temblorosa promesa y con todo el fuego que había ido surgiendo entre ellos en este tiempo.

Cuando ella se apartó, susurró, ‘Oriana. ¿No estás enamorado de ella?’

Charles rió, aún rodeando la cintura de Juliana con sus brazos. ‘Aparentemente no.’ Dijo pesaroso, ‘Como todos los demás hombres de Londres, creía estarlo. A la adorable Srta. Petersham no le importo ni una pizca, y veo que tampoco ella a mí, ahora que sé lo que es el amor. Es tan... cómodo, ¿no es así?’ Sus ojos se pusieron serios por un segundo, no estaba seguro si ella lo comprendía realmente, pero ella asintió, sus ojos brillaban al mirarse. ‘¿Cuándo puedo hablar con tu padre, amor mío?’

Juliana volvió en sí. ‘Déjeme ir Sr. Booth... Charles... debemos volver con los demás.’

Con alegres corazones ellos retomaron la caminata. Lo que sea que Juliana hubiera dicho contrariándolo, Charles estaba convencido de emprender el viaje hasta el hogar de sus padres ese mismo día, para pedir al Sr. Sowersby la mano de su hija. ‘No debí besarte antes de que estuviera todo asentado muchacha. Así es que enmendaré mi error partiendo tan rápido como pueda.’

Juliana estaba algo preocupada pensando en que el Sr. Booth, aunque era heredero de una vasta propiedad y un título respetable, no era el impresionante partido que su madre ambicionaba para ella: pero cuando ella miraba a Charles a los ojos, se sentía tan enamorada que no podía imaginar que sus padres no vieran lo magnífico que él era.

El ambiente de alegría era demasiado palpable como para no ser notado por todos, excepto por el egocéntrico Sr. Thorne. Más tarde, en su habitación, Juliana les contó todo con detalles que estrujaban el corazón, para deleite de las jóvenes.

‘Bueno, bueno...’ dijo Clarissa eventualmente, ‘Mientras que Oriana y yo estuvimos conversando con todo el mundo en el salón durante las visitas, fuiste tú la que terminó consiguiendo su hombre. Eres muy astuta.’

Juliana le tiró con una almohada.

## Capítulo 14

### Oriana en problemas

Clarissa y Oriana estaban rebosantes de alegría por la buena noticia de su amiga, pero ambas tenían sus problemas que enfrentar.

Clarissa se desesperaba más y más por la presencia de su hermano, y comenzaba a sentir como si una cortina invisible la fuera separando de su querida Srta. Petersham.

El ánimo de Oriana, por otro lado, se iba desgastando por las repetidas visitas de sus admiradores. Algunos de los caza fortunas más conocidos habían llegado desde Londres sólo para ser enviados de regreso por la Srta. Micklethwaite y su secuaz Sullivan, pero muchos otros llegaban y debían ser admitidos en nombre de los buenos modales. A muchos los había conocido en Londres y otros decían ser amigos de su padre. Soportar los suaves halagos -nada demasiado osado podía ser dicho en presencia de sus chaperonas, claro- era demasiado feo en sí, pero ocasionalmente debía soportarlos bajo la mirada sarcástica de Grandiston. Él venía cada día puntualmente a cortejar a Clarissa, ante la radiante mirada del Sr. Thorne, y aunque Oriana sabía que esto era un juego, no podía evitar sentirse cabizbaja observando a sus amigos disfrutando de su mutua compañía. Lo que sea que ellos hicieran, Oriana veía que Clarissa realmente iluminaba los ojos de Grandiston llenándolos de gracia, tal como solían brillar antes para ella.

Ella no quería atraer su atención porque aún estaba muy enfadada con él. *¿Cómo pudo creer que sería capaz de comprometerme de esa manera tan desagradable y por razones tan individualistas, y luego no haber sido capaz de asumir mi responsabilidad? No me conoce en absoluto si llegó a pensar eso.* Así es que ella sonreía, y era tolerablemente amigable con él, pero no se mostraba a sí misma, por más que ansiara *tanto* pasear por el parque, cabalgar, bromear y pelear con él como antes.

Luego de haber sufrido una intolerable mañana de visitas el día anterior, cuando Staines había acercado una silla a ella y la oprimía tratando de conversar sobre su odioso hermano, mientras Grandiston miraba con sus ojos

graciosos, ella decidió evitar las visitas hoy. Para lograrlo, se escapó de la casa y mandó a que un muchachito de los establos le trajera su caballo por la entrada del costado.

Tal como la suerte lo decidió, Monsieur le Duc de Montaigne cabalgaba en esa dirección, y pudo verla, con su hábito de terciopelo azul claro cuando su caballo llegó.

‘Ah, *Mademoiselle*, me alegra encontrarla en su ejercicio, ¿puedo acompañarla?’

Oriana estaba molesta, pero no tenía más opción que aceptar. Ella no confiaba en el Duque, pero él era más locuaz que sus compañeros, y se daba cuenta cuándo no le convenía presionar demasiado a su presa. Mientras los dos cabalgaban juntos, él comenzó a hablar de cuando la había conocido en Londres, de una manera tan excepcional que ella comenzó a relajarse. Sus cansados nervios comenzaron a relajarse y ella hasta rió cuando él dijo una pequeña historia sobre el ruidoso corsé que llevaba Lord Sutcliffe en la última velada a la que había asistido en Almack’s.

‘Ah, es usted tan adorable cuando sonrío,’ dijo él engrosando su acento y entrecerrando los ojos.

Ese fue su error. La sonrisa de Oriana se desvaneció, y ella se sintió agradecida de no haberse alejado demasiado de la casa.

‘Creo que galoparé un poco antes de regresar, estoy algo cansada. Que tenga buen día.’

Él también aceleró el paso manteniéndose a su lado, pero entonces pegó un grito, su caballo se ancló y cambió de dirección apartándose del camino, yendo hacia el bosque, y parecía que el duque sería lanzado de su montura en cualquier momento.

Oriana se detuvo de inmediato, perpleja. Ella tenía entendido que los franceses eran buenos jinetes, pero no tuvo tiempo de reflexionar, sólo lo siguió por el bosque tan rápido como podía. Su caballo era uno de los mejores caballos de caza que poseía el difunto vizconde, y ella pronto pudo alcanzar al caballo de alquiler del duque, balanceándose hacia adelante para alcanzar las riendas. El animal se detuvo, el Duque pareció perder el equilibrio por completo y cayó al piso. Por unos segundos, todo lo que Oriana pudo hacer fue ocuparse de los caballos, pero cuando ella lo miró, el duque yacía quieto, tendido en el suelo, con su apuesto rostro hacia ella.

Saltó de su caballo con una agilidad nada propia de una dama, ató a ambos caballos y corrió hacia la tiesa figura. Se arrodilló junto a él, tocó su

frente con su mano enguantada, y se sorprendió cuando sintió los dedos del duque atrapar su muñeca firmemente.

‘Srta. Petersham,’ le dijo con voz profunda. ‘*Ma belle. Mon ange.*’ Repentinamente él estaba de pie, atrayéndola hacia él. Ella pegó un grito justo antes de que él apoyara sus labios sobre los de ella, envolviéndola entre sus brazos.

La mente de Oriana funcionaba furiosamente; nadie podría oírla. Sin duda él tenía eso muy en cuenta. Tal vez, él pensó que sus besos la conquistarían, o que probablemente para evitar la vergüenza ella se entregaría a él. Pero ella se resistió, y luego ablandó su cuerpo quedándose quieta. Los brazos de él se relajaron levemente, y él separó sus labios de los de ella murmurando, ‘Mi querida.’

Eso le dio oportunidad que Oriana necesitaba para soltar la mano en la que sostenía el látigo, y lo llevó con todas sus fuerzas hacia su rostro. El duque no sangró, pero dio un salto hacia atrás, pronunciando una cantidad de obscenidades en francés, muchas de las cuales Oriana se sintió contenta de no conocer.

Mientras él se acercaba nuevamente hacia ella con una mirada muy diferente, un gran caballo venía volando entre los arbustos, y los dos voltearon a ver. Grandiston, cabalgando hacia la casa grande, había observado todo el incidente desde lejos, y llegó hasta el bosque guiado por el grito de Oriana.

El apuesto rostro del francés perdió todo su color, mientras que el rostro de Grandiston, observando el rayón en su mejilla, se volvió duro como una roca. Él ni siquiera desmontó, se acercó y muy deliberadamente añadió otro golpe de látigo a su rostro. Esta vez su mejilla sí sangró, y el francés se retorció de dolor.

‘¡Vete!’ Ordenó el Conde, ‘Y si llego a enterarme que has *pronunciado* siquiera el nombre de esta dama, en seguida encontrarás que ya no eres bienvenido en Inglaterra.’

*Monsieur le Duc* recogió su sombrero y montó su caballo, estaba furioso, pero el saberse tan próximo al peligro lo mantuvo callado. Grandiston era amigo del Príncipe Regente, y si tuviera que regresar a Francia no estaría seguro allí en estos tiempos que corrían. Él montó su caballo y se alejó al galope sin decir una sola palabra más.

Grandiston saltó de su caballo. Oriana, que durante este intercambio había permanecido firme, ahora comenzó a temblar descontroladamente. Ella

lo miró con los ojos llenos de brillo, olvidando por completo que quería mantenerse lejos de él.

‘Es algo muy tonto,’ le dijo ella mientras lo miraba así, ‘pero siento que no puedo parar de temblar.’

Él la levantó del suelo tomándola en sus brazos.

‘Pero...’ protestó ella débilmente.

Cuando él sintió cómo temblaba, su corazón se deshizo, y la abrazó fuertemente. ‘Pequeña Palomita.’

‘No...’ Dijo ella mirándolo a los ojos, ‘No me llames así.’ Sus ojos comenzaron a inundarse. Ella sintió sus defensas ya debilitadas desmoronarse a oírlo llamarla de esa manera, como lo hacía antes, y sintió que su corazón se estiraba para tocar el de él.

Entonces él la subió a su caballo, y se subió detrás de ella.

‘Pero Bella...’ protestó ella.

‘... estará aquí comiendo pasto muy tranquila hasta que el chico del establo venga a buscarla. Ahora debemos llevarte a la casa.’

Ella ya no supo qué protestar. Creía estar bien como para cabalgar, pero este extraño temblor no había acabado aún, y era mucho más sencillo por el momento dejarse confortar en la comodidad del amplio pecho de Grandiston e ignorar esa pregunta que le daba vueltas en la cabeza y los sentimientos que llenaban su pecho. *Estoy a salvo. Grandiston está aquí.* Pensó cerrando sus ojos.

Él cabalgó hacia la casa lentamente; muy consciente del peso de la cabeza de Oriana sobre su pecho, con su delicada mano enguantada aferrada al cuello de su camisa. El fuerte deseo de besarla sólo era superado por su deseo de protegerla, y de matar al *maldito Duc de Montaigne*. Lo que sentía lo sorprendía; la ternura le provocaba como un dolor en el pecho. Ella aún temblaba por el ataque que había sufrido, y aunque su cuerpo estaba en llamas por sentirla tan cerca, ni por un segundo se hubiera movido para incomodarla en este momento.

Él fue por la entrada trasera para evitar la conmoción. Entrando por la cocina, él comenzó a dar órdenes a los gritos, mientras los sirvientes se apresuraban a acatar sus pedidos.

Tan sólo un momento después, en el salón, Sullivan se acercó al oído de la Srta. Micklethwaite para decirle algo, y ella se disculpó con la visita - Lady Staines y su hijo, el Sr. Thorne, Sir Piers y las damas - y se retiró del salón.

Grandiston entregó a su protegida diciendo solamente, ‘La Srta.’

Petersham ha sufrido un grave susto.’

Él la depositó en su cama, sobre el delicado cobertor rosa y ella estiró una mano hacia él antes de que se fuera, ‘¡Gracias!’ le susurró.

Él tocó su mano brevemente y le dijo, ‘Quédate recostada ahora. Ya todo ha terminado.’ Le sonrió, y se retiró de la habitación.

La Srta. Micklethwaite observó cómo los ojos de Oriana lo seguían mientras se alejaba, y una mirada vacía y asustada llenó sus ojos una vez que él salió. Ella se sentó junto a Oriana en su cama, pero antes de que pudiera hablar, Oriana se sentó y se lanzó al amplio pecho de su amiga, abrazándola y sollozando terriblemente. Lloraba por el miedo, por la debilidad que sentía, por la caída final del muro que ella había levantado a su alrededor desde la muerte de su padre. Lloraba por el amor que sentía por Grandiston. *¿Por qué no lo supe antes?* - pensó desconsolada. Y por no saber qué hacer al respecto.

La mujer mayor, sabiamente guardó silencio y la sostuvo mientras las innumerables preocupaciones y los temores de Oriana, guardados en secreto por tanto tiempo, salían ahora en forma de largos y cargados gemidos.

Eventualmente, Augusta la dejó en su cama, durmiendo ese tipo de sueño profundo e inconsciente de los emocionalmente exhaustos.

Los visitantes de la mañana, que por la mayor parte del tiempo, se mostraron decepcionados por la ausencia de la Srta. Petersham, se retiraron dejando al Sr. Thorne la responsabilidad de entretener a las damas. La Srta. Micklethwaite regresó al salón sin ser notada, mientras él se posicionaba frente al fuego, acomodando las solapas de su saco como quien se prepara para dar un discurso.

‘Debo reconocer Clarissa, que aunque no me gusta la idea de que te hayas asentado aquí, y claro, es algo muy tonto que una jovencita imagine que puede manejar una gran propiedad como esta, sola - tu estadía aquí ha tenido algunos beneficios.’

Clarissa, cuyo rostro se había vuelto rojo como el fuego al comienzo de su discursito, abrió la boca para responder, cuando la gentil voz de la Srta. Appleby intervino, ‘Ah, qué tonta soy. Clarissa, querida, ¿podrías alcanzarme el hilo azul de seda? Se ha caído a tus pies.’ Cuando ella le alcanzó el hilo a la dama que tan pacíficamente continuaba bordando, le sorprendió ver el pequeño gesto de llevarse un dedo a los labios, sugiriéndole que guardara silencio. Ella recordó una vez más su promesa a Grandiston, y logró limitarse a sonreírle amablemente a su hermano.

‘Sí, claro mi querida. El rango de las personas que han elegido venir a

visitarte ha sido, *elevado*, si puedo expresarlo así. Eso mismo le escribí a mi querida Cornelia, y he recibido una carta de ella esta misma mañana.’ John miró a su hermana como si estuviera a punto de darle una gran sorpresa, ‘ella estuvo de acuerdo conmigo con respecto a que es imposible intentar romper el acuerdo por la renta de la casa adjunta por el momento. Es su intención venir a Ashcroft en unas dos semanas. ¿Qué te parece eso, mi querida hermanita?’

*Ay, por Dios.* Pensó Clarissa, pero en voz alta dijo todo lo que fuera amable y educado.

‘A usted le complacerá tener aquí a una vieja amiga, ¿no es así mi querida Srta. Sowersby?’ añadió dirigiéndose a Juliana.

Ella nunca había intimado con la Sra. Thorne en absoluto, de hecho la consideraba algo prepotente, pero no había mucho que Juliana pudiera decir más que ‘Estaré encantada.’

‘Claro, claro,’ dijo el Sr. Thorne. ‘Creo que Milord Grandiston ha expresado su profundo deseo de conocer a mi esposa. Imaginen lo feliz que estará de saber la noticia.’

‘Imaginen...’ dijo Clarissa secamente.

La Srta. Micklethwaite le lanzó una mirada de advertencia. ‘Qué bien John, deberías escribirle para contarle de la alegría de Clarissa tan pronto como puedas, ¡que no demore su llegada!’ dijo animadamente.

‘¡Sí, por supuesto!’ Dijo John saliendo jubiloso de la sala.

Una vez que se hubo ido, Clarissa se dirigió a la Srta. Appleby diciendo, ‘Mil y mil gracias mi adorada Appleby. Casi abro la boca cuando sé bien que no debo. Pero en verdad, John me enfurece tanto - le dijo al Sr. Elfoy que no era necesario que se reuniera conmigo - que él se ocuparía de cualquier asunto que surgiera - ¿Pueden creer de lo que es capaz?’

‘Bueno, mi niña,’ comenzó a decir la Srta. Appleby, ‘Yo sabía que probablemente tu lengua te traicionaría y le hablarías como no debes - hubo una época en la que yo fui exactamente tan impetuosa como tú...’ Clarissa la miró atónita, ‘Pero me di cuenta de que así no me funcionarían las cosas. Le he causado tantas vergüenzas a mi querido padre con mi lengua tan rápida...’

‘¿Cómo es que le has...’ preguntaba Clarissa con gran interés.

‘Eso no importa ahora,’ dijo la Srta. Micklethwaite gruñona, ‘Oriana está en cama, Clarissa, creo que deberías ir con ella.’

Ante las exclamaciones de las otras damas, ella dijo muy poco, pero apresuró a Clarisa a ir a verla.

Era tal el cambio en Oriana, que en tan sólo cinco minutos le relató a su amiga todo lo que le había sucedido en su aventura matinal.

‘¿Cómo pude dejarme engañar así?’, dijo con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas rojas de humillación. ‘Lo he visto montar muchas veces, debí adivinar su intención, pero sus modales antes de eso no habían sido nada sospechosos...’ ella se cubrió los ojos con las manos nuevamente.

Clarissa tomó sus manos descubriendo su rostro. ‘Es su comportamiento el que estuvo mal, no el tuyo. Ninguna de nosotras hubiera adivinado sus intenciones. Él debió pensar que se trataría se alguna mujer más débil que tú, Oriana. Con esas marcas en el rostro no podrá mostrarse en público por varias semanas.’ Clarissa miró a su amiga con una mezcla de empatía y una rabia explosiva al pensar que los hombres fueran capaces de actuar así. *Petersham, Thorne, du Montaigne, pensó, todos iguales. Usan su poder para conseguir lo que quieren sin pensar en nosotras.*

‘No es muy típico de ti culparte a ti misma Oriana,’ le dijo Clarissa. ‘Enójate con el duque, no contigo.’

El bello rostro de Oriana lucía inclemente, lleno de emoción. ‘Lo sé, es que Grandiston debió haber pensado...’

Clarissa estaba confundida. ‘Grandiston ha demostrado ser un gran amigo para nosotras, no pensaría mal de ti... él te vio atacar al duque... ha sido *tu* amigo por tantos años...’ Al ver a su amiga enjugando sus lágrimas en un pañuelo de encaje nada útil para eso, se detuvo repentinamente. ‘Oriana - ¿por qué has dejado que Grandiston continuara creyendo que tú aceptaste ese ridículo compromiso?’

Los ojos de Oriana miraron de inmediato los sospechosos ojos grises de Clarissa, y entonces sus párpados cayeron lentamente. Ella respiró hondo, ‘Él debería *saber* que yo no sería capaz...’ y se detuvo, intentando controlarse entre la bronca y la desesperación.

Clarissa tomó sus manos y las presionó fuertemente. ‘Oh por Dios, tú lo amas, y mucho, ¿no es así?’

‘*Claro que no.*’

En su segundo ataque de intenso llanto en el mismo día, Oriana se lanzó al pecho de Clarissa y abrazándola desahogó su corazón.

## Capítulo 15

### Cena entre amigos

Durante los siguientes días, el ánimo volvió a la normalidad. El Sr. Thorne, estaba bastante tranquilo por la inminente llegada de su adorada esposa, mientras que Clarissa y Oriana encontraron una renovada calidez en su amistad, en la que felizmente incluyeron a Juliana.

Gracias al cielo, Oriana no tuvo que encontrarse con el Conde, puesto que de haberlo hecho, no sabía si hubiera logrado guardar sus sentimientos. *¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? Todo este tiempo he estado enamorada de él.* Grandiston aún venía a la casa grande, pero sólo para invitar al Sr. Thorne a cabalgar, o a almorzar, alegando que echaba en falta a su amigo Booth. Las damas sentían el alivio de no tener al Sr. Thorne en casa, y esa era la verdadera intención de Grandiston.

Clarissa pudo entonces reunirse con el Sr. Elfoy en la biblioteca, una mañana en la que le había pedido a Sullivan que no admitiera visitantes. Ella lo recibió amistosamente como siempre, y con un aire de conspiración.

‘Tal vez no tengamos demasiado tiempo señor, así es que le ruego que mire esto.’

Era un conjunto de planos para la clausura del Ala Oeste, enviado a pedido de Clarissa, por el mismo arquitecto -que gracias a Dios seguía con vida- que había contratado su tío cuando había pensado en restaurar el daño de la construcción.

Elfoy estaba entusiasmado. Se apoyó sobre el escritorio junto a ella.

‘Parece tan simple cerrarla, sólo hay que tapiar las tres puertas. Es una lástima que no podamos comenzar de inmediato, pero me temo que su hermano...’

‘Pero sí podemos,’ lo interrumpió ella entusiasmada, y volviéndose hacia él impulsivamente continuó, ‘He pensado en una manera. Si no comenzamos pronto, el trabajo no estará completo antes del próximo invierno. Si mantenemos todo el trabajo en la parte de atrás de la casa, John no tendrá por qué saberlo.’

‘Sí, podríamos hacerlo,’ dijo él pensativo, ‘después de todo sólo necesitaremos una pequeña proporción de roca y pizarra. Pero aunque el Sr. Thorne no tenga poder de ordenar en la hacienda, cuando descubra lo que usted desea hacer - perdóneme pero, probablemente se la lleve con él de inmediato. Si tan sólo hubiera una manera en la que yo pudiera detenerlo.’ Esto último fue dicho casi para sí mismo, mientras hundía sus cejas y cerraba los puños con fuerza.

A Clarissa le causó gracia. ‘Pero ya hemos quedado en que no puede hacer nada,’ dijo suavemente, evocando con gracia su antigua incomodidad. Los ojos de él se plantaron en ella y ella sintió que su mirada la quemaba, y su risita tembló, ‘Sr. Elfoy, Tristram... se ve tan furioso.’

Él bajó la vista por un segundo, no fuera que todos sus sentimientos se reflejaran en su mirada. ‘Le pido disculpas señorita, es que la manera en que él habla de usted, como si usted fuera poco más que el idiota del pueblo. ¿Es que acaso *no la conoce*? Y no me diga que es su manera de hablar de las mujeres en general - porque de su esposa no es capaz de decir nada malo. A ella no la conozco, pero es muy fácil ver quién domina al gallo.’ Él había estado caminando ida y vuelta mientras hablaba, Clarissa lo observaba con una mano en el pecho, pero él se detuvo repentinamente. ‘Perdóneme Srta. Thorne. Eso fue completamente...’

‘Perspicaz,’ finalizó Clarissa por él. Ella estaba algo sonrojada, pero rió y colocó su mano sobre el brazo de él, tranquilizándolo. ‘No hace falta disculparse entre dos personas tan amigas como nosotros. Por favor, llámeme Clarissa, y autoríceme a llamarlo por su nombre de pila. Estamos muy unidos como para ser ceremoniosos.’ Él tomó sus manos hablando más que con palabras, con la manera en que las presionaba, y en su mirada le comunicó su gratitud.

‘No sería adecuado,’ dijo él resueltamente.

‘En cuanto a eso - quizás no en público, pero entre nosotros, y con las demás damas, no veo por qué no. Ahora permítame decirle mi plan para que John no se entere.’

Una hora más tarde, ella ascendió las escaleras con un semblante radiante, complacida por su plan secreto y ese algo más que la reunión le había dejado.

La Srta. Appleby venía bajando, con su sombrero y su abrigo largo. ‘Appleby, querida, ¿vas a salir otra vez?’

La Srta. Appleby se sonrojó levemente, ‘Si es que no me necesitas mi

cielo. No tendremos visitas hasta la hora de la cena. Iba a darle a Sir Montague la tisana de mi madre, es muy eficiente para aliviar los síntomas de la gota.’

‘Dale mis saludos y dile que lo visitaré la próxima semana si no le es inconveniente.’

‘Oh sí, mi querida,’ dijo vagamente, ‘Que tengas lindo día.’

Clarissa encontró a sus dos amigas en su habitación, sentadas en su cama, mirando las últimas entregas del periódico *La Belle Assemblée*, que amablemente les había enviado Lady Staines para que se entretuvieran.

Juliana levantó la vista, con el rostro lleno de una expresión traviesa. ‘Querida, Oriana y yo estábamos calculando que ya es hora de que vuelvas a vestir colores. Hemos estado viendo estos periódicos y hemos visto vestidos perfectos para ti.’

Clarissa se les unió bastante entusiasmada, pero se rió rotundamente de una de las ilustraciones. ‘No me mostraré en público con un turbante. Lady Staines se veía bien extraña cuando nos recibió *à la Turque* el otro día. *No seré como ella.*’

Juliana la miró seria, ‘Es verdad, pero yo he visto damas en vestidos turcos y se veían realmente distinguidas. A Lady Staines sólo le falta un poco de gusto para los colores... Pero no es ese vestido, es el siguiente. Esas líneas sutiles, y en azul, un color que se ve tan hermoso en ti.’ Su voz gentil y su tono de artista hicieron reír a Clarissa otra vez.

‘Eso estaría muy bien, ¿pero cómo lo conseguiría? Oriana sabe lo que nos costó organizar mis vestidos de luto. Todo un nuevo conjunto de vestidos son más de lo que puedo costear. ¿Por qué no lo pensé antes? Ahora no tenemos tiempo libre para experimentar con lo que queda en el baúl de mamá.’

Juliana se puso algo seria. ‘Bueno, en cuanto a eso... yo tengo aquí dos vestidos que jamás me han quedado bien. Sabes que no podemos vestir los mismos colores, pero fui impulsiva e hice que mi modista me hiciera un vestido francés en muselina azul cielo y un vestido de noche en blanco. Y yo no puedo usar blanco, aunque mi madre diga que es moderno, esos colores me hacen ver como enferma.’

Ella sacó sus vestidos de atrás suyo y Clarissa gimió. El azul cielo era asombroso, una hermosa sobre falda de muselina con enaguas de seda, bordado todo encima con pequeñas flores en el mismo tono. El vestido de noche, más pesado y de satén blanco, estaba cubierto con una clásica seda

transparente bordada con hilos plateados.

Lo único que pudo hacer fue rehusarse. ‘¡No puedo aceptarlos!’ exclamó.

Oriana comenzó a hablar, pero Juliana simplemente sostuvo el vestido colgándolo de sus hombros. ‘¿Realmente harás que me ponga esto?’ dijo levantando las cejas. Oriana y Clarissa se quedaron asombradas; parecía que toda la calidez de la tez de Juliana se había desvanecido, adoptando un tono azulado, típico de un convaleciente.

Oriana rió suavemente. ‘Ten compasión, Clarissa,’ dijo.

‘Y el celeste es peor,’ suspiró Juliana, y pronto las tres estaban partiéndose de risa, y Clarissa aceptó quedarse con los vestidos. Luego de eso no fue muy complicado que aceptara también algunos errores que Oriana había cometido a la hora de escoger colores y modelos de moda. Un vestido de día de una delicada batista, y uno de tarde de muselina, salpicado con preciosas flores rosas bordadas, además de algunos chales, un abrigo de terciopelo azul que combinaba con varios de los chales, para usar en días más fríos.

‘¡Qué bueno que no soy rubia!’ Dijo Clarissa.

Oriana animó a que aun así revisaran el cofre una vez más y le llevaran su contenido a la modista del pueblo - que tan amablemente les había recomendado Lady Staines, junto con algunas de estas ilustraciones. Además, descubrieron que no se excedería de sus gastos permitidos, -ahora que contaban con la renta de la casa adjunta- el comprar algunos metros de muselina, y quizás algo de seda, para confeccionar algunos vestidos más, ‘Todos tienen que ser dignos de la mujer más importante del condado’ le recordó Juliana.

Esto trajo a la mente de Oriana que todos sus vestidos estaban, por más de una temporada, pasados de moda, y necesitarían algún que otro retoque para actualizarlos. Así fue que a las siguientes dos horas las pasaron planeando qué cintas, cordones, retículas, collares y zapatillas podrían ser teñidas, compradas, o intercambiadas entre ellas para poner a las jóvenes bien a la moda.

La cena de esa noche iba a ser algo sencillo y cálido, con el clérigo, el Dr. Challoner, su amable esposa y sus hijas, Grandiston, el Sr. Thorne, las damas, y además -invitados por la Srta. Micklethwaite- el Sr. Elfoy y su madre. El Sr. Thorne no se había mostrado muy complacido con estos últimos invitados, ya que sus asuntos con el Sr. Elfoy lo habían llevado a

sospechar del comportamiento del joven. El agente había recibido educadamente a las órdenes y preguntas del Sr. Thorne, pero casualmente desistía de obedecer o responder. Cuando John se había quejado con el muchacho de que su actitud era diferente de cuando se encontraron por primera vez, el joven le había respondido fríamente, ‘Cuando usted vino en representación de la Srta. Thorne, yo le di, por supuesto, toda mi ayuda. Ahora que la Srta. Thorne está aquí para ordenarme ella misma, no puedo tomarme la libertad de discutir sus asuntos con cualquiera que pregunte.’

La respuesta pudo haber sido puramente profesional, y el tono suave y respetuoso, pero había cierta frialdad en sus ojos, que el Sr. Thorne no soportaba en alguien inferior a él. Sin embargo eso lo detuvo en sus procedimientos, y él no se lo mencionó a Clarissa, como había planeado hacer. Si Elfoy no hubiera sido un caballero también, él quizás lo hubiera mandado a azotar, pero a como eran las cosas, no tenía más opción que tragarse su bronca.

‘¿Por qué invitó a Elfoy, madame?’ le dijo irritado a la Srta. Micklethwaite mientras esperaban a los invitados.

La Srta. Micklethwaite le dirigió la mirada condescendiente que había usado siempre con él desde que era sólo un jovencito, y dijo, ‘Deseo consultarle a la Sra. Elfoy unos asuntos referentes al manejo de la casa, y como tengo entendido que ella y su hijo son amigos del Dr. Challoner y su esposa, me pareció perfectamente razonable invitarlos. Por tu tono percibo que tienes algo que objetar. Dilo de una vez y acaba con esto.’

‘Pues, es sólo que ese tipo parece estar aquí todo el tiempo...’ él vio la expresión de la Srta. Micklethwaite y concluyó patéticamente... ‘no tengo objeción, en absoluto.’

La Srta. Micklethwaite regresó su mirada, con un suspiro, a su bordado.

Clarissa entró al salón, llevaba el vestido celeste; con su cabello arreglado con una bella cinta rayada, en estilo griego. Oriana, que venía a su lado, vestía un vestido de gaza color verde agua, y Juliana al otro lado, vistiendo seda rosa, las tres presentaban una imagen que parecía salida de un cuadro mientras avanzaban por el salón.

John tosió para aclarar su voz antes de comentar, sus cejas se fruncieron al notar la apariencia de Clarissa, pero antes de que pudiera hablar, Sullivan anunció la llegada de los invitados.

Finalmente, sentado junto a Grandiston, él contemplaba a su hermana con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa. Realmente no podía

explicarse como un ratoncito de biblioteca, una jovencita común, se había transformado en esta joven cada vez más atractiva. Su encanto y confianza para con sus huéspedes, sin llegar a ser atrevida, también lo alarmaba. Las cosas parecían escaparse cada vez más de su control, aunque claro que sabía que no podía ser así. Clarissa nunca le había importado, pero él pensaba que con la muerte de su madrastra finalmente tendría el poder de mandarla. Sabía que lo tenía, pero al estar sentado allí mirando a Clarissa intercambiar algún que otro chisme de pueblo con la Sra. Challoner, o redirigir algún halago sobre la cena a la Srta. Micklethwaite, él realmente no lo sentía así.

Su vestido de esta noche -sin duda extremadamente caro- debió ser comprado con dinero que él debió haber controlado. Las jóvenes Srtas. Challoner estaban haciéndole cumplidos sobre el vestido ahora mismo, mientras que ellas llevaban vestidos simples de muselina, más adecuados según su opinión. *Esto es lo que pasa cuando a las jóvenes se les permite encargarse de sus propias finanzas: gastan el dinero en chucherías.* Él miró otra vez la fina muselina del vestido de su hermana y se preguntó si acaso su preciosa y querida esposa tenía algo la mitad de fino que eso.

Grandiston se estiró acercándose apenas a él y dijo, ‘Su hermana ha dejado el luto al fin. Es encantadora.’

El alma del Sr. Thorne se enterneció un poco. Tal vez ese extraño interés del conde por su hermana podría acentuarse ahora.

Hubo un silencio en la mesa cuando el Sr. Challoner dijo, ‘¿Planea ir a Londres la próxima temporada Srta. Thorne? Me temo que nuestras pequeñas reuniones no serán suficientes para usted.’

Clarissa estaba a punto de hablar cuando el Sr. Thorne aclaró su voz. ‘Ah, yo creo que los planes de mi hermana, *cualquier tipo de planes*, son inciertos aún.’

El Sr. Challoner, sintiendo la contradicción, tosió discretamente.

Grandiston, sin embargo, tomó la obertura y fue a la carga. ‘Por supuesto que debe regalarnos su presencia en la ciudad Srta. Thorne. La temporada no estaría completa sin usted.’

‘Es muy amable de su parte decir eso señor, pero me temo que no tengo muchos conocidos en Londres,’ dijo Clarissa suavemente.

Oriana alzó una ceja sutilmente en dirección a Grandiston, demasiado distraída por la curiosidad como para ser tímida como lo había sido hasta ahora. Él sonrió sutilmente.

‘Necedades querida.’ Dijo Grandiston con tono alentador. ‘Porque,

bueno, medio Londres ha pasado por su salón durante la última semana. Los numerosos conocidos de la Srta. Petersham son sus conocidos también ahora, además, claro, de la Srta. Sowersby y su familia, y el Sr. Booth y yo. No le faltarían visitas. ¿No es así Sr. Thorne?’

John tomó la palmada en la espalda de Grandiston con un humor forzado. ‘Claro, sí. Pero sin duda mi hermana preferirá visitarme *a mí* este invierno.’

‘Ah, tonterías, amigo, no puedes querer privarnos de ver la primera aparición de la Srta. Thorne en sociedad. La dueña de Ashcroft debe darse a conocer.’

Este no parecía el lugar correcto para anunciar que su hermana no sería la dueña de Ashcroft por mucho tiempo más, así es que John se refugió en balbucesos... ‘Sería agradable, mi querida hermana, pero por otro lado, creo que los alquileres en Londres son extremadamente costosos.’

La amable Sra. Challoner, que jamás había estado a más de diez kilómetros de su hogar, sacudió su redondo rostro mostrándose sabiamente de acuerdo.

John estaba a punto de cambiar de tema, cuando el Sr. Elfoy, que estaba sentado entre su madre y la Srta. Micklethwaite al otro lado de la mesa, dijo con gran claridad, ‘Bueno, está la Casa Ashcroft de la ciudad.’

John detuvo su mano con la copa apenas tocando sus labios. ‘¿Una casa en Londres? Yo no sabía de ella.’

Clarissa lo miró apenas y dijo, ‘Pensaba ponerla en venta, pero supongo que podría tenerla por una temporada más,’ y entonces viéndolo seriamente desbalanceado, retrocedió un poco sobre sus pasos. ‘Aunque por otro lado siempre he creído que sin una presentación en la corte y todo lo demás, no tiene sentido pasar la temporada en la ciudad. No tengo familiares en Londres para presentarme, así es que parece ser que debería olvidarme de toda esta idea.’

La copa del Sr. Thorne retomó su camino hacia su boca.

‘No necesariamente,’ dijo el Sr. Elfoy con voz clara y precisa. Iba por su tercera copa de vino esta noche, y sentía que se estaba poniendo algo temerario, pero realmente disfrutaba de ver cómo el rostro de Thorne iba perdiendo esa expresión de seguridad y confianza. Él contempló con satisfacción cómo le cambiaba la cara de color. Y entonces se volvió hacia esa dama que el Sr. Thorne no había prácticamente registrado esta noche y dijo, ‘¿Madre?’

La dulce dama sentada a su lado levantó su cabeza serenamente y dijo, ‘Claro.’ Mientras los presentes, excepto el Dr. y la Sra. Challoner, la miraban sorprendidos, ella sonrió irónicamente. ‘Es sólo que mi hermana, Lady Carmichael, es una de las damas de honor de nuestra querida Reina Charlotte.’ Grandiston elevó las cejas, y Thorne quedó boquiabierto, ‘Estoy segura de que ella podría conseguir una invitación para presentar a la dulce Srta. Thorne. Y presentarla ella misma, claro.’ Ella le sonrió a Clarissa que al otro lado de la mesa la miraba estupefacta.

‘Es usted tan amable mi querida Sra. Elfoy. Debo admitir que me sorprende tener conocidos tan variados.’

Grandiston frunció el entrecejo. ‘Ah... es usted una Darlington entonces, una muy buena familia de Staffordshire. Yo conocí muy bien a su hermano, y un poco también a su sobrino. ¿Viaja usted seguido a la ciudad?’

La Sra. Elfoy lo miró, consciente de la expectativa de los presentes. ‘Cuando mi salud me lo permite. Sólo visito a la familia. Cuando me casé con el padre de Tristram elegí la vida tranquila del campo, y jamás me he arrepentido de haberlo hecho.’

Ahora John Thorne la miró estupefacto. ‘Pero una presentación en la corte...’ pronunció ahogado con su vino, ‘seguramente es imposible.’

La Sra. Elfoy lo miró directamente, y por un segundo Clarissa notó un dejo de desagrado en sus ojos, pero su tono fue amable cuando le dijo, ‘Nada sería más sencillo, se lo aseguro.’

La Srta. Appleby, que había permanecido bastante callada durante esta velada, pareció cobrar vida al oír esta noticia. ‘¡Oh Sra. Elfoy, querida! - ¡Qué maravilloso! Una presentación en la corte para mi niña - tal como su madre lo hubiera querido. Bueno... es decir...’ Ella se sonrojó levemente y dejó de hablar.

‘Lo que la Srta. Appleby quiere decir, Sra. Elfoy, que mi madre lo hubiera deseado así, de haberle dado lugar a algo más que los libros en su vida,’ dijo Clarissa con gracia.

‘¡Clarissa!’ Dijo su hermano severamente, pero la conversación de los demás tapó su voz.

‘El estudio es una actividad muy loable,’ dijo el Sr. Challoner, ‘y ha habido a través de la historia muchos ejemplos de mujeres estudiosas...’

‘Sí,’ dijo Clarissa. ‘Mamá hacía referencia a ellas muy seguido.’ Ella arrugó la nariz con aire pensativo, ‘pero yo sostengo que, aunque es un buen ejemplo a seguir para toda mujer, en muchos aspectos, hubiera sido más

práctico si mamá hubiera recordado arreglar cosas como mi presentación en sociedad, o una presentación en la corte.’

Cualquiera que hubiera estado mirando al Sr. Elfoy en este preciso momento -tal como lo estaba haciendo Juliana- no podría haberse perdido la expresión de completa admiración con la que él contemplaba a la distraída Clarissa. Esta noche, con ese vestido celeste y esas perlas azules reposadas sobre sus hombros desnudos, estaba más hermosa que nunca. La Srta. Sowersby era atractiva, la Srta. Petersham, una belleza fría, pero ninguna tenía la exaltación y energía que Clarissa exudaba. *Y hoy dijo que somos amigos, y cercanos.* Entonces él sonrió ampliamente. Ella era tan impulsiva y honesta, de la manera en la que a las damas les enseñaban a no ser. Hasta la Sra. Elfoy sonrió detrás de su servilleta al oír su última declaración, mientras que su hermano estaba furioso una vez más.

El Sr. Thorne aclaró su furiosa voz con una leve tos, listo para reprimir sus palabras desmedidas, justo cuando Juliana se sorprendió a sí misma avivando el fuego.

‘Fue en su presentación en sociedad en Harrogate que usted conoció a la querida Sra. Thorne, ¿no es así?’ dijo Juliana con un tono de voz un poco más alto de lo que era su intención.

El Sr. Elfoy la miró con sincera admiración, mientras que Clarissa la miró con sincera gratitud.

Thorne se distrajo y le sonrió aduladoramente, mientras procedía a contar la más aburrida historia -salvo para él mismo, y para la Srta. Appleby quizás, la eterna reina de todo lo que fuera romántico- de la primera vez que vio a su adorada Cornelia. Esto naturalmente, lo llevó a hablar de su esperada llegada, y ya iban por el postre cuando él terminó de hablar.

Las damas se retiraron al salón del frente a su debido tiempo, Clarissa, tímidamente admitió para con la Sra. Elfoy que no planeaba realmente ir a Londres.

‘Me temo que fue esa diablura poco común en mi hijo, de querer derrocar a su hermano, sólo puedo disculparme por su conducta,’ le susurró mientras entraban al salón verde. ‘Si llegara a cambiar de opinión, sólo mándeme una nota y yo le escribiré a mi hermana.’ Ella se acercó más a Clarissa y le dijo en voz baja, ‘Me temo que mi hijo tiene demás orgullo por su linaje.’

Clarissa apoyó su mano en el brazo de la Sra. Elfoy y le respondió suavemente. ‘Debo admitir que esa es mi manera de ver también. Estoy

orgullosa de todo esto - pero no mucho de las deudas.' Las dos se sonrieron con mutua confianza, y juntas se dirigieron hacia el hogar.

'Ah...' pensó la Srta. Micklethwaite observando a las dos, 'Si tan sólo fuera posible que de aquí surgiera una relación, todo iría muy, muy bien.'

Juliana y Oriana se miraron expresivamente.

La conversación susurrada de las Srtas. Challoner eran sobre su admiración por el Conde de Grandiston, pero sus miradas habían sido para el Sr. Elfoy. Clarissa lo había visto discutir humorosamente con Charlotte, de tan sólo diecisiete años - y hablar en un tono diferente con Annabel, cuyos ojos lo persiguieron durante toda la cena.

Era evidente para todos los ocupantes de Ashcroft que el Sr. Elfoy era el joven más codiciado en el vecindario. Juliana consideraba que eso era inevitable, ya que ni siquiera en la metrópolis había visto ella un espécimen superior. Él era sensato y alegre, sus modales eran excelentes, pero aun así tenía ese físico de fortaleza bien contenida, que las mujeres no podían evitar encontrar irresistible, pero que a Juliana le resultaba algo intimidante. Ahora resultaba que su cuna era superior a lo que se suponía, y de no haber sido por su falta de fortuna, su pasión por Clarissa, -la cual habían discutido las demás damas de Ashcroft en ausencia de Clarissa- podría haber sido lo mejor para todos. Pero tal y como estaban las cosas, si el Sr. Thorne llegaba a sospechar un ápice de esto, se llevaría a su hermana de aquí inmediatamente, con o sin conde.

## Capítulo 16

### La llegada de Cornelia

Clarissa vio al Sr. Elfoy brevemente y nunca a solas en los siguientes días. A su hermano no le había gustado el tono de Elfoy al tratar los asuntos de su hermana, y él incluso le había dado a Clarissa una advertencia sobre esto. Esa advertencia había sido recibida con tal incompreensión por parte de su hermana, que él pensó que sería mejor dejar que su amada esposa lidiara con estos delicados asuntos. Su atención tan cercana a cada movimiento que hacía Clarissa tenía un beneficio - él no salía mucho de la casa, por lo que no notó la creciente actividad en la parte trasera de la edificación. Eso le dijo Clarissa a Elfoy mientras le servía una taza de té, y él se las arregló para sonreír, ‘No se preocupe, he instruido a los hombres para que simulen ser tontos campesinos si alguien les pregunta qué están haciendo.’

Clarissa dio una pequeña carcajada, que inmediatamente disfracó con una tos ahogada para no llamar la atención de su hermano. Sus dedos rozaron los del Sr. Elfoy cuando ella le dio la taza, y tuvo el tonto deseo de dejarlos allí mismo. Ella se sonrojó y bajó la mirada al ver los ojos, repentinamente llenos de fuego de él.

*Es imposible, imposible.* Se recordó él retirándose con el rostro de piedra. La Srta. Micklethwaite, observándolos, sintió la necesidad de pinchar su bordado con una nueva ferocidad.

John le había dejado muy en claro a Clarissa que podrían prescindir de la presencia de Elfoy a la hora del té, pero al parecer él había vuelto para darle algún mensaje a su hermana luego del almuerzo. Él parecía arreglárselas para llegar junto con el Conde, o de no ser así, alguna de las damas siempre le rogaba que se quedara a acompañarlas. John aún lo miraba con el ceño fruncido cuando Sullivan anunció a su esposa.

‘¡Cornelia!’ exclamó con gran deleite.

Cornelia se estaba quitando los guantes, y en su rostro llevaba una expresión diseñada para complacer. Ella observó con una sola mirada a los ocupantes del salón y se acercó para ofrecerle a su esposo su pequeña mano.

Llevaba un moderno vestido de viaje color verde, que le había costado una suma importante a su devoto esposo. Sin embargo, una simple mirada a la elegancia londinense de las Srtas. Sowersby y Petersham, y a esa sorprendente nueva apariencia de Clarissa la hizo sentir descompuesta -su cuñada llevaba el vestido que le había dado Oriana, de muselina con encaje de Brujas, más un nuevo detalle en su peinado griego, logrado por el creciente talento de Becky. Ella no estaba mucho mejor vestida que esas ridículas acompañantes, pensó mirando el vestido simple pero bien confeccionado de Micklethwaite, y la muselina salpicada de flores bordadas de la Srta. Appleby -confeccionado con una tela que habían encontrado en el baúl. Aun pensando esto, su sonrisa no titubeó ni por un segundo mientras las damas la recibían y saludaban. ‘Mi querida hermana.’ Le dijo tiernamente a Clarissa, y luego, dirigiéndose a su vecina dijo, ‘Srta. Sowersby, ¿puedo llamarla Juliana?’ Juliana no pudo evitar notar el atrevimiento de querer incrementar su intimidad con ella, cosa que jamás se hubiera animado a intentar en presencia de sus padres.

El conde, sorbiendo su té tranquilamente junto al fuego, la observaba cautelosamente. Una rápida invasora, pensó, de las que él sabía mantener lejos. Ella mostró su falta de educación al saltarse al Sr. Elfoy, quien dio un paso atrás con los labios fruncidos. Sería una experiencia nueva para Grandiston permitirle invadir. No demasiado fácil, claro, pensó mientras daba un paso al frente para ser presentado. Él le dirigió una sonrisa fría y una mirada que parecía encontrar algo que objetar en su regordeta persona. Pero hizo una reverencia lo suficientemente graciosa, y dijo simplemente, ‘Encantado.’

Juliana se maravilló una vez más con esa rápida manera de adoptar su actitud londinense y pensó que el Sr. Booth hubiera disfrutado de ver cómo los modales de su amigo incrementaban aún más el gran sobresalto de la Sra. Thorne por esta persona con título de noble. El Conde y el Sr. Elfoy se retiraron rápidamente, habiendo sido antes demorados por las invitaciones del Sr. y la Sra. Thorne para que volviera a visitarlos pronto. ‘Qué amable de su parte madame,’ dijo Elfoy fingiendo haber entendido que la invitación era también para él, ‘lo haré.’ Él tuvo su recompensa al ver el rostro de Clarissa - que había tenido una expresión muy seria desde que entró Cornelia en la sala - llenarse de vida con una sonrisa bien amplia. La seriedad de Oriana también se transformó, y ella rió cubriéndose la boca con su pañuelo.

‘Es tan noble de usted milord, ser tan amable con mi querida, dulce

hermana.’ Continuó Cornelia sonriéndole afectuosamente a Clarissa, de una manera que provocó que hermana deseara arrancarle las orejas y meterlas en una caja. Oriana le pellizcó la mano a modo de advertencia.

‘En absoluto. Soy yo quien está en deuda con la Srta. Thorne,’ respondió el conde sonriéndole a Clarissa de una manera tan coqueta que ella tuvo que bajar la vista modestamente y sonreír como buena doncella, a la vez que ocultaba la gracia que le causaba esta demostración, ‘ella nos ha recibido a mi amigo Booth y a mí de manera extraordinaria.’

El pecho de Cornelia se hinchó esperanzado. Esto era muy prometedor. El conde definitivamente estaba interesado -increíblemente- en la fastidiosa hermanita de John. Ella casi podía ver cómo se enderezarían ciertos individuos en Sowersby, que hasta ahora la habían tratado con poco respeto, cuando oyeran que ella estaba relacionada con el Conde de Grandiston. El dinero que vendría a su hogar por la venta de esta propiedad podría quedar limitado a la duración del compromiso de Clarissa, ¿pero acaso no haría el conde un pago mucho más significativo a su familia cuando se casara con ella? Y las oportunidades sociales que tendría ella siendo cuñada de una Condesa, serían tantas que ya se estaba mareando de pensarlo.

Todo esto le dijo ella a su esposo mientras se preparaban para la cena en el cómodo vestidor de su dormitorio. Tendrían que fomentar el interés del conde en su querida hermana, por el bien de Clarissa, claro.

‘Sí, querida, ¿Pero qué hay de la venta de la casa?’ dijo su esposo preocupado.

‘Arreglarás eso de inmediato mi amor. Incluso si la venta en sí misma tenga que demorar un mes o un poco más. Será fácil lograrlo, ya que dijiste que Staines está muy ansioso por realizar el trato.’

‘Pero... mi vida, debo decir que Clarissa se está volviendo un poco engreída con toda esta atención, quizá no quiera firmar la escritura.’ Él la miró avergonzado y preocupado, y Cornelia le palmeó una mano animándolo.

‘Déjame eso a mí, mi querido,’ dijo confiadamente, con un frío brillo en sus ojos, ‘Sé exactamente cómo lidiar con Clarissa.’

El Sr. Thorne se descansó en el alivio de contar con el carácter firme de su esposa, feliz de que hubiera llegado al fin.

Y llegar, sí que llego. Al día siguiente a las damas les parecía que Cornelia estaba en todas partes. En el desayuno, ella anunció su deseo de conocer la casa. Clarissa se tragó su bronca y se ofreció contenta a acompañarla. ‘Ay no, querida. No quisiera molestarte, sólo envíame al ama

de llaves a acompañarme.’

Clarissa abrió la boca para responder, pero recibió tal pisotón de la Srta. Appleby que por poco gritó. Así es que la anciana ama de llaves, la Sra. Smith, que Sullivan había rescatado de su desempleo, se vio obligada a subir y bajar por la casa detrás de Cornelia, quien se asomaba y hurgaba en cada rincón de la casa más grande que hubiera visto jamás. Sus modales para con sus inferiores era altanera en extremo, -mostrando así su completa falta de pedigrí, según la opinión de la Sra. Smith- y hacía impertinentes preguntas sobre la casa y sus contenidos, y sobre los ocupantes, de tal forma que sólo conseguía respuestas monosilábicas por parte de la vieja ama de llaves.

Muy pronto consiguió que ella le diera el manajo de llaves, la Sra. Smith reportó que no las hubiera entregado de no haber sido porque tantas idas y venidas por las escaleras le habían causado palpitaciones. ‘Le aseguro que recorro esta casa por completo cada semana, Sr. Sullivan, haciendo mis deberes, pero ya estoy muy vieja como para hacerlo todo en una hora.’

Y así fue que Cornelia físgoneó en cada habitación de esa ala. Abrió cada armario de ropa blanca y calculó el precio de cada sábana y encaje sin dejar un solo penique sin contar, tomó nota de la platería, las pinturas, las cortinas de las camas y los muebles. Ningún inventario legal hubiera estado más completo. Finalmente, y sin reparo alguno, inspeccionó las habitaciones de cada una de las damas.

En la habitación de la Srta. Micklethwaite no encontró mucho de su interés: sólo vestidos simples en su mayoría, y un par de chales de lana levemente pasables. En un pequeño escritorio que esa dama había hecho que le trajeran a la habitación, encontró algunas cartas. Las leyó sin escrúpulos y descubrió con desagrado que esa mujer, Micklethwaite era hermana de un abogado. Seguramente un hombre muy insignificante, pero quizás la carta podía implicar algo peligroso, él mencionaba una visita, ‘... para tratar este complicado asunto en persona’ *¿Acaso esto tendrá algo que ver con Clarissa? Posiblemente no, pero no estaría mal estar prevenidos.*

En el cuarto de la Srta. Appleby encontró seis, seis elegantes vestidos y doce pañuelos de encaje. *Una simple maestra.* Pensó amargamente. *¿Cómo puede merecer estas finuras?*

Ella se vio interrumpida en su requisa del cajón de los pañuelos, por una exclamación proveniente de la puerta. La Srta. Appleby estaba allí parada, bastante enrojecida, mirando fijo a la Sra. Thorne, atónita.

‘Ah, Srta. Appleby, ¿es esta *su* habitación?’ dijo Cornelia dulcemente.

‘Pues, sí. ¿Puedo ayudarla en algo Sra. Thorne?’

Su tono sorprendido hizo que Cornelia se sonrojara muy levemente, pero le respondió con voz aún más suave, ‘Me sorprende. Hubiera pensado que este era el armario de la difunta vizcondesa, contiene tantos tesoros...’ Ella sostuvo uno de los pañuelos de encaje, era delicado como una tela de araña, y elevó una ceja cuestionándola.

‘A esos me los ha legado la querida Sra. Thorne...’ Dijo Appleby a modo de disculpa. ‘Creo que pertenecieron a su madre, la antigua vizcondesa...’ Estaba muy nerviosa, y su voz se entrecortaba.

‘¿De verdad?’ dijo Cornelia. ‘Mi querida madre no me ha dejado nada tan fino a mí...’

La Srta. Appleby se veía miserable. ‘Quizás quisiera tomarlos... como un recuerdo...’

‘Oh no, en absoluto querida.’ Dijo soltando el pañuelo. ‘Y dígame, ¿le regaló mi suegra todos sus lindos vestidos?’ preguntó con esa sonrisita suya.

‘Pues, no. La adorable Srta. Thorne ha modificado algunos vestidos de su madre, espero que no piense que me he aprovechado de su generosidad...’ dijo la Srta. Appleby hundiendo su cabeza en sus manos.

Cornelia dio unos pasos al frente rápidamente, y tomó las manos de Appleby en las suyas. ‘Mi querida señora, ¡claro que no! No tengo duda de que usted quiere serle de gran ayuda a mi hermana - pero ahora yo ya estoy aquí. Si su comportamiento ha sido *descuidado* al aceptar regalos que Clarissa simplemente no puede costear, yo la absuelvo de toda culpa esta vez. Sé cuan insistentes puedes ser los jóvenes. Sin embargo, realmente no estaría bien, ¿o sí? Y permanecer en esta casa mientras no es realmente de ayuda para Clarissa... bueno, la dejaré a usted pensar en eso. Ya está...’ Y palmeando una vez más las manos de la triste Srta. Appleby, salió de su habitación, y entró en la de Clarissa a continuación.

Estaba llena de furia mientras exploraba los armarios y estantes de la habitación más magnífica que había visto en su vida. El fuego que Becky había encendido en la mañana, sólo digno de su señora, aún chisporroteaba en el hogar, y esos cepillos y peines de plata... las botellas de perfume en el elegante tocador francés... Cada vestido era como recibir una bofetada para ella. Muselinas más finas que las que ella misma poseía. El hecho de que al menos cuatro de ellos eran regalos de Oriana y Juliana, ella por supuesto, no lo sabía ni era de su incumbencia. Pero estos vestidos representaban la manera en la que Clarissa había sido catapultada por encima de ella en estatus

y riqueza, la manera en la que había logrado su independencia de su hermano, quien ciertamente no la hubiera dejado malgastar su dinero en estas finezas.

Con un tumulto de celos ella continuó por la siguiente habitación, la cual resultó ser de Oriana. El absoluto lujo y la cantidad de prendas y accesorios que Oriana poseía le hizo incrementar la amargura que sentía en su estómago. ¿Cómo era esto posible? La única vez que ella había visto a Oriana, había sido en esa patética escuelita, trabajando, y ahora ella se mostraba en las más finas ropas, que hasta superaban el vestuario de Juliana, la joven más adinerada que Cornelia conocía. Ella se agachó para examinar más de cerca un chal de seda, que probablemente costaba cerca de unas treinta libras o más, y entonces oyó la puerta abrirse. Se puso de pie y giró lentamente hacia la puerta, aparentando dominar perfectamente la situación. ‘Me temo que me he perdido en los corredores, es una casa tan grande. Pensé que esta era la habitación de mi querida y dulce hermana Clarissa, pero me temo que me he equivocado.’ Dijo Cornelia riendo falsamente, ‘lo siento tanto.’

Oriana inclinó la cabeza, enmascarando su bronca ante la intrusión bajo una mirada muy fija que comenzó a incomodar levemente a Cornelia. Ella bajó la vista y notó que aún estaba sosteniendo el chal, ‘Qué precioso tesoro es este, no tengo idea cuánto pueda costar una cosa tan bella.’

Oriana posó su mirada en el aburrido chal de Cornelia, retorció sus labios y dijo, ‘Entiendo, ¿Cómo podría saberlo?’ Cornelia se sonrojó por el insulto.

‘En todo caso, debe costar más del salario anual de una maestra,’ respondió desafiante.

Oriana alzó apenas los párpados, ‘¿Quiere tomarlo prestado?’ le preguntó fríamente, ‘creo que tengo otros dos o tres que podrían ir mejor con su vestido.’

Cornelia estaba furiosa. ‘¿Me estás diciendo que mi hermana te ha regalado *cuatro* chales así de finos? No pudo haber gastado tal suma...’

‘Sra. Thorne, no le estoy diciendo absolutamente nada a usted, ya que no logro encontrar una sola razón por la que esto sea de su incumbencia. Será mejor que se apresure a vestirse, señora. El almuerzo estará servido muy pronto.’ Y concluyendo así, sostuvo la puerta abierta para que saliera la mujer vencida.

La furia de Cornelia necesitaba un alivio, y lo encontró al ver la puerta entreabierta de la habitación de la Srta. Appleby, ella se asomó y vio a la dama sollozando en uno de los pañuelos que tanta envidia le habían

provocado.

‘Mi querida, no se angustie así,’ la persuadió Cornelia, entrando una vez más en la habitación. ‘Será mejor que le escriba a su hermano - Farnham, ¿no es así? Para advertirle de su llegada.’

La Srta. Appleby enjugó sus lágrimas nerviosamente. ‘Sí, sí claro. Eso es justamente lo debería hacer. Gr... gracias Sra. Thorne.’

Cornelia bajó las escaleras airosa, con una renovada satisfacción.

La Srta. Appleby se dispuso a escribir a sus parientes, pero en cambio se encontró escribiendo una nota de despedida para Sir Montague. Ella sentía que sería tan poco educado irse del condado sin informarle cuánto lamentaría no volver a verlo. Una vez concluida esta misiva, por alguna extraña razón, se sentía totalmente desanimada, y por tanto, completamente incapaz de escribir la temida carta a Farnham. Resolviendo que sería mejor escribirla luego, ella descendió las escaleras y dejó su nota en la mesita del recibidor, para que Sullivan se encargara de ella, llevando el sobre hacia sus labios con gran sentimiento antes de dejarla allí.

*Ya fue suficiente.* Se dijo enérgicamente, pestañando rápido antes de voltearse a mirar a Waity, que algo le estaba diciendo.

‘Querida,’ le dijo en tono conspirador, ‘debemos ir al invernadero de inmediato. Algunos de los ex soldados que el Sr. Elfoy ha reunido se ocuparán del trabajo por hacer, y nosotras debemos organizarlos. ¿Estás bien? Te ves algo pálida.’

‘Muy bien querida. Oh sí, esos pobres hombres. No pueden conseguir empleo debido a sus heridas, me lo dijo el Sr. Elfoy, y están muy complacidos de poder trabajar en la hacienda a cambio de una casita donde vivir con sus familias. Iré contigo en seguida.’

‘Pero en silencio. No queremos que esa espantosa mujer sepa lo que estamos haciendo. Ha estado en todas partes hoy.’

‘Sí, así es,’ dijo la Srta. Appleby, pero tan suavemente que su amiga no la oyó.

## Capítulo 17

### El baile

El comportamiento de la Srta. Appleby estuvo algo tenso por el resto de su ocupado día; Clarissa la encontró secándose las lágrimas en el cuarto de almacenaje, y Juliana y Oriana estaban preocupadas por sus temblorosas manos cuando la acompañaron en el pequeño cuarto escuela, para ayudarla a remendar la montaña de sábanas y toallas. Sullivan, en su excelencia, había sugerido que encendieran el fuego en ese cuarto, de manera que las damas pudieran “tener algo de privacidad, si así lo deseaban.” Claro que así lo desearon.

Oriana se dispuso a criticar la conducta poco educada de la cuñada de Clarissa, y Juliana, aunque en términos menos estridentes, no pudo evitar estar de acuerdo, ella no podía aceptar la manera en que la Sra. Thorne quería tomar el control de todo.

‘Ella no es muy apreciada en Sowersby, ¿saben? Trata a sus inferiores de manera tan descuidada. Las amorosas Srtas. Monkton la invitaron a tomar el té el año pasado - ya saben, sándwiches de manteca, mantelería antigua que habían heredado de su abuela - y luego oí que ella se comportó terriblemente. Las Srtas. Monkton cancelaron sus acostumbrados ‘té en casa’ por dos semanas, sólo reanudaron cuando mi madre les rogó que la invitaran a sus cálidas reuniones.’

‘¡Qué espantoso!’ dijo Oriana, ‘sólo quiere sentirse mejor haciendo sentir terriblemente a todo el mundo, sin importar cuánto respeto merecen los demás.’

‘¿Realmente piensas eso querida?’ dijo la Srta. Appleby esperanzada, ‘Quizás sólo está pensando en lo que es mejor, para Clarissa. Después de todo ella es su familia.’ Añadió con tristeza, y se pinchó el dedo una vez más.

Mientras tanto, el sirviente de Sir Montague encontró al Sr. Elfoy y le pidió que fuera a ver a su señor. Las noticias que él le dio, bastante trastornado y enojado, Elfoy fue a transmitir de inmediato a la casa adjunta. Él entró por la puerta francesa de la sala, con gran confianza y comodidad.

‘Esa desdichada mujer-’ exclamó dirigiéndose hacia Grandiston, que estaba parado junto al fuego.

‘Ah, Elfoy,’ dijo el conde suavemente, ‘¿Acaso mi ama de llaves te largó los perros otra vez? Aquí me encuentras felizmente acompañado,’ él señaló al Sr. y la Sra. Thorne, y a Clarissa, que estaban en las sillas de respaldo alto, de espaldas a la puerta.

El rostro del Sr. Elfoy era como de piedra, pero una sola mirada a Clarissa casi lo desequilibra. Ella estaba llena de brillo. Grandiston lo miró alzando una ceja, pero él saludó educadamente y dijo lo que era correcto decir.

‘Creo,’ dijo Cornelia con tono regio, ‘que es hora de que nos vayamos, amor.’ Ella entonces se volvió hacia Grandiston y sonriendo tontamente dijo, ‘Debe decirle a Lord Staines que estaremos encantados de asistir al baile, aunque no sé si las demás damas podrán o no asistir también.’

‘Ah, creo que asistirán,’ dijo Grandiston lentamente, ‘Confío en que todas asistan, de otra manera recordaré que el Sr. Booth y yo teníamos otro compromiso ese día.’

Cornelia hizo una pausa. ‘Aaaah, usted,’ dijo eventualmente, ‘claro, si así lo quiere, haré mi mejor esfuerzo por convencerlas. Pero no es a lo que están acostumbradas en absoluto, siendo maestras, sabe. Me atrevo a decir que estarían abrumadas,’ añadió ella mirando de lado para ver cómo tomaba él este argumento.

Grandiston sonrió, tomó su mano y la besó, ‘Pero algo me dice que lo que la Sra. Thorne quiere, lo consigue. Le confío a usted el convencerlas.’

Ella rió y ladeó su cabeza, no estando muy segura si había visto u oído frialdad en el conde, pero ciertamente no quería tentar su suerte. Ella precedió el camino hacia la puerta, pero en respuesta a la expectante mirada del Sr. Elfoy, Clarissa regresó rápidamente, bajo el pretexto de haber olvidado un guante en la sala.

‘¿Puede traer a las damas aquí sin ser vistas?’ dijo él con urgencia, tomando sus manos fuertemente. Grandiston contempló la escena afectuosamente. *Ay, ay... estos dos se ponen en evidencia tan fácilmente...*

‘¿A todas?’ susurró Clarissa, riendo.

‘A tantas como pueda - y pronto.’

Cornelia iba diciéndole a John, ‘Un baile. Ay John, jamás pensé que encontraría tanta diversión al venir a esta casa. ¿Y no crees que Grandiston le presta bastante atención y distinción a Clarissa? Podría convertirse en

Condesa en menos de un año.’

John la miró complacido, ‘Sí, pero mi querida, ¿no deberíamos volver a casa con los niños pronto? Deberíamos arreglar la venta de la propiedad tan pronto como sea posible.’

‘Sí, claro. Arregla lo de la venta con Staines, pero ponle fecha a para dentro de uno o dos meses, no podemos perdernos una oportunidad como esta. Cuando Clarissa se case con Grandiston, quién sabe todo lo que podamos ganar nosotros.’

Ella pensó nuevamente en la esperanza que tenía. ‘¿No habría un pago por ella?’

John se sonrojó. ‘No lo creo, después de todo yo no soy su padre.’

‘Sí, pero eres su pariente más cercano. Ay John ahí sí que estaríamos hechos.’

Clarissa los alcanzó y la conversación giró en torno al baile, y mientras ella respondía distraída, pensaba cómo haría para reunir a cuatro mujeres y escabullirse todas hacia la casa adjunta. Varias soluciones se le ocurrían, incluyendo la idea de hacer que la Srta. Micklethwaite saliera colgando de una soga por una ventana, pero en seguida canceló esa entre risitas.

Tendrían que usar el pequeño landó, dar la vuelta por la parte trasera de la casa, y tomar el camino a través de los árboles, por donde venían los mercantes. Ella suponía que en algún punto ese camino se conectaría con la casa adjunta.

Así fue que las damas estuvieron allí apenas media hora más tarde.

El Sr. Elfoy apartó a la Srta. Appleby por un momento y le habló tranquilo, y discretamente. ‘Sir Montague me ha informado de su decisión de irse.’

La Srta. Appleby lo tomó del brazo haciéndole un gesto para que hiciera silencio. ‘Le ruego que hable más bajo señor, no quisiera que Clarissa lo supiera, por nada del mundo... Sabe, la Sra. Thorne me ha hecho ver que marcharme es lo correcto, pero mi niña no lo reconocería así si se lo dijera.’ Sus pequeños ojos parecían rogarle desesperados y él sintió una necesidad imperiosa de maldecir a esos dos desdichados Thorne. Esta temblorosa damita podría ser su madre, y él se condenaría a sí mismo antes de permitir que esa venenosa mujer la lastimara a ella como lo había hecho con la Srta. Appleby.

‘Le juro por mi honor que no diré nada,’ dijo Elfoy sabiendo que podría contar Montague si necesitaba que Clarissa lo supiera, ‘pero debo pedirle un

favor, mi querida dama. No debe irse sino hasta después del baile. La Srta. Thorne la necesita tanto. ¿Le ha escrito ya a su hermano? ¿Podrá posponer su partida?’

El deseo de la Srta. Appleby de posponer por siempre todo este asunto luchaba con su sentido del deber. ‘Realmente debo irme Sr. Elfoy. La Sra. Thorne tiene razón.’ Sus palabras se volvieron más temblorosas. ‘Es tan amable de su parte...’

‘En efecto madame, no estoy siendo amable,’ dijo él, tomando fuertemente sus débiles manos en las suyas, ‘No sé si la Srta. Thorne será capaz de convivir con la esposa de su hermano sin tenerla a usted para darle fuerzas y apoyarla. De hecho, eso me ha dicho ella.’ Su cálida voz la calmó y ella lo miró a los ojos.

‘¿Realmente lo cree?’ dijo esperanzada, ‘la Sra. Thorne es una mujer bastante difícil, pero estoy segura de que Clarissa tiene suficiente carácter como para lidiar con ella. Aunque quizás me necesite para arreglarle el vestido de fiesta... y queda tanto por hacer aún con la ropa blanca... Quizás demore la carta a mi hermano por un pequeño tiempo más.’ Ella le sonrió débilmente, y él la llevó de nuevo junto a los demás, donde todas estaban bajo el hechizo de las conspiraciones de Grandiston.

Los resultados de esta reunión no se vieron sino hasta una semana después. En la noche del baile.

La cantidad de velas que Lady Staines hizo colocar para iluminar el salón de baile fue digna de la más distinguida anfitriona de todo Londres. Puede que su hijo se haya quejado del extenso gasto que hizo falta para llevar a cabo un simple baile campestre, pero la noticia que su madre había recibido desde Londres, sobre la suma exacta a la que ascendía la fortuna de la Srta. Petersham, lo ayudó a relajarse un poco. El pensar en que esa belleza que lo había hechizado hasta el punto de no considerar su patrimonio como un detalle importante, viniera también con tal cuna y tal fortuna... lo dejaba sin habla.

Él se había visto obligado a invitar a algunos de sus rivales en la lucha por la mano de su amada, pero desde la extraña desaparición del duque francés, él se sentía confiado de ocupar el primer lugar de la lista de admiradores. Él estaba además tan satisfecho consigo mismo que no tenía duda alguna sobre su eventual victoria. Su madre, que esta noche iba vestida en un fuerte tono rosa y púrpura, no estaba tan confiada, pero estaba decidida a hacer su mejor esfuerzo para conseguir este partido para su querido

muchacho.

Oriana lucía magníficamente esta noche. Su vestido de fiesta era de una simple seda blanca, bordado con mariposas plateadas que reflejaban la luz de las velas cuando ella se movía. En su cuello llevaba un colgante de perla en forma de gota, su cabello estaba recogido con cintas blancas de satín. Cada uno de los caballeros presentes la miraba descaradamente, mientras que hasta la dama más gentil sentía al menos una pizca de envidia.

Clarissa, parada detrás de ella, contemplaba las reacciones sonriendo entretenida cuando encontró un par de ojos mirando a los suyos. El Sr. Elfoy, resplandeciente en su simple traje de noche, con chaleco blanco de satín, parecía haber contemplado el espectro muy brevemente, prefiriendo favorecer a su compañera. Ella se sonrojó. *Creo que yo también luzco bastante despampanante hoy, pensó, aunque sería mejor no pararme junto a Oriana si pretendo que alguien lo note.* Su cabello estaba reunido en un moño flojo que dejaba escapar algunos rizos, que caían por detrás de su cuello y rozaban su vestido de crepe azul claro como un cielo de luna llena, de un corte osado en el escote, abriéndose al frente sobre la camisola blanca satinada que llevaba debajo. Cintas azules del mismo tono que el vestido adornaban sus rizos, y ella lucía, a los ojos del Sr. Elfoy, simplemente perfecta. Evidentemente de acuerdo con él, Sir Piers se acercó para llevarla a la zona de baile donde ya todos comenzaban a tomar su sitio. Ya que él no había solicitado la mano de la Srta. Petersham para bailar aún, Elfoy sabía que esto tenía una fatal implicancia. Así es que no tenía mejor opción que romper, accidentalmente, el corazón de una de las hijas del vicario mientras alzaba las expectativas de su hermana invitándola a bailar, evitando masculinamente seguir a Clarissa con la vista, fijó su mirada al frente, perdiéndose la enamorada expresión que su compañera de baile le estaba dirigiendo.

La Srta. Micklethwaite, vestida en el traje más simple que podía existir, en seda negra, se preguntaba si Grandiston habría considerado *esa* situación en su majestuoso plan. Ella miró hacia donde él estaba, en su lánguida postura, oyendo a uno de los cisnes londinenses mientras contemplaban a las parejas que se alistaban para el baile. Inesperadamente, él la miró luego de haber estado mirando a Elfoy, y lo que ella vio en su mirada le permitió liberar un suspiro. *Ese sí que es un hombre, pensó. Alguien en quien se puede confiar,* aunque ella nunca antes se había descansado en un hombre. Ella miró entonces a Oriana, que era guiada hacia la hilera de bailarines del brazo

de Lord Staines, exhibiendo en su rostro tanto ánimo como un cadáver. Espero que Grandiston haya contemplado sus propios asuntos también, pensó Augusta.

Más tarde llegó un grupo de rezagados, dos de ellos no habían sido invitados, pero Grandiston susurró algo al oído de Lady Staines, y entonces ella se acercó confiadamente a los recién llegados. ‘Sr. Booth, y Sr. y Sra. Sowersby, ¿No es así? Sean bienvenidos, qué adorable que hayan podido venir luego de tan largo viaje.’

El Sr. Sowersby, con un traje simple pero de excelente sastrería, se inclinó gentilmente sobre la mano extendida de su anfitriona, ‘Perdone la intrusión, Lady Staines, pero mi esposa está ansiosa por ver a nuestra hija de nuevo después de las semanas en las que ha estado de visita aquí.’

Lady Staines miró del joven Booth -que con su mirada exploraba el salón en busca de la Srta. Sowersby- a la Sra. Sowersby y dijo, ‘Ah... un romance.’

La Sra. Sowersby sonrió. ‘Lo ha adivinado. Hemos visitado a la familia del Sr. Booth camino a aquí, pero no anunciaremos eso aún. Ah, allí está mi dulce niña, ¿pero con quién está bailando?’

‘Ah, es Sir Piers Loxley,’ dijo su señoría con el cálido sentimiento de tener a los invitados más importantes en un baile campestre como nadie había ofrecido antes.

Booth había encontrado a Juliana también, y acompañó a sus padres hasta la zona de baile. Cuando ella los vio pegó un pequeño grito y en seguida se disculpó con su pareja. A él le causó gracia, y muy amablemente la acompañó hacia ellos abandonando la línea de baile.

‘¿Está todo bien madre?’ preguntó Juliana preocupada.

‘Todo está bien querida mía. Sólo hay un problema con el tiempo - el Sr. Booth desea casarse contigo antes de Navidad, pero yo estoy decidida a no dejarte ir por al menos todo un año más.’

Ellos se dirigieron a una antesala, Juliana no se animaba a mirar siquiera a su amado por miedo a morir de felicidad. Pero pronto el Sr. Booth tomó su mano, y ella lo miró a los ojos con tal brillo en los suyos, que el Sr. Sowersby no pudo más que reconocer, ‘Querida, creo que será mejor que sea antes de Navidad.’

Juliana sonrió, pero entonces se notó pensativa, ‘Ah, pero tengo mucho que hacer hoy aquí, querido Sr. Booth - y usted también.’

Su madre frunció el ceño, pero Juliana añadió, ‘Es un complot que ha

organizado Lord Grandiston, madre, he jurado mantenerlo en secreto.’ Concluyó mirando a su madre con expresión traviesa.

La Sra. Sowersby hubiera deseado que ella hubiera tenido una buena relación con el conde en Londres, pero ya no podía hacer nada por ello. Ese majestuoso personaje podía ser aún de gran valor social para la joven pareja, y ella no se interpondría en cualquier maquinación suya.

‘¿Qué significa eso?’ preguntó el Sr. Sowersby, que era más moralista.

‘Oh, padre, es sólo una trama para refrenar a la Sra. Thorne...’ le susurró Juliana a su padre al oído.

‘Ah...’ dijo su correcto padre, recordando varias ocasiones en las que sólo por su educación había logrado contenerse de desairar a esa dama, ‘Si eso es todo...’ Y él acompañó a los jóvenes de regreso hacia el salón, silbando alegremente.

La Sra. Thorne, notó la presencia de los Sowersby de inmediato. Y sintió que se desinflaba instantáneamente de la postura de gran dama que había estado adoptando durante toda esta velada para con los invitados. En Sowersby ella era una simple dama de menor importancia. Ella respiró hondo y se llenó de fuerza: la herencia de su querida cuñada había cambiado su posición. Ashcroft era dos veces más grande que la mansión Sowersby, y ella era familiar de la dueña de esta gran casa. En efecto, la otra noche habían estado discutiendo con John si no deberían mudarse todos a Ashcroft, ya que a ella le encantaba la idea de imponerse ante todos los pueblerinos y las otras casas de manera permanente. Pero John le había explicado que esta hacienda jamás se recuperaría, que ella tendría que vivir sin muchas comodidades que ahora sí tenía, y que la imprudencia de Clarissa de seguro había empeorado la situación, así es que ella tuvo que olvidar su idea. Pero por esta noche, estaba dispuesta a brillar. Así fue que se acercó a los Sowersby con aire de gran dama, ‘Sr. y Sra. Sowersby - qué encantador verlos a los dos aquí - Juliana no me dijo que los esperaba.’

La Sra. Sowersby entrecerró los ojos al oír su tono familiar y ver su conducta, y tocó apenas la mano que Cornelia le había extendido. ‘¿Y por qué habría de decírselo a usted?’

Clarissa, que venía de la pista de baile, oyó esto y casi se ahoga de la risa. ‘Mis queridos Sr. y Sra. Sowersby - qué encantador verlos.’

El Sr. Sowersby había quedado prendado de Clarissa desde que se había hecho amiga de su tímida hija, y ahora tomó sus manos cálidamente. ‘Ah, mi bella niña, a ver, vamos a echarte un vistazo.’ Él sonrió, ‘Luces tan

establecida, tan crecida. Te aseguro que de no ser por esos pícaros ojos no te hubiera reconocido.’

Clarissa le guiñó un ojo. ‘¿Le gusta mi bello vestido nuevo?’ Cornelia gimió al oír su atrevimiento, pero el Sr. Sowersby rió.

‘¡Muy bello! De última moda,’ dijo con tono de aprobación.

‘Me alegra tanto señor, ya que usted pagó por él,’ le dijo ella traviesamente.

La Sra. Sowersby rió, ‘Ah, pero si es el vestido azul que a Juliana no le sentaba bien. ¡No lo había reconocido! Te queda tan bien a ti ese color.’

‘Descarada.’ Dijo el Sr. Sowersby sonriente, pellizcando la mejilla de Clarissa.

Ella se volvió hacia Charles, ‘¿Y bien Sr. Booth? Confío en que fue un viaje próspero el suyo.’ Pero ella sólo bromeaba. Su sonrisa y su familiaridad con los padres de Juliana lo decían todo. Él le guiñó un ojo.

La Sra. Thorne quiso atraer atención hacia sí misma nuevamente. ‘Deben quedarse con nosotros, por supuesto, mientras permanezcan en el condado.’

El Sr. Sowersby se inclinó majestuosamente. ‘La Srta. Thorne ya nos ha hecho llegar su invitación por medio del Sr. Booth, pero nuestro equipaje está en la casa adjunta.’

‘Ah,’ dijo Cornelia, disparándole una desagradable mirada a Clarissa, ‘entonces ya conocen ustedes al Sr. Booth.’

‘Es el futuro esposo de mi hija.’ Dijo Sowersby como al pasar. Y haciendo nuevamente una inclinación, alejó a su grupo de la Sra. Thorne, dirigiéndose todos al salón comedor.

‘Podría comerme un caballo,’ iba diciendo el Honorable Charles, con la mano de Juliana asegurada en su brazo.

Ellos fueron interceptados por Sir Rodney Pierce, cuya persecución tras Oriana lo había llevado a conocer a la gentil Srta. Sowersby, que también era una heredera. ‘Este es mi baile con usted, Srta. Sowersby,’ exigió suavemente.

‘Quítate Fudge,’ dijo Booth, llamándolo como lo hacían en el colegio. ‘Estoy llevando a mi prometida a comer algo,’ finalizó orgulloso. Sir Rodney le estrechó la mano, y también algunos que estaban por ahí cerca y lo habían oído. Juliana se sonrojó tímidamente y agradeció las felicitaciones susurrando, Clarissa la rescató.

‘Hemos quedado para el conservatorio a las once, no me fallen.’ Susurró

Clarissa.

Booth elevó una ceja mirando a su enamorada, que en respuesta apretó su mano en su brazo y le dijo suavemente, ‘te lo diré luego.’ Juliana se preguntaba qué era lo que la hacía sentir tan valiente cuando Charles estaba a su lado. Él la miró sonriente, encantado con su mirada traviesa.

Faltando cinco minutos para las once, su plan había sido puesto en marcha. El conde había bailado dos veces con Clarissa y la había escoltado a cenar - concediéndole así una distinción casi nunca vista. Él reía y le hacía bromas, y en un increíble momento, Clarissa exclamó, ‘¡Ay no, mi chal! Creo que lo olvidé en el salón de baile.’ Y se volvió hacia su escolta con los ojos grandes. A lo que el conde respondió, ‘Permítame Srta. Thorne,’ y fue rápidamente en busca de la prenda olvidada.

Tanto la Srta. Micklethwaite como la Srta. Appleby, habían sido cuestionadas por todas las damas presentes, pero ellas nada habían dicho, permaneciendo misteriosamente silenciosas respecto al tema. ¿Acaso había sucumbido el Conde de Grandiston - que había sido perseguido por años por toda mujer en edad casadera de Londres - ante la heredera de Ashcroft? Todos en el salón de baile susurraban preguntándose si ese sería el caso. Cornelia escuchó muchas de estas conversaciones y John había sido cuestionado directamente por Sir Piers.

‘Oh por Dios, John, todos hablan de ello. Todos creen que ya le ha propuesto matrimonio.’

‘Naturalmente, de haber sido así, él me lo habría informado -’ dijo John.

‘Pues sí mi amor, pero sus atenciones, son demasiado notorias.’

‘Si tan sólo Clarissa no fuera a rechazarlo.’

‘¿Rechazarlo? ¿A Grandiston? Ni siquiera Clarissa sería tan obstinada, tan ingrata...’ protestó Cornelia.

‘Yo no veo más que esa burla común en ella. La estúpida educación que le dio su madre ha conseguido que ella no le dé la más mínima importancia al rango,’ dijo John preocupado. ‘Lo mandó a buscar su chal, por Dios santo, ¡a Grandiston!’

‘Lo sé, *¡pero él fue a buscarlo!* Sus modales parecen encantarlo. Ay John – ¡imagínate visitar Grandiston Park!’

Con estas colosales ideas, el Sr. Thorne, que rara vez bailaba, llevó a su esposa al salón de baile.

## Capítulo 18

### La conspiración

Faltando cinco minutos para las once, Charles se acercó a Thorne, que estaba viendo cómo su esposa bailaba animada con un militar.

‘¿Me acompañas Thorne?’ le dijo en voz baja.

El Sr. Thorne lo miró asombrado.

‘Tú conoces bien a los Sowersby, ¿no es así? Bueno, quisiera pedirte un consejo.’

John asintió torpemente, y siguió a Booth lentamente por el pasillo hacia el conservatorio. Ya casi llegaban a la puerta, Charles iba charlando sueltamente.

‘Supongo que a esta altura ya sabes que me he comprometido con la Srta. Sowersby. Bien, esperaba que pudieras ayudarme con el viejo Sowersby, quiero decir, ¿es él...?’

Un sollozo hizo que Thorne levantara la vista, y Clarissa salió apresurada pasando a su lado desde el fondo del conservatorio, cubriendo su rostro con un pañuelo. Él se volteó atónito y vio que Juliana la abrazaba y la guiaba hacia la sala contigua antes de que los presentes en el salón de baile pudieran verla en ese estado.

Thorne miró nuevamente hacia el conservatorio y una figura salía de allí: Grandiston. Su deseo de increpar a un hombre por apartar a su hermana de esa manera se vio retardado por la magnificencia del conde, y estuvo bien así, ya que la Srta. Micklethwaite, la mejor chaperona de la historia, salió desde atrás de una palmera en una gran maceta e hizo una reverencia al conde, quien inclinó la cabeza.

Cuando esa dama se unió a la Srta. Appleby, que parecía haber estado rondando por ahí también -¿Acaso estaba todo el mundo en el conservatorio? - él la oyó decir, ‘Él se va a largar de aquí, estoy segura.’

La Srta. Appleby gimió y cacareó, y las dos se alejaron.

Grandiston le estaba hablando a él. ‘Tu hermana me acaba de decir que debe marcharse del condado pronto. Es... una pena-’ Su rostro estaba

inusualmente serio. Lo que quiero decir es que Booth y yo estamos tan cómodos en la casa adjunta de Ashcroft.’

Él inclinó su cabeza hacia Thorne y se alejó tomando del hombro a Booth, en dirección al salón de baile, y diciéndole con su antiguo tono tranquilo, ‘He oído que debo felicitarte mi muchacho. Vayamos a buscar algo de champagne.’

La esperanza de obtener toda esa incomparable ventaja social que sentía el Sr. Thorne se hizo añicos. Él se apresuró a ir a junto a su esposa y le dijo al oído lo sucedido, interrumpiendo eventualmente para sonreír tranquilamente a los demás invitados.

Cornelia encontró a Juliana calmando a su cuñada en una pequeña ante sala.

Ella entró alterada, pero reprimiendo su bronca, y le dijo a Clarissa. ‘Tu hermano me lo ha dicho todo. ¿Debo entender que has rechazado a Lord Grandiston, Clarissa?’

Clarissa pegó un alarido y se refugió en el hombro de Juliana sollozando. Juliana hizo una expresión de dolor, y le dijo a Cornelia, ‘Está equivocada Sra. Thorne, su hermana aún no ha recibido ninguna proposición de su señoría.’

Los sollozos de Clarissa se intensificaron.

‘Díganme ahora mismo qué ha sucedido.’

‘Nada ha sucedido,’ respondió Juliana enojada, ‘Claro que todos esperábamos que—cuando su señoría se diera cuenta... pero será mejor que no hablemos de esas cosas en este momento.’

‘Sí, bueno. Cuide de ella y haga que deje de llorar.’ Ella salió de la sala echando humo.

‘Clarissa, me quedará un moretón,’ le dijo Juliana.

‘Tenía que esconder mi rostro, no puedo soltar una sola lágrima falsa más.’ Dijo riendo. ‘¿Crees que esto realmente funcione?’

‘Si la Sra. Thorne no está temblando ahora mismo ante la idea de perder al pez más gordo que haya tenido cerca en la vida, entonces no conozco a tu cuñada en absoluto.’

‘Qué suerte que tenemos de que Grandiston tuviera una mente tan diabólica.’

Las dos damas rieron y se dirigieron en busca de unas cartas con las que pudieran entretenerse por el cuarto de hora que les quedaba hasta que pudieran volver al salón de baile.

Mientras tanto, Oriana se preparaba para su actuación. Con gran facilidad, Grandiston la había quitado de entre el montón de caballeros londinenses -además de Lord Staines - y la llevó a bailar con él en la cara del Sr. Thorne.

Él reía y bromeaba con ella como lo había hecho con Clarissa, dejando ver algunos toques de galantería, como besar su mano de una manera íntima. Cuando Cornelia se reunió con su esposo, los dos contemplaron esta pequeña demostración, a la que Oriana respondía con femeninas tácticas, como batir las pestañas y ladear su cabeza. Thorne miró a su esposa desesperado. Cornelia vio cómo el rostro de Grandiston se congelaba en medio de sus galanterías, mirando más atrás de donde estaba ella. Cornelia volteó a mirar. Clarissa había regresado al salón.

Cornelia sacudió entonces la manga del saco de su esposo. ‘Mira John, no está todo perdido.’ Le susurró.

El Sr. Thorne bajó el tono, ‘Mira cómo continúa disfrutando con la Srta. Petersham. Yo tengo un gran respeto por mi hermana, pero nadie podría decir que ella sea más encantadora que su amiga.’

‘Y sin embargo, mira cómo se ha transformado al ver a Clarissa. Lo que sea que haya sucedido, no todo está perdido.’

John miró dudoso a Grandiston, que ahora reía demasiado fuerte junto a Oriana. ‘No lo sé...’

‘Pues yo sí lo sé. Está siendo demasiado forzado. Debemos averiguar exactamente lo que sucedió en el conservatorio.’

‘La Srta. Micklethwaite...’

‘No me lo diría... fijate si Booth sabe qué le ocurre a su amigo.’

‘Eso será algo difícil, mi querida...’

‘John.’ El tono de Cornelia cambió.

‘Estoy yendo querida.’

El Sr. Elfoy estaba parado junto a una columna con la presa cuando Thorne se acercó. ‘¡Ahí viene!’ le dijo en voz baja a Booth.

El correctísimo Honorable Charles, de espaldas a Thorne, dijo en tono de secreto, ‘Grandiston es un idiota.’

El Sr. Elfoy se acercó para oír la confidencia, y Thorne se quedó oculto detrás de la columna, esperando poder oír lo que no sería nada respetuoso preguntar.

‘¿Qué sucedió con la Srta. Thorne esta noche? Pensé que él tenía mucho interés en este asunto.’

‘Y lo tiene. Todos lo hemos notado. Pero tampoco es su tipo, eso me hizo pensar que finalmente...’

‘Todos lo pensamos...’

‘Pero el problema, Elfoy, es que Grandiston ha sido muy perseguido estos los últimos años, debe ir muy despacio - él tiene que estar seguro de que el apego de ella sea genuino. Y ahora la Srta. Thorne le dice que debe irse con su hermano en una o dos semanas...’

‘Bueno, pero aún podría verla, ¿no es así?’

‘Claro. Pero no lo comprendes. Él no está del todo seguro de sí mismo aún -aunque todos lo veamos claro como el agua- y si él fuera tras a una jovencita por el campo, el mundo entero pensaría...’

‘Entiendo.’

‘Era algo libertino en su época, Grandiston. Pero nunca le daría tanta importancia a una joven intencionalmente. Y además su orgullo... tampoco está seguro de lo que ella sienta por él.’ Hubo una pausa. ‘Juliana y yo esperábamos que con esto de quedarnos en la casa adjunta, las cosas pudieran tomar su rumbo natural y madurar durante el verano.’

‘Pero ahora se está entreteniendo con la Srta. Petersham...’ Acotó Elfoy sutilmente.

‘Exacto. Es una pena, realmente. Yo creo que la Srta. Thorne es la joven perfecta para él.’

Los dos confidentes fueron en busca del conde, para ir los tres a jugar unas partidas a la sala de cartas.

John Thorne, repleto de información, regresó junto a su ansiosa esposa.

## Capítulo 19

### El resultado

Al día siguiente en el desayuno, Cornelia estaba de muy buen ánimo. ‘Qué gran noche hemos tenido mi querida Clarissa, ¿no es así?’ Dijo Cornelia tomando su chocolate caliente, y las damas desconfiaron de su tono meloso y de esa dulce sonrisa que acompañaba sus palabras. ‘Sólo en tu compromiso, mi querida Juliana, podemos deleitarnos. Y hay mucho más para contar como notable. Todos los caballeros de Londres bailaron con nosotras. Les aseguro que me sentí como si hubiera regresado a mi entretenida juventud. Y el Sr. Elfoy estaba tan apuesto anoche, ¿no lo crees así hermana querida?’ En este punto, ella levantó la vista y miró muy de cerca a Clarissa. ‘Todo el salón estaba hablando de cómo invitó a Annabel Challoner a bailar tres veces con él. Una distinción muy marcada.’ Clarissa se contuvo de reaccionar - la había puesto muy tensa verlo llevar a Annabel de su brazo dos veces, la tercera vez debió ser cuando ella estaba en el conservatorio.

‘¿Tres...?’ susurró Clarissa, pero la Srta. Micklethwaite interrumpió, ‘¡Mermelada!’ dijo. Las dos la miraron. ‘Por favor, pásame la mermelada, Sra. Thorne.’ Cornelia le alcanzó la mermelada sin gracia alguna, volviendo a su presa para verla reaccionar. Ella sospechaba que Clarissa tenía con su agente una relación más íntima de lo que era decente o estaba permitido siquiera. Grandiston ciertamente lo haría a un lado de un simple codazo, pero sí que había algo extraño aquí, y no se podía negar que el agente era indecentemente apuesto.

Clarissa se había dominado a sí misma ahora, y sólo dijo, ‘Eso dará de qué hablar,’ y entonces bostezó de la manera en que cualquier dama podía hacerlo luego una larga noche en un baile.

‘Al final creo que nos quedaremos aquí por el verano, mi querida hermana. Mientras que John está seguro de vender la propiedad, estaría bien también disfrutar de las alegres reuniones que haya en un futuro cercano.’

Parecía ser que el plan del conde había funcionado. Las damas suspiraron simultáneamente.

Clarissa con ganas de hacer unas fechorías dijo, ‘Qué lástima que ya le di a Lord Grandiston... es decir, al Sr. Booth, la noticia de que tendríamos que interrumpir el contrato. Tengo entendido que el conde planeaba...’ su voz se entrecortó con un leve sollozo ahogado, ‘-marcharse hoy mismo.’

Cornelia salió disparada a enviar a su esposo, -que aún no se había levantado de la cama- directo a la casa adjunta antes de que sus ocupantes desayunaran siquiera, para impedir tal acción por parte del conde.

‘Eso,’ dijo Juliana con expresión de profunda admiración, ‘fue perverso. No sabía que eras tan talentosa para la actuación.’

‘Me temo que todas hemos sido algo desvergonzadas anoche,’ dijo la Srta. Appleby mientras mordía un bizcocho desinteresadamente.

‘Lo que es vergonzoso es que necesitáramos un hombre para poner en marcha lo que hicimos.’ La Srta. Micklethwaite miró a las damas presentes. Juliana se sonrojó intensamente, pero las demás se esforzaban por esconder su miseria. La Srta. Micklethwaite pensaba en las dos más jóvenes. Oriana había subido al carruaje de la mano de Grandiston y había continuado en su rol con una sonrisa coqueta. El conde besó su mano prolongadamente, y el Sr. Thorne la reprendió todo el camino de regreso por moverse demasiado rápido. Eso, por supuesto, había sido parte del plan, pero la mayor de las compañeras notó cómo el ánimo de Oriana decaía al recordar que todo era sólo eso, un plan.

Clarissa había subido asistida por la mano del Sr. Elfoy, pero él sólo sostuvo su mano el tiempo suficiente para que ella subiera, y su conducta era inusualmente fría y formal. Él culpaba un poco a Clarissa por esta treta, pensaba que todo esto podía volverse real, y se daba cuenta de lo desesperante de su posición. Clarissa sólo notó su frialdad, y eso le congeló el alma. Waity no podía encontrar culpa. No había manera de salvar este problema. Sería una pareja demasiado despareja.

A todo esto, la Srta. Micklethwaite lo entendía fácilmente, pero no lograba adivinar por qué Louisa estaba tan miserablemente desanimada.

Sullivan se acercó a Clarissa, que aún estaba sentada a la mesa desayunando, y ella se puso de pie de inmediato. ‘¿Puedo hablar con usted Srta. Clarissa?’

Clarissa lo miró creyendo saber de qué se trataba, y se dirigía rápidamente hacia la biblioteca, con Sullivan siguiéndola. ‘No es eso, señorita, hay un problema con la Sra. Smith. La Sra. Thorne no quiere devolverle las llaves, y le ha ordenado dirigirse a ella si quiere abrir cualquier

habitación o armario. La Sra. Smith dice que jamás en toda su carrera la han insultado de ese modo, y quiso decirle que ella no recibe órdenes de nadie más que usted, pero he logrado detenerla.’

‘Oh Dios, gracias Sullivan querido. Hasta que encontremos la manera de deshacernos de ella, será mejor no provocar a la Sra. Thorne...’

Clarissa comenzaba a darse cuenta de que en el plan no habían considerado una consecuencia, y ésta era en la extendida presencia de su hermano y su esposa aquí en la casa. Era difícil tener paciencia. Necesitaba despejar su cabeza, a menos que Cornelia tuviera un encuentro con la parte más oscura de ella. Ella se dirigió entonces a la puerta, ‘Pídele a Jed que me traiga a Sultán. Necesito cabalgar antes de volver a encontrarme con mi cuñada.’

‘Sí, señorita.’ Sullivan tosió, ‘Hay una cosa más que quisiera que supiera...’

Pero Clarissa ya estaba en la puerta, ‘Después de mi cabalgata, Sullivan.’ dijo ella en un tono muy similar al de su madre. ‘Y no estaremos para recibir visitas, excepto para los ocupantes de la casa adjunta, claro.’ Y concluyendo así, siguió su camino. Sullivan consideró seguirla, pero decidió en cambio enviar a alguien en busca del Sr. Elfoy, como le había prometido, aunque temía que él iba a llegar demasiado tarde.

La Srta. Appleby había escrito, con gran dificultad, todas sus cartas anoche: una para cada una de sus compañeras y otra más que había dejado en la mesita del hall, para Sir Montague. Ella sentía que después de su gran amabilidad para con ella, debía despedirse de él también, y adjuntó también una receta para una avena revitalizante que había encontrado entre las hojas de un libro en la biblioteca. Esperaba que su cocinera se sintiera inclinada a probarla, quizás la salud de Sir Montague mejoraría. En su última visita, él había recorrido el jardín con ella, y le había regalado una rosa que recogió con sus propias manos. Ella la había conservado entre las hojas de un libro aunque sabía que era tonto hacerlo, sólo había sido un simple gesto caballeroso.

Estaba decidido que un coche pasaría por ella a las once en punto - éste la llevaría hasta la diligencia que a su vez habría de llevarla con su hermano Farnham. Llegaría sin avisar, algo bastante vergonzoso, pero era su culpa, por demorar la carta que debió haberle escrito a su hermano, tal como la Sra. Thorne le hizo ver. No más demoras disfrazadas, le había dicho, realmente sería muy egoísta cargar a Clarissa por un solo día más. El coche la recogería

por la entrada de los sirvientes, así nadie la interceptaría. La Sra. Thorne había pensado en todo.

La Srta. Micklethwaite intentó abrir la puerta de la habitación de su amiga, pero estaba cerrada con llave. Seguramente estaba tomando una siesta luego de la larga noche de anoche. Appleby había bailado con todos los caballeros de Londres y de seguro eso había sido demasiado ejercicio para ella. Le hablaría luego del almuerzo.

Sullivan vio pasar a la Srta. Micklethwaite y pensó en hablar del asunto con ella, pero la discreción era la máxima más importante para un mayordomo, y una cosa era decirle a su señora de su sospecha, pero distinto sería diseminar más todavía los asuntos de otra dama. El Sr. Elfoy sabía ya algo de lo que estaba sucediendo aquí, por eso se permitió enviar a alguien a avisarle, pero Sullivan no tenía derecho a hacer más que esto. Pero así y todo sacudió su cabeza negativamente. El coche ya venía en camino.

La cabalgata de Clarissa resultó ser más extensa de lo que le tomaba su paseo habitual. Necesitó de más ejercicio para lograr aclarar la mente. Caminando desde el establo hacia la casa, ella sentía que la victoria que habían conseguido anoche estaba algo vacía. Los Thorne tenían el pie metido en todo, de un modo en el que podían dar vuelta la hacienda con un solo movimiento si así lo querían, incluyendo a sus ocupantes y a los trabajadores. Appleby estaba distante esta mañana cuando ella fue a su habitación luego del desayuno; Juliana estaba viviendo dentro de una burbuja de amor, en la que se le dificultaba conmiserarse con los problemas de los demás; y para coronar, Oriana parecía sospechar que ella tenía intenciones serias con Grandiston. Esto de actuar había sido divertido al principio, pero a la fría luz del día estaba claro que deberían mantener la charada por tiempo indeterminado, e incluso manteniéndola, ¿cómo acabaría todo esto? John se enteraría del engaño de Grandiston y se la llevaría a vivir con él. No podría soportarlo.

Ella se acercaba ya a la entrada de la casa, y vio a un caballero bajando de un carruaje bello pero algo antiguo. Ella se acercó más, pensando que sería el Sr. Sowersby, pero en su lugar se encontró con un caballero vestido modestamente, en negro, con una peluca simple también, sobre su cabeza.

‘¿Sr. Micklethwaite? Qué encantador verlo, señor.’

‘Srta. Thorne, es un placer verla.’ Se inclinó el Sr. Micklethwaite, cuya baja estatura lo hacía verse bastante similar a su hermana.

‘Por favor, entre.’ Le sonrió Clarissa.

‘Lo haré Srta. Thorne, pero permítame antes enviar al cochero a la posada con mi equipaje.’

‘Nada de eso. Se quedará con nosotras esta noche, por supuesto.’

‘Me temo que sería una intrusión.’

‘No, en absoluto. Su hermana tiene organizada la casa y a todos nosotros de manera que es algo muy simple asignarle un lugar. Como verá, habitaciones no nos faltan.’ Dijo Clarissa moviendo su mano señalando la enormidad de la casa.

Los dos subieron las escaleras hasta llegar a la imponente puerta principal, mientras conversaban cómodamente.

‘Su hermana estará tan feliz de verlo.’

Micklethwaite sonrió algo tristemente. ‘No hubiera venido, de no ser por su pedido de información referente al tema legal de su presente situación. Era una respuesta bastante compleja para enviar por escrito, por eso pensé que sería mejor venir personalmente.’

‘Qué amable,’ - pero Clarissa dijo esto con la mente más bien ausente, ya que veía que Elfoy se acercaba por la avenida galopando velozmente, las crines de su caballo se sacudían al viento.

Él llegó, desmontó, le dio las riendas al mozo del Sr. Micklethwaite, quien las tomó entretenido, y subió los escalones de dos en dos.

Mientras tanto, Oriana caminaba por el jardín, decidida a evitar encontrarse a Cornelia, Thorne, o a cualquier visitante que viniera. Era increíble que el plan hubiera funcionado, pero ella también se había dado cuenta de lo precaria que era su posición. Grandiston y Clarissa habían hecho bien su parte anoche, ella casi podía creer que el conde tenía sentimientos por su amiga, y por más que Oriana sabía que Clarissa prefería al Sr. Elfoy, comprendía que esa relación jamás sería aprobada por John Thorne. Faltaban siete años para que Clarissa tuviera la mayoría de edad, y era inútil pensar que la actuación de anoche serviría para algo más que demorar lo inevitable. A Grandiston realmente le agradaba Clarissa, y a ella le había prestado sólo la atención necesaria hasta la demostración de anoche. Tal vez esto que tenía con su amiga prosperaría, y ella no debía interponerse.

Pero cuando bailaron, fue como en los viejos tiempos. Sólo que no, en realidad había sido mejor. Ya que en aquellos días de ceguera, Oriana no sabía cuánto amaba y admiraba a ese bromista amigo de su padre. Ella sabía que era apuesto, divertido y algo molesto, pero no sabía entonces que no había hombre en el mundo que lo igualara - ninguno de sus admiradores se

había acercado siquiera al arrebató que la presencia de él incitaba en ella.

Ella se caminó hacia la parte trasera de la casa para evitar ser detectada, y ahora se encontraba frente a varios trabajadores que bajaban lajas y rocas desde el techo en sacos de tela, y las colocaban en un carro que estaba allí esperando la carga. La mayoría de ellos vestía algún vestigio del uniforme militar, algunos, pantalones de la armada, otros, chaquetas de la milicia rasgadas por el uso. Ella permaneció allí por uno o dos minutos y los observaba, notando a uno de ellos, que teniendo una herida en su mano necesitaba la ayuda de otro, cojo de una pierna, que le cargaba la bolsa de rocas en su espalda para que pudiera llevarla. A Oriana, que estaba parada junto a un árbol para no interrumpirlos, se le llenaron los ojos de lágrimas. Estos eran valientes soldados que se habían enfrentado al ejército de Napoleón, y aún continuaban batallando, cargando su abatimiento. Oriana sintió vergüenza - *¿Qué problemas tengo yo, que sean siquiera remotamente comparables con los de estos hombres? Quizás termine viviendo nuevamente con Fitzroy, pero nada de eso importa al lado de este ejemplo.* Pensó miserablemente.

Ella oyó el sonido de un caballo proveniente desde el camino a la casa adjunta. Grandiston ya había desmontado antes de que ella pudiera evitarlo.

‘Qué bueno encontrarte, ¿qué tal ha resultado nuestro plan?’ dijo él notando su desánimo.

‘¿No fue el Sr. Thorne a visitarlos para convencerlo?’

‘¿Antes del desayuno? No lo recibí. Dejó un mensaje pidiendo que lo visitara cuando me levantara. Vine tan pronto como mi corbata estuvo a gusto de mi valet, es un poco quisquilloso, ¿sabes?’ Oriana sonrió débilmente. ‘El joven enamorado y sus futuros suegros vinieron antes de la hora permitida. ¿Qué quiere Thorne conmigo?’

Con una voz desinteresada Oriana le dijo, ‘La Sra. Thorne ha caído. Todas nos quedaremos aquí por este verano.’

‘¡Ahá!’ Dijo el conde con gran satisfacción.

Oriana fijó sus asombrosos ojos verdes en él – no fríamente, sino más bien con la mirada bastante tormentosa. ‘Sí, eso está muy bien, pero ella y Thorne se quedarán también. Eso acaba con toda nuestra paz.’

A ella le agradó ver que Grandiston perdía algo de confianza. ‘Pero de seguro debe regresar con sus niños.’

Oriana sólo lo miró con los ojos entrecerrados.

‘Ya veo. Es una madre muy afectuosa.’ Aún sosteniendo las riendas de

su caballo, Grandiston se sentó en un tronco, y ofreció su abrigo para que Oriana se sentara a su lado. Ella se sentó sin considerarlo, estaba molesta, y eso la devolvía al antiguo estado de su relación con él. ‘Pues, tendremos que encontrar la manera de deshacernos de ella,’ dijo decididamente.

‘Y bien, ¿cómo lo conseguiremos? Supongo que podrías pedir la mano de Clarissa.’ Respondió con voz desinteresada, ‘y eso tal vez haga que se sienta libre de irse a casa a informarlo a todos sus conocidos. Ella querrá ver sus rostros cuando todos sepan la noticia.’

‘Sí. Debería. ¿Y planearíamos también la boda?’

Oriana se puso tensa, ‘Parece que te agrada lo suficiente. Y ya te estás volviendo viejo, Grandiston. Clarissa sería una magnífica esposa para ti.’

‘Sí, lo sería.’ Dijo él. Por un segundo, Oriana volvió sus tormentosos ojos hacia él, y entonces retomó su tensa postura, presionando sus manos juntas. ‘Pero me temo que estaría muerto esta misma semana si lo hiciera,’ continuó Grandiston con tono meditativo. ‘Efoy y yo hemos ido a cazar el otro día. Tiene un disparo limpio y una puntería afinadísima. Y Además...’ La barrera que intentaba levantar Oriana se debilitó al oír que su voz se volvía más risueña, pero no se atrevió a voltearse a mirarlo hasta que él dijo, ‘tu padre quería que me case... contigo.’ Grandiston la miraba fijamente y con los ojos brillantes; su riguroso rostro estaba reavivado con una agradable risa y una calidez que hizo temblar a Oriana.

‘¿Y eres tan obediente de la voluntad de mi padre?’ le preguntó ella, temblando, y llenándose más de tensión también.

Los fuertes brazos de Grandiston la rodearon furtivamente, y él giró los hombros de Oriana para que lo mirara de frente. ‘No, mi adorada, pero cuando estuve lejos no logré olvidar a mi gallito de pelea. Nunca pude dejar de pensar en ti, Oriana.’ Su rostro estaba muy serio ahora, él se acercó impulsivamente y la besó. Ella se sorprendió a sí misma respondiendo a su beso con repentino candor. Por tan sólo diez segundos ellos estuvieron atrapados el uno con el otro, y el ardor de él la asustó un poco. Ella se apartó y casi sin darse cuenta, le estampó en la mejilla una fuerte bofetada. Él quedó tambaleando, se puso de pie y la tomó nuevamente en sus brazos.

‘¡Eres toda una revoltosa! ¿Por qué fue eso?’

‘¿Cómo pudiste creer que hubiera sido capaz de aceptar ese condenado compromiso?’

‘Sólo lo creí por un momento. Asumí que había sido uno de tus impulsivos trucos para escapar de tu hermano, y que te habrías arrepentido

antes de que fuera demasiado tarde.’ Esto no era del todo cierto, pero Grandiston no le diría de las dudas que lo habían asaltado por ese corto tiempo. Tan pronto como volvió a pasar tiempo con ella, se dio cuenta que ni siquiera por su juventud, hubiera disminuido su orgullo lo suficiente como para soportar comprometerse con un hombre así, y él reconoció que Petersham era el culpable aquí, por lo cual, seguramente, lo haría pagar.

‘No, mi impulsivo truco fue responder al pedido que vi en un periódico, buscaban una maestra para la Academia para señoritas de la Sra. Thorne.’ Ella suspiró y se relajó apoyando la cabeza en su hombro. ‘Ay Grandiston, te amo desesperadamente.’

‘Pues no estés tan afligida por eso.’ Él la besó de nuevo.

‘Es que tú querrás dominarme tal como Fitzroy lo hubiera hecho, y no lo soportaría.’

Grandiston se pasó la mano por la mejilla, donde ella lo había golpeado. ‘Temería demasiado hacer cualquier cosa por el estilo. Temblaré cada vez que vea tus ojos tornarse de ese fascinante color, y recurriré al truco de John Thorne, de responder a cada uno de tus pedidos con un simple -*Claro, mi amor*-’

Él había colocado la mano de Oriana en su brazo, y la guiaba de vuelta hacia el camino, teniendo muy presente que un paseo por el bosquecito no era precisamente lo más apropiado para la reputación de su querida dama. Ellos tenían ya una manera propia de caminar juntos, y Oriana lo miró tímidamente, algo muy inusual en ella, ‘¿Entonces estamos comprometidos?’ Le preguntó sonrojándose - esa no era una pregunta apropiada para hacerle al caballero.

Grandiston rió. ‘Espero que sí. Tengo tu regalo de compromiso en casa. Lo compré en *Biddulph* antes de venir a Hertfordshire.’

Oriana reconoció el nombre de ese gran joyero de Londres. ‘¿Pensabas proponérmelo desde antes de legar?’ Ella se detuvo, sus ojos se volvieron como un mar agitado nuevamente.

Grandiston rió fuertemente. ‘Hubiera pensado que te complacería saber de mi constancia, corazoncito.’

Ella se apartó de él. ‘No me llames corazoncito, Grandiston. Cuando pienso en cómo me has torturado con tu juego de entre apasionado y distante todo este tiempo...’

Él la abrazó de nuevo y ella se resistió débilmente. ‘Quería estar tan seguro de tus sentimientos como estaba de los míos, mi querida, mi *adorada*

*Oriana.* Y debo admitir, que cuando vi cómo congelabas a todos los demás con esa frialdad tuya, tuve miedo. Ellos se iban de aquí muy heridos.’

Ella lo golpeó suavemente con su puño, pero se sentía demasiado feliz como para resistirse a su risa. ‘Ay mi amor...’ Ahora ya estaban a la vista desde la casa, así es que Grandiston le negó el beso que ella se había acercado para recibir, y acomodó su mano en su brazo nuevamente, mientras un gran coche venía levantando polvo por la avenida, pasando velozmente a su lado.

‘¿Qué diablos?’

‘¿De quién es ese coche?’

Ellos aceleraron el paso y se apresuraron en llegar hasta la casa.

En la distancia, otro vehículo iba lentamente, era el coche con el poni del cura, y en el camino lo rebasaron tres caballeros que cabalgaban también hacia la casa grande.

Oriana se dio la vuelta, y viendo a los tres jinetes dijo, ‘Ay no, Grandiston. ¿Dónde puedo esconderme?’

Él la sostuvo del codo. ‘Ah no, no puedes esconderte. Recuerda a Clarissa. Tengo la sospecha de que esta farsa acabará muy pronto.’

Oriana suspiró. ‘Clarissa, cierto. Pero no me mires Hugo, o creo que no seré capaz de ocultar mi felicidad.’ Ellos subieron las escalinatas y entraron en el recibidor, encontrando una inusual cantidad de gente reunida allí.

## Capítulo 20

### El desenlace

Clarissa había entrado en el gran recibidor con su huésped y su visitante. Elfoy dijo, ‘Debo hablar con usted.’

‘Claro - en un momento. Sr. Micklethwaite, él es mi administrador, el Sr. Elfoy.’ Los caballeros inclinaron su cabeza recíprocamente. ‘Sullivan, ¿puedes decirle a la Srta. Micklethwaite que ha llegado su hermano?’

Sullivan asintió, pero le dijo en voz baja, ‘Creo que el Sr. Elfoy ha venido por un asunto urgente.’

La campana de la puerta sonó y Clarissa se acercó a Elfoy, luego de mirar al Sr. Micklethwaite con expresión de disculpa, y él hizo un gesto paciente.

‘¿Todavía está aquí?’ Le preguntó Elfoy en voz baja.

‘¿Quién...?’ Dijo Clarissa.

‘¿Sullivan no le ha dicho?’ Continuó el Sr. Elfoy.

‘He estado ausente.’ Dijo ella distraída al ver a Sir Montague Holmes entrar tambaleando del brazo de un ayudante.

‘¿Se ha ido?’ Preguntó el baronet tosiendo.

‘Aún no lo sabemos.’

Clarissa comenzaba a sospechar. ‘¿Appleby? Ay no... Sullivan...’

‘La Srta. Appleby se marchó en un coche que vino del pueblo hace una media hora. Intenté decirle antes de su cabalgata que el coche estaba en camino.’ Dijo Sullivan discretamente.

Una fuerte voz proveniente de las escaleras de la cocina los interrumpió. ‘Clarissa, debo insistir en que prescindas del servicio de esta mujer. Ha sido extremadamente insolente. Jamás había...’ Recién entonces se pudo ver a Cornelia, detrás de ella venían la Sra. Smith, Becky, y dos de las muchachas del pueblo que trabajaban en la cocina. El cortejo se detuvo cuando Cornelia se detuvo. Desconcertada de ver a los visitantes, ella tomó aire para saludar. La Sra. Smith vio su oportunidad y la tomó, pasando junto a Cornelia se dirigió hacia su señora.

Si ella hubiera estado libre en ese momento, Clarissa hubiera notado que la Sra. Smith, tan tensa y erecta de indignación como Cornelia, lucía más saludable y fuerte que nunca. El odio le había aportado color a sus mejillas y brillo a sus ojos. ‘Espero que usted sepa, Srta. Clarissa, que en toda mi carrera no he sido insolente para con mis superiores ni una sola vez. Yo sólo le informé a la Sra. Thorne, que no entregaría las llaves del gabinete de la platería a nadie más que a mi señora.’

Clarissa sentía que la cabeza le daba vueltas, sólo pensaba en la querida Appleby. Pero primero debía hacer salir a los sirvientes.

‘Comprendo Sra. Smith, pero no puedo ahora, por favor, resolveremos esto luego.’

‘Sí - láruese de aquí.’ dijo Cornelia recuperándose.

‘¿Qué es toda esta conmoción?’ Charles, Juliana, y los Sowersby salieron del salón comedor al mismo tiempo que Grandiston abría la puerta y entraba junto a Oriana. Clarissa fue hacia ella. ‘Appleby se ha ido.’

Oriana se acercó también y tomó sus temblorosas manos. ‘Pero - ¿Cómo? ¿Por qué?’

Sir Montague se agarró del brazo de Grandiston. ‘Ella me envió una carta. Pensé que la alcanzaría...’

El conde acercó una silla. ‘Cálmese señor, siéntese.’

‘¡Malditas piernas!’ dijo el baronet sentándose. Él miró a Grandiston y dijo, ‘Debí haber sido más claro con ella.’ El otro hombre puso su mano en el hombro del anciano.

Mientras tanto el Sr. Elfoy caminaba ida y vuelta, impaciente e inquieto. ‘Pobre mujer - yo sabía de sus planes, pero la convencí de esperar hasta luego del baile, no imaginé que se marcharía el día después.’

‘¿Por qué no me lo dijo? Ay déjenme pensar... ¿por qué se habrá ido?’

‘Porque...’ se oyó la estentórea voz de la Srta. Micklethwaite que venía bajando la escalera apretando una nota en su mano, ‘la Sra. Thorne le dijo que se marchara.’

John Thorne, que atraído también por tantas voces, bajaba tras ella, se apresuró a llegar junto a su esposa, y apoyó la mano en su hombro. ‘No tiene derecho a acusar a mi esposa de haber hecho algo así,’ dijo valientemente, mirando de frente a quien tanto había temido en su niñez, ‘No me quedaré parado mirando cómo...’

Lord Grandiston interrumpió. ‘Sullivan, ¿quién ordenó que viniera el carruaje a llevar a la Srta. Appleby a tomar la diligencia?’

Sullivan, que había estado mandando a un muchachito de la cocina a ser de utilidad y entrar el equipaje del Sr. Micklethwaite por la puerta de atrás y llevarlo a arriba, dijo sin pasión alguna en su voz, ‘La Sra. Thorne, su señoría.’

La Sra. Thorne sintió que todos la miraban, mientras su esposo decía, ‘Pero la Srta. Appleby...’

Las mejillas de Cornelia estaban profundamente rojas, pero ella se dirigió a su esposo. ‘Habíamos quedado en que estas amigas pobres no podrían depender de nuestra querida hermana por siempre.’

John se veía genuinamente sorprendido. ‘Pues, sí. Pero ella se habría marchado cuando Clarissa viniera a casa con nosotros - no antes y sola.’

Su esposa giró para hablar a los demás. ‘No tengo nada que reprocharle a mi conciencia. La Srta. Appleby vio que estaría mal quedarse más tiempo aquí, siendo una carga para la querida Clarissa, y sin ayudar en nada.’

El Sr. Elfoy no pudo soportar más. ‘Si usted tuviera una remota idea de lo que la Srta. Appleby ha hecho por Ashcroft; lo que *todas* las damas han hecho. Su organización de los invernaderos ayudará a proveer alimentos para esta casa y para muchas otras también. Ella ha ayudado a la Srta. Thorne a cuidar de los enfermos en la hacienda, a organizar la casa, ha arreglado toda la ropa blanca, entrenado a los sirvientes, y ha cuidado de las reglas más finas de la etiqueta para tratar adecuadamente con tantas personas. Y más que todo eso, ha ayudado a la mejor propietaria que ha tenido esta hacienda desde hacía mucho tiempo a acostumbrarse a su nueva vida como la señora de esta mansión, y a todo eso, lo ha hecho simplemente porque le nacía de su afectuoso corazón.’

Clarissa se llevó una mano al pecho, el cual desbordaba de orgullo. Ahí estaba el Sr. Elfoy, haciéndole frente a Cornelia desde el otro lado del recibidor, con sus rizos cayendo sobre un lado de su frente.

‘¡Eso le enseñará!’ dijo Charles a su grupo en un susurro. La Sra. Thorne hizo una mueca incómoda.

Clarissa dio un paso al frente y tomó las manos del Sr. Elfoy apasionadamente. ‘¿Podría ir hasta la diligencia? - ¿cree que podemos alcanzarla aún?’

Elfoy presionó sus manos y la miró a los ojos más apasionadamente aún y dijo, ‘Sólo me retrasé para ver si ella estaba aquí todavía...’

‘Eso es muchacho, ve tras ella.’ Dijo Lord Montague animándolo desde su silla.

En ese momento, la voz cargada de ira de Thorne resonó. ‘¡Clarissa! ¿Cómo te atreves?’

La pareja se separó al instante. La campana de la puerta sonó.

‘Sullivan, no estamos para nadie.’

Notando que para poder decir que no estaban, todos hubieran tenido que salir del recibidor, Sullivan abrió sólo un poco la puerta y dijo con íntegra solemnidad, ‘Las señoritas no se encuentran en casa.’ Los caballeros dejaron sus tarjetas, pero Clarissa oyó que la voz de Sir Piers sonaba algo apagada.

‘Tal vez venimos demasiado temprano. Volveremos más tarde.’

‘Como desee señor.’

Los caballeros se retiraron, y todos los que estaban en el recibidor respiraron al unísono. Antes de que pudieran retomar la conversación, la campana sonó otra vez y Sullivan atendió abriendo un poco nuevamente, y entonces abrió más. Entró la madre del Sr. Elfoy, sosteniendo a la perturbada Srta. Appleby, que parecía estar teniendo una gran conmoción.

Clarissa corrió y abrazó a su amiga, ‘¡Querida Appleby!’ El resto de las damas estaban ya tras ella y la Srta. Appleby quedó oculta en el abrazo de su grupo.

La Sra. Elfoy se acercó a su hijo, sonriendo. ‘El encargado de la posada me mandó llamar, ya que la Srta. Appleby estaba muy alterada. Aparentemente había estado llorando desde que subió al coche, y cuando llegó a la posada estaba tan nerviosa que el conductor de la diligencia no quiso venderle un boleto. Pensé que lo mejor sería traerla de regreso a casa.’

Sir Montague se puso de pie con dificultad, ‘Mi querida dama,’ dijo acercándose a la Srta. Appleby, mientras con su pañuelo secaba sus ojos, ‘mi querida dama.’ Repitió.

Con voz calma, la Sra. Sowersby, que aún observaba junto a su familia desde la puerta del salón azul, dijo, ‘Ahora que ha aparecido la Srta. Appleby, ¿no sería mejor que fuéramos a un lugar más cómodo para continuar?’

Pero Cornelia dio un paso al frente ubicándose en el medio del recibidor, mientras que Sir Montague ayudaba a la Srta. Appleby, quien sonreía entre sollozos, a tomar asiento. Grandiston, con la sigilosa ayuda de Sullivan, ya había colocado otra silla a su lado, en la cual el baronet se sentó de muy buena gana. Oriana le sonrió al conde y fue a su lado sin pensarlo. La furiosa mirada de Cornelia dedujo todo.

‘Luego de esa patética demostración, para mí es obvio de quién es tu corazón, Clarissa.’ Clarissa se volvió hacia ella, mirando antes brevemente

hacia Elfoy, pero él le había dado la espalda para evitar quedar en evidencia. Ella se mantuvo firme y miró a su cuñada a los ojos, pero no logró decir nada.

John Thorne acudió junto a su esposa. ‘No lo comprendo. ¿Acaso no te atraía Lord Grandiston?’

Grandiston colocó la mano de Oriana en su brazo. ‘Me temo que no importaría si así fuera, porque yo me casaré con la Srta. Petersham.’

‘¡Oh Dios, qué maravilla!’ ‘¡Felicitaciones!’ ‘¡Ahá! ¡Qué guardado te lo tenías!’ Exclamaron Clarissa, la Srta. Micklethwaite y el Sr. Booth simultáneamente.

La Srta. Appleby había dejado de llorar. ‘Ah, ¿lo ha oído señor? Oriana será una Condesa.’

Sir Montague besó la delicada mano que había estado acariciando. ‘No antes de que yo la convierta en Lady, querida mía. Estos jovencitos tienen tiempo, pueden esperar.’

Sólo la Srta. Micklethwaite, que estaba parada a su lado, oyó al anciano hacer su suave proposición. Y apretando brevemente el hombro de Louisa, los dejó y se acercó a su hermano, que estaba al otro lado del recibidor.

La Srta. Appleby notó que no podía hablar. En lugar de eso, ella suspiró tan intensamente, que en ese suspiro se liberó de todas sus antiguas decepciones, y tomando la mano de Sir Montague, la llevó hacia su mejilla, y descansó su cabeza en ella a modo de respuesta.

Cornelia estaba fuera de sí, llena de ira. ‘Creo que todo esto ha sido un enredo inventado por ti y esos parásitos que tienes por amigas...’

‘¡Madame!’ protestó el Sr. Micklethwaite, ofendido en nombre de su hermana.

‘... sólo querían conseguir quedarse en tu gran hacienda hasta que se agote todo el dinero, y *entonces* vendrías rogándole un techo a tu hermano.’ Ella hizo una pausa, pero Clarissa no pronunció ni una palabra. ‘Apuesto a que ya no te queda casi nada de la herencia de tu madre.’

Clarissa se puso pálida. Las damas no sabían lo cerca que estaba de agotar los fondos que tenía de su madre. ‘Y para coronar todo esto, deseas casarte con un hombre que no tiene ni dos chelines para mantenerte, y que no será más que otro desventurado detalle en esta historia, destinado a hacerte perder tu riqueza.’

Todos los presentes gimieron al unísono. La ira de Cornelia la había hecho descontrolarse peligrosamente. Ya había insultado a la mitad de los

ocupantes de la casa. ‘Siempre sostuve...’ el Sr. Sowersby le susurró -pero en voz más bien alta- a la Sra. Elfoy mientras la guiaba hacia el salón junto con su familia, ‘que la Sra. Thorne es una persona completamente desagradable.’

Cornelia quedó atónita -y ahora sí- guardó silencio.

‘Lo que mi esposa intenta decir, hermanita -aunque admito que su preocupación por ti la ha llevado a hablar con bastante candor, es que, no podremos considerar una alianza desigual en absoluto. Y que antes de seguir perdiendo tu tiempo en Ashcroft, deberás venir con nosotros a casa, por tu propia protección.’

‘Lo ha dicho. Exactamente las palabras que todos habíamos estado temiendo.’ Le dijo Augusta a su hermano suavemente. La música ha acabado, el baile ha concluido, supongo que tú también has venido a llevarme a casa contigo.’

‘En realidad, no. Hay otro asunto que debo completar,’ le respondió su hermano.

‘Tú hablas de una alianza desigual,’ se oyó la lánguida voz de Grandiston, que se había apoyado casualmente en la barandilla de las imponentes escaleras, ‘pero yo no lo veo así. La familia del Sr. Elfoy es tan ancestral como la de la Srta. Thorne. El único impedimento sería, claro, el dinero.’

Clarissa se quejó. ‘¿Podrían por favor dejar de hablar de una alianza? El Sr. Elfoy no me ha invitado ni siquiera a bailar, mucho menos pedirme matrimonio.’

Booth palmeó a Elfoy en la espalda. ‘Pero eso es porque es un muchacho de pueblo. Si él fuera el caza fortunas que tú crees, Thorne, hubiera dejado de sólo babearse por Clarissa, y le hubiera propuesto matrimonio hace mucho tiempo.’

Thorne miró con odio a Booth.

‘O aceptado cuando ella se lo propuso a él,’ dijo la Srta. Micklethwaite.

‘¡Clarissa!’ El sobresalto de John casi hace que se le salte un botón de su chaleco.

‘Él no se babea - soy yo la que suspira por él. Nada de esto es su culpa.’

Elfoy, que había estado evitando mirar a Clarissa desde que sus manos en las suyas lo habían desbalanceado, ahora se volvió hacia ella, y la miró a los ojos. ‘Sí que me babeo. A menudo.’ Su voz era risueña y ella le sonrió. ‘No sabía si me correspondía. Me pareció que disfrutaba mucho de la compañía de su señoría.’ Su voz ahora era suave, íntima.

‘¿Grandiston? Es lo suficientemente viejo como para ser mi...’

‘Tío,’ interrumpió Grandiston lentamente. ‘Hablábamos del dinero... hubo una época, Thorne, en que esta hacienda era realmente muy rica. Y tal vez en unos tres o cuatro años pueda serlo otra vez. Habrá más cultivos, más cómodas casitas para los trabajadores, y eso conducirá a más rentas. Hará falta mucho trabajo, creatividad, pasión y destreza. La Srta. Thorne puede aportar las primeras tres, pero hará falta que Elfoy aporte la última.’ John Thorne lo miró con una expresión obstinada. ‘¿Realmente piensas que sería mejor tener a Clarissa en tu casa?’ El tono de Grandiston volvió a ser amistoso como antes, ‘...un hogar feliz es comodidad de por vida y creo que no me equivoco al decir que tu hermana y tu esposa estarían atacándose constantemente. ¿Realmente quieres vivir rodeado de discusiones?’ Él se acercó y con una mano levantó la barbilla de Cornelia. ‘y usted, Sra. Thorne. Piense en las fiestas sobre las que podría contarle a sus amigas. Apuesto a que muy pocos de sus conocidos pueden alardear de una hermana con una casa de este tamaño a la cual visitar. Sin olvidar a los demás huéspedes que podría encontrar y conocer aquí. Y la próxima vez que vaya a Londres, de seguro la invitarán a todas las reuniones y bailes.’

John Thorne dio un paso al frente decididamente. ‘Tiene usted un argumento consistente milord. Pero yo sigo siendo el tutor de Clarissa. Y luego de ver la manera en que mi hermana nos ha engañado, no puedo confiar en su juicio, o en su habilidad para sacar adelante esta próspera hacienda de la que usted habla. Mi hermana necesita una guía moral, no importa el sacrificio que deba hacer en la paz de mi hogar.’

‘John,’ protestó Cornelia, ya que la descripción de Grandiston había formado una agradable imagen en su cabeza.

‘No querida, soy su tutor y lo prohíbo.’ Dijo John con firmeza.

Hubo un silencio de muerte. Clarissa encontró la mano de Elfoy y la apretó fuertemente entre los pliegues de su vestido. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El Sr. Micklethwaite aclaró su voz para hablar. ‘Me temo que no es así...’ dijo como disculpándose.

‘¿Perdón? ¿Qué es lo que dice?’

‘Pues, es que el Sr. Tipperton - el abogado de la familia Thorne - tenía el derecho, como albacea de la propiedad de la Sra. Thorne, de nombrar al tutor de la Srta. Thorne. Naturalmente, siendo su hermano mayor, él creyó que debía ser usted, Sr. Thorne, y tengo entendido que él le escribió luego del

fallecimiento de su madrastra, preguntándole cuándo iría su hermana a vivir bajo su techo.’

John comenzaba a retorcerse. ‘Ella era feliz en la academia por entonces, y mi esposa no se encontraba bien...’

‘Sí, claro. Y según me ha contado mi hermana, no fue sino hasta que ella heredó Ashcroft, un año entero después de eso, que usted la invitó a vivir en su casa.’

John se veía desconfiado, incapaz de mirar a cualquiera de todos los que lo estaban mirando ahora fijamente. ‘La academia ya no funcionaba como antes, no es tan simple como usted lo sugiere.’

‘Pues, cualquiera haya sido el caso, para poder entregarle a la Srta. Thorne la herencia de su madre, el Sr. Tipperton debió nombrar otro tutor - y se nombró a sí mismo. Fue más necesario aún cuando falleció el joven Vizconde. El Sr. Tipperton está bastante grande ya, y ha nombrado a otro abogado como tutor...’ él volvió a aclarar su voz, ‘-a mí.’

Un gemido de asombro, y el Sr. Micklethwaite, avergonzado de haber llamado tanto la atención, retrocedió un paso.

‘Eso que quiere decir,’ declaró el Honorable Charles Booth disgustado, ‘que todas nuestras estratagemas cuidadosamente calculadas para prevalecer ante el tutor de Clarissa, sin olvidar la charada de anoche, ¿todo ha sido inútil? ¿Todo lo que debíamos hacer era acudir al hermano de Waity?’

‘En cuanto a eso, señor, fue sólo recientemente que el Sr. Tipperton me ha nombrado, luego de recibir mis consultas sobre las dudas de mi hermana. Verán, él estaba buscando a alguien de confianza, en quien él pudiera descansar, y cuando yo le expliqué la relación de mi hermana con la Srta. Thorne... pero en todo caso, sí, simplemente podrían haberse dirigido al Sr. Tipperton.’

‘No comprendo nada de esto. ¿Cómo es que yo no sabía que el Sr. Tipperton era mi tutor?’ Preguntó Clarissa desconcertada.

La suave voz de la Srta. Appleby se oyó entonces desde detrás de Clarissa, ‘Me temo que eso pudo haber sido mi culpa, mi niña.’

‘¿Por qué querida?’ le preguntó Clarissa dándose vuelta.

‘Pues, es que llegaron muchos papeles luego del fallecimiento de tu madre. Augusta lidió con la mayoría de ellos, pero una carta llegó un día mientras tú y ella estaban fuera de la casa dando un paseo, yo la puse detrás del reloj para dársela luego, lo olvidé, y ahí quedó la carta por meses. Cuando estábamos empacando para venir aquí, lo encontré nuevamente y la puse en

mi valija, pensaba dártela al llegar. Pero una vez que estuvimos aquí, entre una cosa y otra, con tantas ocupaciones... lo siento tanto, querida.'

'¿Quieres decir que yo tuve que soportar todas esas horribles visitas sociales, y hasta sonreírle a Lord Staines una vez *por nada*? Qué siniestro.' Dijo la Srta. Petersham severamente.

Clarissa rió. 'Lo hiciste por amistad, Oriana. Ay, ¿será que se puede tener mejores amigos de los que yo tengo? Waity, Appleby y Oriana, mis tres grandes tesoros - Juliana... y además nuestros nuevos amigos: Grandiston, Sr. Booth, querido Sir Montague. Y Sr. Elfoy, usted se mantuvo firme ante todos y a través de todos los problemas para ayudarme. ¿Cómo podré agradeceréselo?' Ella se volteó hacia él con su ímpetu característico, y tomó sus manos nuevamente.

Elfoy la miró a los ojos, profundamente. '¿Casándose conmigo?'

Clarissa resplandeció, y por una vez, se había quedado sin palabras. La Sra. Elfoy se sostuvo tan fuerte del brazo del Sr. Sowersby, que éste gimió levemente. Elfoy se volvió hacia el Sr. Micklethwaite, 'Si usted lo permite, señor.'

'Dada la majestuosa sumatoria que ha presentado Lord Grandiston, parece ser una conclusión muy sensata.'

El Sr. Elfoy se quedó tieso, contemplando libremente los ojos de su amada, Grandiston suspiró y miró orgulloso a Oriana, la felicidad que había visto en ella ahora se había duplicado por la felicidad que sentía por su amiga. Sir Montague aún acariciaba la mano de Louisa y le susurraba alegre y suavemente. El resto de los presentes estaban en sus variados estados de shock, de manera que recayó en la Sra. Sowersby la responsabilidad de dar fluidez a las cosas.

'Sr. Elfoy, quizás sería bueno que acompañara a Clarissa a dar un paseo por el jardín.'

'Como diga, madame.' Respondió Tristram entusiasmado.

'Y no le hable de su falta de dinero. Charles y Hugo me dicen que usted vale diez mil libras al año en esta propiedad.'

'No lo haré madame.' Elfoy sonrió felizmente y se dirigió hacia el jardín junto a Clarissa.

'Dejaremos que los otros enamorados se manejen solos, pero sugiero que los demás salgamos de esta brisa y pasemos al salón. Eso los incluye a ustedes también, Charles y Juliana. Han estado comprometidos por un día entero, ya no necesitan charlas privadas.' Concluyó sonriente. Entonces se

dirigió al mayordomo. ‘Sullivan, ¿no es así? ¿Cree que podemos tener algo de té? Ha sido una mañana demasiado excitante.’

Sullivan asintió magníficamente y se puso en marcha. Una vez que estuvo fuera de la vista de los demás, se permitió sonreír ampliamente. Su pequeña Srta. Clarissa estaba a salvo al fin. Pero la hacienda y los jardines necesitaban mucho trabajo todavía. Una vez que los hombres acabaran con las casitas, los pondría a hacer algo más. Ashcroft volvería a ser lo que un día fue.

La Sra. Sowersby animó a la Sra. Elfoy, al Sr y la Srta. Micklethwaite y a su familia a dirigirse hacia el salón adelantándose del resto. Y se volvió hacia los Thorne, que estaban tiesos como estatuas, avergonzados al pie de la gran escalera. ‘Querida Sra. Thorne, ha sido una importante mañana. Supongo que usted, tal como yo, debe estar ansiando tomar una taza de té.’ Cornelia dudó, pero al ver sólo amabilidad en el rostro de su vecina más solemne, dio un tentativo paso al frente. ‘Su hermana se casará. Estoy segura de que una vez que reflexionen verán que esto es lo correcto,’ continuó diciendo la Sra. Sowersby mientras la llevaba lentamente hacia el salón. ‘Estimo que la boda de la Srta. Appleby será aquí, y pronto.’ La Sra. Thorne se quedó helada por un momento. ‘Pero nosotros también tenemos bodas que organizar, querida.’ Lentamente llegando a las puertas del salón, ella se dio media vuelta y miró a Grandiston, que aún estaba de pie junto a la Srta. Petersham con su brazo enlazado en el de él. ‘¿Qué dice, milord?’ le dijo la Sra. Sowersby, ‘¿organizamos una triple boda? Me atrevo a decir que jamás se ha visto algo así.’

‘Le cedo toda conspiración a usted, Sra. Sowersby,’ dijo Grandiston en su tono suave, ‘La Srta. Petersham y yo nos casaremos con licencia especial - *de inmediato*.’

‘Pero Grandiston...’ Protestó Oriana.

‘¿Acaso *quieres* que tu hermano esté presente en tu boda?’

‘Será *de inmediato* Hugo.’ Respondió Oriana, estremeciéndose de sólo pensarlo. ‘Pero si crees que puedes dominarme...’

Él salió de la casa con ella del brazo, y miró alrededor en busca de un camino apartado para pasear.

Esa noche, la mesa estaba completamente vestida y la cocinera se había superado a sí misma, preparando excelentes platos -con la ayuda de tres muchachas más del pueblo.

‘Pues está decidido.’ Dijo Clarissa. ‘La Srta. Micklethwaite permanecerá

aquí con nosotros. Lo siento mucho Sr. Micklethwaite.’

El hermano de Augusta tosió modestamente, y su hermana dijo a secas, ‘Creo que podrá sobrevivir. Aunque puede que el Sr. Elfoy no.’

Elfoy sonrió. ‘Traté de hacer entrar en razón a Clarissa y arrepentirse...’

Waity lo raspó con su tenedor. ‘Al menos tendré a su madre para hacerme compañía.’ Ella y la Sra. Elfoy se miraron sonriendo.

‘Y la Srta. Appleby seguirá con nosotros hasta más avanzada la primavera, cuando se convierta en Lady Holmes y sea demasiado importante como para perder su tiempo con nosotros.’ La Srta. Appleby se sonrojó y Sir Montague rió animadamente. ‘Iremos a Londres, a la casa Ashcroft, antes de que tenga que venderla para solventar los gastos del año próximo.’

‘Yo sugeriría que la alquilaras, querida,’ intervino Sir Montague. ‘Está en una ubicación inigualable. Podría darte un importante ingreso extra.’

‘Qué astuto es, Sir Montague. Mientras esté allí espero recibir muchas visitas tuyas.’ Continuó Clarissa sonriendo feliz. ‘Juliana y yo tendremos una tranquila boda doble...’

‘A eso lo veremos. Mi esposa tiene otros planes,’ dijo el Sr. Sowersby entretenido.

‘Con invitados como el Conde y la Condesa de Grandiston, que nos harán a todos entrañablemente trascendentales.’

Grandiston miró de reojo el colorido chaleco de brocado de Booth, ‘Como continúes vistiéndote así, Charles, no sé si mi presencia pueda realmente ayudarte a ti.’

‘Cállate Grandiston,’ dijo Clarissa. ‘¿O debería decir milord?’ preguntó mirando a Appleby y esperando su indicación.

‘Sí querida.’ Dijo la dama, ‘Pero en todo caso, lo llames como lo llames, no deberías mandar a callar a un conde.’

John Thorne lucía como que deseaba mostrarse sólidamente de acuerdo con eso, pero su esposa lo detuvo tomándolo del brazo. Cornelia estaba algo decaída. Tantas ventajas sociales estaban ahora completamente en manos de Clarissa. Su resentimiento había perdido algo de importancia al pensar en la practicidad del día a día. No podían hacer quedarse fuera de la boda.

‘Es sólo Grandiston, y hasta anoche era *mi* pretendiente, ¿recuerdas?’ dijo Clarissa descaradamente.

‘Pero *gracias a Dios* hoy estás comprometida con otro.’ Dijo Grandiston con gran alivio, levantando su copa en dirección a Elfoy, quien sonreía ampliamente.

‘Siempre pensé que los condes tendrían mejores modales.’ Lo reprendió Clarissa. Y poniéndose de pie, alzó su copa, contemplando a sus amigos y su dominio, que ya no parecía ser tan temible. ‘Quiero proponer un brindis: por las amigas -y parientes- pobres del mundo. ¡Que todas encuentren una vida tan llena, tan útil y tan feliz como hemos encontrado nosotras!’

~**Fin**~

Alicia Cameron es el pseudónimo de una escritora escocesa, de novelas policiales. Clarissa fue escrita nacida de un gran amor por el estilo de Jane Austen y Georgette Heyer, y fue pensada como una historia sólo para su familia, que comparte ese amor con ella. Ellos la han convencido de compartirla con nuevos lectores.

Puedes conocer más sobre *Alicia* en su página web.

<http://gmcameron.co.uk/>

~ ~

## **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

**¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?**



**Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)

~ ~

# Table of Contents

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Clarissa y las mujeres sin importancia.](#)

[Alicia Cameron](#)

[Capítulo 1 | Clarissa convence](#)

[Capítulo 2 | Las damas proyectan](#)

[Capítulo 3 | El hermano contrariado](#)

[Capítulo 4 | Noticias divulgadas](#)

[Capítulo 5 | Las damas en casa](#)

[Capítulo 6 | Asentándose](#)

[Capítulo 7 | Conociendo gente](#)

[Capítulo 8 | Corazones y arrendatarios](#)

[Capítulo 9 | Viejos amigos](#)

[Capítulo 10 | Planes y confidencias](#)

[Capítulo 11 | Haciendo visitas](#)

[Capítulo 12 | La llegada de Juliana](#)

[Capítulo 13 | Las intenciones del Sr. Thorne](#)

[Capítulo 14 | Oriana en problemas](#)

[Capítulo 15 | Cena entre amigos](#)

[Capítulo 16 | La llegada de Cornelia](#)

[Capítulo 17 | El baile](#)

[Capítulo 18 | La conspiración](#)

[Capítulo 19 | El resultado](#)

[Capítulo 20 | El desenlace](#)

[~Fin~](#)